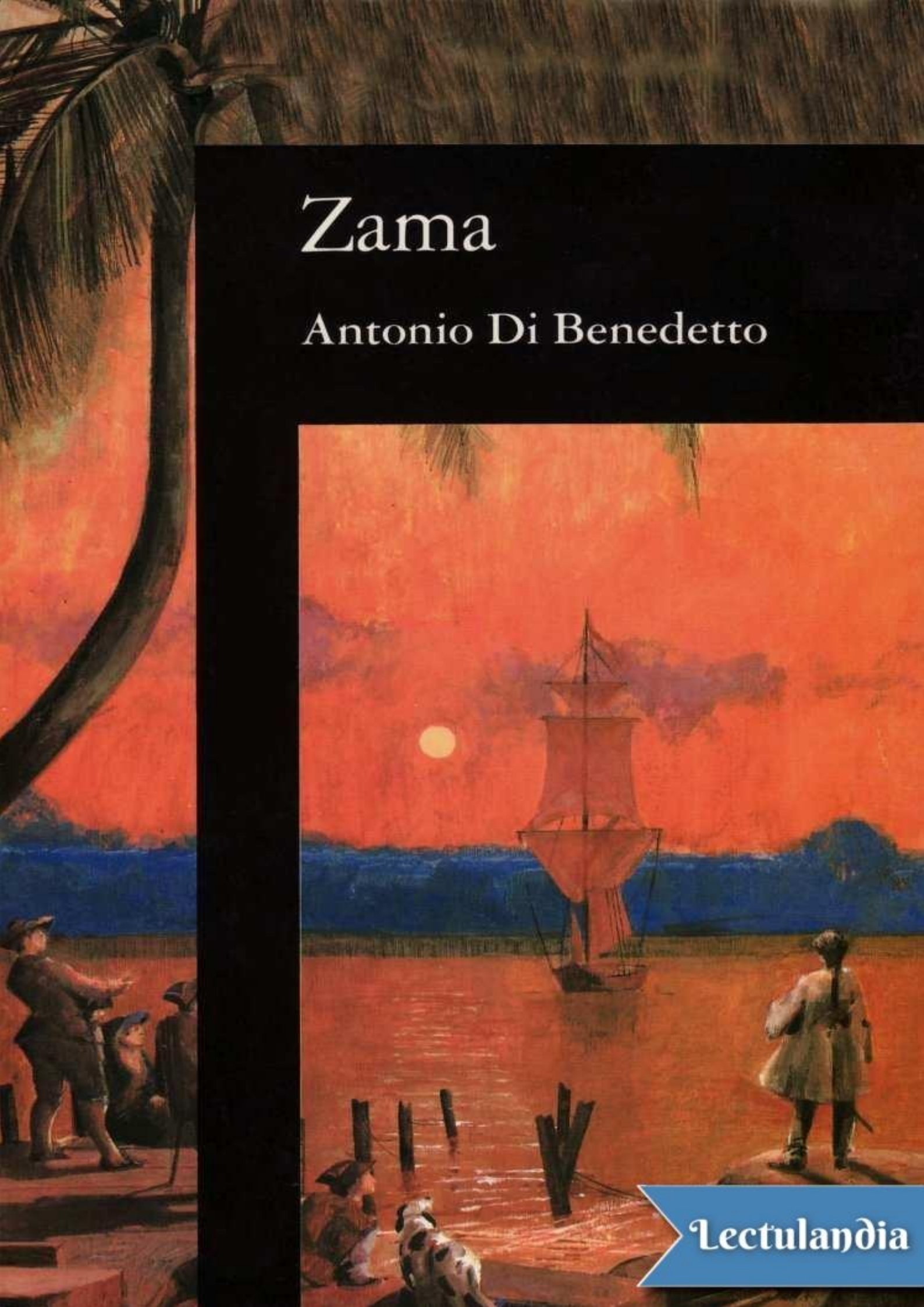


Zama

Antonio Di Benedetto



Lectulandia

Con una escritura bella y precisa, Antonio Di Benedetto narra la existencia solitaria y suspendida de Don Diego de Zama, un funcionario de la corona española en Asunción del Paraguay que, víctima de una interminable espera, aguarda ser trasladado a Buenos Aires a fines del siglo XVIII.

La de Zama no es cualquier espera, se trata de una condición existencial, angustiosa y reflexiva, en un territorio caracterizado por la lejanía, la ajenidad y la disposición para el recuerdo. Zama es la novela de un exiliado castizo, con un lenguaje intemporal y arcaico, por momentos cercano al del Siglo de Oro.

Se trata de un libro perfecto, donde la cualidad filosófica se desprende naturalmente de una prosa deslumbrante.

Lectulandia

Antonio Di Benedetto

Zama

ePUB v1.0

griffin 16.06.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Zama*
Antonio Di Benedetto, 1956.
Prólogo de Juan José Saer.

Editor original: griffin (v1.0)
ePub base v2.0

PRÓLOGO

Como la mayor parte de los acontecimientos literarios, la aparición de *Zama* en 1956 pasó prácticamente desapercibida. Algunas reseñas bibliográficas aisladas señalaron sin embargo la calidad del libro. Abelardo Arias diría más tarde, y con razón, que si Antonio Di Benedetto hubiese escrito sus cuentos y novelas en París y no en Mendoza, su ciudad, sería mundialmente famoso; a diferencia de otros escritores latinoamericanos que escriben desde Europa y han alcanzado de ese modo, y quizás por esa razón, gran renombre en las letras continentales pero no mundiales, *Zama* ocupará algún día ese lugar codiciado. Si los críticos de habla española hablaran de los buenos libros y no de los libros más vendidos y más publicitados, de los libros que trabajan deliberadamente contra su tiempo y no de los que tratan de halagar a toda costa el gusto contemporáneo, *Zama* hubiese ocupado en las letras de habla española, desde su aparición, el lugar que merece y que ya empieza, de un modo silencioso, lento y férreo, a ocupar: uno de los primeros. *Zama* es superior a la mayor parte de las novelas que se han escrito en lengua española en los últimos treinta años, pero ninguna buena novela latinoamericana es superior a *Zama*.

Se ha pretendido, a veces, que *Zama* es una novela histórica. En realidad, lejos de ser semejante cosa, *Zama* es, por el contrario, la refutación deliberada de ese género. No hay, en rigor de verdad, novelas históricas, tal como se entiende la novela cuya acción transcurre en el pasado y que intenta reconstruir una época determinada. Esa reconstrucción del pasado no pasa de ser simple proyecto. No se reconstruye ningún pasado sino que simplemente se construye una visión del pasado, cierta imagen o idea del pasado que es propia del observador y que no corresponde a ningún hecho histórico preciso.

La pretensión de escribir novelas históricas —o de estar leyéndolas— resulta de confundir la realidad histórica con la imaginación arbitraria de un pasado perfectamente improbable. Ya no recuerdo quién ni dónde, afirmaba que el único valor de *Zama* era el de *reconstruir* la lengua colonial de la época en que se supone transcurre la novela. En *Zama* no hay ninguna clase de reconstrucción lingüística tampoco —y es evidente que tal proyecto no ha sido nunca tenido en cuenta por su autor. Hay, por el contrario, y en el sentido noble del término, sentido que se opone al de burla o pastiche o imitación, más lúcidamente, parodia.

Lo que distingue a una parodia de una imitación es la relación dialéctica que la parodia establece con su modelo, mediante la cual el modelo es recubierto sólo parcialmente para lograr, de ese modo, a partir de la relación mutua, un nuevo sentido. La imitación pretende superponerse enteramente a su modelo, empresa que es, desde luego, inútil, ya que siempre ha de quedar un margen, un intersticio, por el que se muestre el modelo poniendo en evidencia, al mismo tiempo, la imitación. En

la parodia ese intersticio es deliberado y de la exhibición de la parodia como tal surgirá el sentido nuevo.

Es a través de esa parodia, justamente, que *Zama* quiere mostrar que no ha de leérsela como una novela histórica. La lengua en que está escrita no corresponde a ninguna época determinada, y si por momentos despierta algún eco histórico, es decir el de una lengua fechada, esa lengua no es de ningún modo contemporánea a los años en que supuestamente transcurre la acción —1790-1799—, sino anterior en casi dos siglos: es la lengua clásica del Siglo de Oro. Desde luego que no se trata de una imitación pedestre a la manera de nuestros neoclásicos, sino de un sabio procedimiento alusivo y secundario incorporado a la entonación general de la lengua personal de Di Benedetto.

Toda narración transcurre en el presente, aunque habla, a su modo, del pasado. El pasado no es más que el rodeo lógico, e incluso ontológico, que la narración debe dar para asir, a través de lo que ya ha perimido, la incertidumbre frágil de la experiencia narrativa, que tiene lugar, del mismo modo que su lectura, en el presente. Al hacer más evidente ese pasado, al convertirlo en pasado crudo, nítidamente alejado de la experiencia narrativa, el narrador no quiere sino sugerir la persistencia histórica de ciertos problemas. El esfuerzo de Di Benedetto tiende, por lo tanto, no a evadirse del presente —esfuerzo condenado por otra parte a una imposibilidad trágica— sino a exaltar la validez del presente y a hacerla más comprensible mediante un alejamiento metafórico hacia el pasado.

Pero no por no poder ser novela histórica, la narración no ha de poder ser históricamente fechada. Publicada en 1956, *Zama* tenía más de una razón para pasar casi inadvertida: en la Argentina, en esos años, el existencialismo y su giro sociológico, marcado por *Qué es la literatura* de Sartre, constituían la influencia mayor sufrida por nuestros escritores y nuestros intelectuales. En ciertos aspectos, *Zama* puede ser considerada una novela existencialista, aunque por muchas razones se aleja considerablemente de esa corriente. Por una parte, *Zama*, en la que la historia está, a su modo, presente, se niega a aceptar ese giro sociologista considerando, con razón, que el giro sociológico del existencialismo, si bien ha sido fecundo para su evolución, introduce un elemento voluntarista que es extraño a la narración. Y, por otra parte, mediante su alejamiento metafórico hacia el pasado, *Zama* echa por tierra el historicismo superficial que pretende que el repertorio temático del existencialismo no ha sido más que el producto, en sentido puramente determinista, de la Segunda Guerra Mundial.

Zama es, por ciertos aspectos de su concepción narrativa, comparable a las obras mayores de la narrativa existencialista, como *La náusea* y *El extranjero*. Yo creo, sin embargo, que por las circunstancias en que fue escrita y la situación peculiar de la persona que la escribió, *Zama* es en muchos sentidos superior a esos libros.

En primer lugar, lo que distingue los libros citados de *Zama* es que sus autores, de un modo u otro, han tenido, en la época en que los han escrito, un comercio estrecho con la filosofía. *La náusea* es un libro que, por haber sido escrito *después* de haber sido concebida la filosofía que lo sustenta, podemos considerar como un *informe* o una ilustración de ciertas tesis más que como una narración. Algo aproximado, aunque menos tajante, podemos afirmar de *El extranjero*. *Zama* en cambio no es el producto de ninguna filosofía previa: encuentra más bien espontáneamente a la filosofía, como Edipo a su padre desconocido en la encrucijada trágica.

De este hecho podemos inferir una distinción precisa entre literatura y filosofía: distinción que no se encuentra en el objetivo de reflexión sino en la fase del proceso de creación o de expresión en que ese objeto se halla ubicado: anterior en el caso de la filosofía; dentro, en alguna parte, en el caso de la narración.

La filosofía parte de un objeto de reflexión; la narración da con él o lo siembra en algún momento de su recorrido. El hecho de que Di Benedetto sea un escritor y no un filósofo y el hecho de que haya escrito su novela en una pequeña ciudad argentina y no en la ciudad en la que el existencialismo alcanzó el esplendor mundano que lo convirtió en la moda intelectual de los años cincuenta, multiplica el valor de *Zama* y corrobora la universalidad de ciertos temas mayores del existencialismo, que la mundanidad no hizo más que poner, en su momento, en tela de juicio.

La estructura interna de *Zama* es aparentemente simple. Es el protagonista mismo quien narra, en primera persona, diez años de su vida, años cruciales en que su decadencia física y moral va poniéndolo, como un río lento y terrible, en la orilla opuesta de la vida.

Pero esa simplicidad narrativa es engañosa: una y otra vez, la narración lineal es interferida por breves historias, alegorías, metáforas, que anulan la ilusión biográfica e instalan el conjunto de lo narrado en una dimensión mítica. A partir de la cuarta frase del libro, que es también el cuarto párrafo, la descripción de un mono muerto detiene la narración —es decir la simple marcha de los acontecimientos— y la cifra en un sentido que es ambiguo y sin embargo revelador de lo que está por venir, como si intuitivamente el narrador supiese que no vivimos nuestra vida más que al margen de los acontecimientos y superponiendo a nuestra experiencia la reflexión confusa sobre sus sentidos posibles.

Este procedimiento quiebra continuamente la narración, no sólo en *Zama* sino en la mayor parte de los escritos de Di Benedetto, y la enriquece. Se trata, veinte años antes que la retórica del *nouveau roman* la clasificara como uno de sus procedimientos más corrientes, de una variante de la *mise en abîme* que Gide describe en su diario, en una página de 1893: «No me desagrada que en una obra de arte se reencuentre transpuesto, a escala de los personajes, el tema mismo de esa obra. Nada la ilumina más ni establece de un modo más seguro las proporciones del

conjunto. De esa manera, en ciertos cuadros de Memling o de Quentin Metsys, un espejito convexo y oscuro refleja, a su vez, el interior del decorado en que tiene lugar la escena pintada. Lo mismo en *Las Meninas* de Velázquez (aunque de un modo un poco diferente). Por fin, en literatura, en *Hamlet*, la escena de la comedia; y en otras partes también, en muchas otras obras. En *Wilhem Meister*, las escenas de marionetas o la fiesta en el castillo». Nada ilumina más *Zama*, en efecto, que esa inmovilización continua de la narración, ese hormigueo de pequeñas intervenciones metafóricas que contribuyen a liberarla de la prisión del acontecer. Que yo sepa, ningún narrador en América, excepción hecha quizá de Borges o de Felisberto Hernández, había intentado, por los mismos años, experiencias equivalentes.

En vano se intentará ubicar *Zama* dentro de las categorías rutinarias que manejan nuestros críticos e historiadores de la literatura. Una enciclopedia reciente, que ha dedicado páginas y páginas a autores que una semana después de aparecida su enciclopédica consagración ya se caían en pedazos, prodiga a Di Benedetto, antes de pasar a otra cosa, una etiqueta lapidaria: «Practica la *literatura experimental*». Discriminación que no deja de ser curiosa, si tenemos en cuenta que no hay para la literatura otro modo de continuar existiendo que el de ser experimental —condición *sine qua non* que la mantiene en vida desde *Gilgamesh*.

El periodista anónimo que redactó la frase distingue desde luego la literatura experimental con el fin preciso de hacer notar que no vale la pena ocuparse de ella. Ni fantástica ni realista, ni urbana ni rural, ni clásica ni de vanguardia, ni escapista ni *engagée*, *Zama*, justamente por no tener cabida en ningún casillero preparado previamente por los escribientes de nuestras revistas y de nuestras universidades, está destinada a destellar con luz propia y a mostrarnos, de a ráfagas, a cada nueva lectura, zonas secretas de nosotros mismos que el hábito de esas falsas clasificaciones oblitera. Esa narración, que hace como si nos contara hechos transcurridos hace casi dos siglos, nos narra sin embargo a nosotros, sus lectores. *Zama* es, no nuestro espejo, sino nuestro instrumento —en el sentido musical y operacional del vocablo. Aprendiéndolo a tocar oiremos, después de un momento, nuestra propia canción, que no es más que un turbio ronroneo, subjetivo, continuo y universal y que, lleno de sonido y de furia, no significa, no propiamente nada, sino algo preciso, previamente determinado, dado de una vez y para siempre y que pueda dispensarnos del estado de lucidez difícil, mezcla de insomnio y somnolencia, en que se debaten nuestras vidas. Se dirá que todo esto no es más que irracionalidad y escapismo. Yo quiero hacer notar, sin embargo, que si aceptamos por un momento la hueca categoría de novela de América, abstracta y chauvinista, y adoptamos el punto de vista de quienes la manejan, entre todas las novelas que pretenden ese título en los últimos treinta años *Zama* sería la primera en merecerlo, a pesar del folklore, del anecdotario pasatista y del academicismo artero que pululan en la actualidad y que se pretende hacer pasar

por una nueva novela. *Zama* no se rebaja a la demagogia de lo maravilloso ni a la ilustración de tesis sociológicas; no se obstina en repetirnos las viejas crónicas familiares que marchitan la novela burguesa desde fines del siglo XIX; no divide la realidad, que es problemática, en naciones; no pretende ser la *summa* de ningún grupo o lugar; no da al lector lo que el lector espera de antemano, porque los prejuicios de la época hayan condicionado a su autor induciéndolo a escribir lo que su público le impone; no honra revoluciones ni héroes de extracción dudosa, y sin embargo, a pesar de su austeridad, de su laconismo, por ser la novela de la espera y de la soledad, no hace sino representar a su modo, oblicuamente, la condición profunda de América, que titila, frágil, en cada uno de nosotros. Nada que ver con *Zama* la exaltación patrioter, la falsa historicidad y el color local. La agonía oscura de *Zama* es solidaria de la del continente en el que esa agonía tiene lugar.

Una última observación: hay un estilo Di Benedetto, reconocible incluso visualmente, del mismo modo que hay un estilo Macedonio, o Borges, o Juan L. Ortiz. Este mérito puede muy bien ser secundario; pero que yo sepa no lo encontramos, en la Argentina, en ningún otro narrador contemporáneo de Di Benedetto.

JUAN JOSÉ SAER

A las víctimas de la espera

AÑO 1790

1

Salí de la ciudad, ribera abajo, al encuentro solitario del barco que aguardaba, sin saber cuándo vendría.

Llegué hasta el muelle viejo, esa construcción inexplicable, puesto que la ciudad y su puerto siempre estuvieron dónde están, un cuarto de legua arriba.

Entreverada entre sus palos, se manea la porción de agua del río que entre ellos recae.

Con su pequeña ola y sus remolinos, sin salida, iba y venía, con precisión, un mono muerto, todavía completo y no descompuesto. El agua, ante el bosque, fue siempre una invitación al viaje, que el no hizo hasta no ser mono, sino cadáver de mono. El agua quería llevárselo y lo llevaba, pero se le enredó entre los palos del muelle decrepito y ahí estaba él, por irse y no, y ahí estábamos.

Ahí estábamos, por irnos y no.

Con ser tan mansa, cuidábame de la naturaleza de esta tierra, porque es infantil y capaz de arrobarme y en la lasitud semidespierta me ponía repentinos pensamientos traicioneros, de esos que no dan conformidad ni, por tiempos, sosiego. Hacía que me diese conmigo en cosas exteriores, en las que, si a ello me resignaba, podía reconocerme.

Esos temas quedaban sólo para mí, excluidos de la conversación con el gobernador y con todos, por mi escasa o nula facilidad para hacer amigos íntimos con quienes explayarme. Debía llevar la espera —y el desabrimiento— en soliloquio, sin comunicarlo. Como me lo decía ese a veces insolente Ventura Prieto, que se me arrió aquella tarde, por cierto que no buscándome, sino yendo al azar. Consideraba que en esta tierra llana, yo parecía estar en un pozo. Me lo dijo una vez y más de una, lo dijo a otros, descuidándose de lo que todos sabían: que fui gallo de riña o al menos dueño de reñidero.

Apareció precisamente cuando me entretenía el mono y se lo enseñe, para distraerlo y atajar que me preguntara qué esperaba ahí. Y él, Ventura Prieto, que era inferior a mí, caviló un momento, como sí buscara el medio de apabullarme en materia de curiosidades y descubrimientos. Luego me refirió una de esas que él llamaba investigaciones y yo ignoro si lo eran pero que, por sospechosas de insinuar comparación, me desconcertaban, dejándome repercusiones que podían superar lo sufrible.

Dijo que hay un pez en ese mismo río, que las aguas no quieren y él, el pez, debe

pasar la vida, toda la vida, como el mono, en vaivén dentro de ellas; pero de un modo más penoso, porque está vivo y tiene que luchar constantemente con el flujo líquido que quiere arrojarlo a tierra. Dijo Ventura Prieto que estos sufridos peces, tan apegados al elemento que los repele, quizás apegados a pesar de sí mismos, tienen que emplear casi íntegramente sus energías en la conquista de la permanencia y aunque siempre están en peligro de ser arrojados del seno del río, tanto que nunca se les encuentra en la parte central del cauce, sino en los bordes, alcanzan larga vida, mayor que la normal entre los otros peces. Sólo sucumben, dijo también, cuando su empeño les exige demasiado y no pueden procurarse alimento.

Yo había seguido con viciada curiosidad esta historia que no creí. Al considerarla, recelaba de pensar en el pez y en mí a un mismo tiempo. Por eso invité a Ventura Prieto a que regresáramos y retuve mis opiniones.

Procuré ocupar la cabeza en el motivo de mi caminata, en el hecho de que yo esperaba un barco, y si un barco entraba, en él podría llegar algún mensaje de Marta y de los niños, aunque ella y ellos no vinieran, ni nunca hubiesen de venir.

2

Puedo apiadarme de mí, sin la vanidad de la maceración, si el temor no es ya de avergonzarme ante los demás, sino de exceder la medida que sin avaricia me concedo. Si admito mi disposición pasional, en nada debo permitirme estímulos ideados o buscados. Ninguna disculpa cabe frente al instinto que nos previene y no respetamos.

Me empujó el sol que, desembarazado ya de las nubes de tantos días sin tormenta, se había encendido hasta el blanco y allí conjugaba su sin color y su tersura fija y ardiente con la arena limpia que da visiones. Pude ver un puma y creerlo estático e inofensivo como una decoración, muy liso, sin detalles, como si no tuviera garras ni dientes, como si las curvas de su cuerpo no denunciaran elasticidad para el salto, sino docilidad y blanda disposición para alguna mano cariñosa. Por este puma no visto pude pensar en los juegos que fueron o pueden ser terribles, no en el momento que se juegan, sino antes o después.

Busqué el reparo frondoso del arroyo y entre los primeros árboles debí quedarme, porque venían libres y confiadas, voces de mujeres excitadas por el goce del agua.

No obstante me adentré y, embozado por la vegetación, vi un instante de frente, desnudos cuerpos, morenos y dorado-oscuros, y de costado, ocultas las facciones, pues sólo distinguía una nuca y pelo recogido arriba, otro que no supe si era blanco o mulato. No quise seguir mirando, porque me arrebatava y podía ser mulata y yo ni

verlas debía, para no soñar con ellas, y predisponerme y venir en derrota.

Huí. Pero era evidente que me habían notado y al percibirlo no precisé si entre el alboroto que escuchaba a mi espalda escuchaba alborozo.

Mis piernas se volvieron firmes en la zancada porque algo me advertía que era perseguido. Hombre no podía ser, porque los hombres no cuidan el baño de las mujeres; india sí o mulata, por la rapidez con que andaba fuera del sendero, donde hay maleza y los troncos se ponen delante.

Ella casi me daba alcance y este afán me advirtió que buscaba ver mi rostro, conocerme, que tal debía ser el mandato de su ama y, entonces, resultaba que ella era blanca. Renegué de mi retirada, de haberla previsto apenas privándome de saber quién era. Tenía que volver y enfrentar lo que fuese: descubrirla y descubrirme.

No era posible.

Únicamente podía descargar en la espía el ímpetu que alimentaba mi ánimo defraudado.

Con un súbito giro a izquierda penetré entre los árboles y ella, alelada de sorpresa, no atinó a fugarse. Así como estaba en cueros, la tomé del cuello ahogándole el grito y la abofeteé hasta secar el sudor de mis manos. De un empujón di con su cuerpo en el suelo. Se acurrucó volviéndome la espalda. Le apliqué un puntapié en la nalga y partí.

Conmigo iba la furia atenuada, dando paso a un pensamiento severo contra mí mismo: ¡Carácter! ¡Mi carácter!...¡Ja!

Mi mano puede dar en la mejilla de una mujer, pero el abofeteado seré yo, porque habré violentado mi dignidad.

Aunque esto no fuera, aunque sólo fuese en el empaque el desorden, me sabía sin justificación por entregarme a la ira y a la represión en el prójimo de lo que yo mismo había engendrado en él.

3

Era de nuevo la siesta, que me hacía deseable, pero riesgoso el lecho; era la siesta que, al menos ese día, tan cercano al del baño de las mujeres, no quería repetir a campo.

Era la siesta y ese hombrón terrible se me vino por la calle vacía como un meteoro de sol destinado a mí, entre todos los mortales, por potencias infalibles.

Me tomó de las ropas y yo quise contenerlo con un enérgico «¡Caballero!». No me escuchó, llamándome sin respiro «buscón de mujeres honestas» y «asqueroso mirón que ni se les atreve». En un confuso indignarme y comprender que se trataba

del marido y saber quién era ella y tratar de desasirme, me gritó «¡Habrás duelo!», y se fue y me dejó. Me dejó con la necesidad de seguirlo y sacudirlo, engañándome, conteniéndome, con la promesa del desquite futuro, porque, él dijo, habría duelo.

Pero no habría. Por toda la calle no pasaban más que una perra en celo y sus pretendientes de cuatro patas; en consecuencia, ningún testigo le exigiría el cumplimiento de su palabra, un anuncio explosivo que seguramente le bastó para quitarse la gana de darme maltrato. De mi parte, otras flaquezas podía reprocharme.

Sin embargo, me juré que sería la última. Me dije que, si a sufrir esa me avenía, era únicamente comprendiendo la razón de su arrebató, conociéndome culpable. Pero, decíame también, no debió insultarme. «Asqueroso mirón»: son palabras que entran sin alternativa de olvido.

De ser así, de nunca producirse el reclamado duelo, ¿debía deducir que existe una medida para la satisfacción de la ofensa, aun en los individuos aparentemente más brutales? ¿Debía creer que, tal vez, el hombre que defiende con escaso celo a su mujer, más que temeroso es un limitado por secretas motivaciones, que le vedan ocuparse demasiado de ella: un oculto odio, un lejano hastío, un amor extinto y no obstante para nadie evidente, ni para él siquiera?

4

El gobernador me entregó un incomprensible caso. Nada más me solicitaba que consulta y al pedido me atuve. No quise pensar en él, el gobernador tenía o no autoridad para sacar de la cárcel a un reo, convicto de asesinato, y hacerlo ir a mi despacho con sólo un guardián al costado a explicarme «la situación», de modo de ver «por dónde y cómo procede la exención de cargos». Debía atenderlo, no darme por enterado de cómo llegó a mí ni con qué alta recomendación y designios del recomendante. Era preciso que yo cuidase mi estabilidad, mi puesto, justamente para poder desembarazarme de él, del puesto.

Era preciso que oyese al preso, lo cual en pocos momentos se me pintó imposible, por cuanto no es posible oír a quien no habla. Estaba cerrado, no con dureza, sino con ausencia, en callar sobre el meollo de la cuestión, esto es, la trama de su delito.

El guardián, con mucho comedimiento, de atrás del preso me advirtió que debíamos temer una crisis de llanto o no sé qué desgarramiento de orden sentimental.

No era, pues, un individuo temible, sino un quebrantado.

Por ahorrarme la escena que, quizá, yo mismo había provocado con la desnudez del interrogatorio y del fastidio que me sobrevino demasiado pronto, lo dejé solo, con el guardián que, más que vigilarlo, parecía hacerlo objeto de su protección.

En el intervalo, creo que por cambiar de humor, pasé al cuarto donde trabajaba Ventura Prieto. Le narré el caso de mudez que había dejado tras la puerta.

No tuve que arrepentirme, pues Ventura Prieto, con un desdeñoso «Así no andaré», me pidió autorización para tratarlo y ayudarme.

Merced a una sonrisa de amigo, que bien podía parecerlo por asemejarse escasamente a lo que se supone sea un funcionario, Ventura Prieto pudo hacer que ese espíritu clausurado se entregara brevemente.

La mirada baja, una respetable pesadumbre gravando el acento de su voz, dijo aquel mozo que fue apuesto y estaba prematuramente marchito:

—Yo era un tenaz fumador. Una noche, con espanto, observé que me había nacido un águila de murciélago...

Se interrumpió.

Con la escasa declaración nos inquietó lo suficiente como para desear que no enmudeciera de nuevo. No lo hizo. Había advertido que las palabras no respondían enteramente a su pensamiento y procuraba, mediante un repaso mental, una justa coordinación. Muy luego, recomenzó y compuso su discurso:

—Yo era un tenaz fumador. Una noche quedé dormido con un tabaco en la boca. Desperté con miedo de despertar. Parece que lo sabía: me había nacido un ala de murciélago. Con repugnancia, en la oscuridad busqué mi cuchillo mayor. Me la corté. Caída, a la luz del día, era una mujer morena y yo decía que la amaba. Me llevaron a prisión.

No habló más.

Compartimos su silencio.

Con los ojos indiqué al guardián que podía conducirlo de regreso.

También Ventura Prieto dijo que yo debía hallar la forma de salvarlo.

Se lamentaba de no haber visto el cuerpo acuchillado de la mujer morena. Quería saber por dónde la cortó.

5

Esta audiencia absorbente hizo acallar los estampidos que en mi corazón causaron los dos espaciados cañonazos anunciadores de la presencia de un barco.

El saco de correspondencia fue traído a la gobernación antes de que yo pudiese salir, como otras veces, hasta el muelle, para acercarme más a las posibles novedades y al rostro de los marinos y contados viajeros de arribo.

El oficial mayor distribuyó concienzudamente sobre su mesa los envíos para cada cual, ninguno para don Diego de Zama, porque mis manos estaban destinadas a

permanecer vacías otro largo tiempo.

Esta ausencia de noticias de Marta, de mis hijos y de mi madre me causó esa depresión que en más de una llegada de barco tuve que sufrir, pero que, al sumarse la cifra en el transcurso de los ya catorce meses de permanencia, me abatía aún más.

Al abandonar mi despacho, prescindí de ese espectáculo siempre deseable de otra embarcación, grande y procelosamente viajera, en el puerto.

Me reduje a casa.

Pedí a una esclava una colación de huevos de gallina. Por desacostumbrado, ya que siempre comía afuera, esto atrajo la atención de las hijas de mi huésped, don Domingo Gallegos Moyano, y determinó que más tarde una de ellas se aproximara a mi aposento con oferta de mate, que acepté.

Consagré la segunda mitad del día a una epístola, detenida y quejosa, a Marta, para que el barco la llevase en su camino río abajo.

Desenvolvía despacio en mi mente el viaje de la carta, por agua hasta Buenos Aires, por tierra después de centenares de leguas con su rumbo oeste, y me dolían los reproches, frescos aún en el papel, que mi esposa, lejana y sin su hombre, habría de leer tres, cuatro meses más tarde, quizás en un día en que yo fuese feliz. Pero no modifiqué mi escrito.

En mi retiro, hacia el crepúsculo, tuve el anuncio de un visitante.

Como ignoraba cuál barco había arribado, asimismo desconocía que el capitán era mi amigo, el oficial Indalecio Zabaleta, a quien abracé con fuerza y cariño.

Entreví que, si me buscaba tan pronto, apartando los asuntos que normalmente ocupan a un capitán en su primer día de puerto, algo traía para mí. Pero alguien distinto capturó mi atención, antes de hacerle cualquier pregunta.

Más allá de la puerta, en la galería, estaba detenido —contenido, me pareció— un niño. Ciertamente, venía con Indalecio y podía ser hijo de éste. Sin embargo, no me importaba eso, sino sus facciones, noblemente agitadas, y los ojos, anunciadores de un desborde que, al volverse el capitán hacia él, se produjo sin aguardar otro estímulo.

Corrió y se volcó en mis brazos, estremecido por un sollozo que, se me ocurrió, era de gusto y entusiasmo.

Acertaba. Indalecio me lo explicó, impresionado, tal vez orgulloso, por el arrebató de su vástago:

—En el viaje le he dicho quién era el doctor don Diego de Zama.

El doctor Diego de Zama con el homenaje, imprevisible y tocante, de un mozuelo de doce años. Ese reconocimiento hacía contrapeso a tantos olvidos y disminuciones soportados en días y días hasta aquella tarde.

¡El doctor don Diego de Zama!... El enérgico, el ejecutivo, el pacificador de

indios, el que hizo justicia sin emplear la espada. Zama, el que dominó la rebelión indígena sin gasto de sangre española, ganó honores del monarca y respeto de los vencidos. No era ése el Zama de las funciones sin sorpresas ni riesgos. Zama el corregidor desconocía con presunción al Zama asesor letrado, mientras éste se esforzaba por mostrar, más que un parentesco, cierta absoluta identidad que aducía. Mostrábale antiguo la asesoría, en rango segundo en toda la extensión de la provincia, exactamente luego de la gobernación. Pero, al hacerlo, Zama asesor sabía, sin que pudiera esconderlo, que en este país, más que en otros del reino, los cargos no endiosan, ni se hace un héroe sin compromiso de la vida, aunque falte la justificación de una causa. Zama asesor debía reconocerse un Zama condicionado y sin oportunidades.

A esta altura del duelo, Zama el menguado podía sospechar que Zama el bravío quizá no tuvo tanto de aguerrido y temible: un corregidor de espíritu justiciero puede seducir fácilmente la voluntad de esclavos estragados por meses de represión más que violenta, cruel.

Yo fui ese corregidor: un hombre de Derecho, un juez, y esas luces, en realidad, sin ser las de un héroe, no admitían ocultamiento ni desmentidos de su pureza y altura. Un hombre sin miedo, con una vocación y un poder para terminar, al menos, con los crímenes. Sin miedo.

«Le he dicho quién *era* Zama». Un resplandor de mi otra vida, que no alcanzaba a compensar el deslucimiento de la que en ese tiempo vivía.

Zama *había sido* y no podía modificar lo que fue. Podía creerse que me determinaba un pasado exigente de mejor porvenir. Ese niño, el hijo de Indalecio, venía a reclamármelo con su emoción admirativa.

Sin embargo, yo veía el pasado como algo visceral, informe y, a la vez, perfectible. Por los elementos nobles no dejaba de reconocer algo —lo más— pringoso, desagradable y difícil de capturar como los intestinos de un animal recién abierto. No renegaba de eso; lo tomaba como una parte de mí, incluso imprescindible, aunque no hubiese intervenido en su elaboración. Pero, con todo, yo esperaba ser yo por el futuro, mediante lo que pudiera ser en ese futuro.

Tal vez creía serlo ya y vivir en función de esa imagen que me aguardaba adelante. Tal vez ese Zama que pretendía parecerse al Zama venidero se asentaba en el Zama que fue, copiándolo como si arriesgara, medroso, interrumpir algo.

Mediado el aguardiente, supe que Indalecio estuvo en Buenos Aires con mi cuñado, gestor ante el virrey del traslado que estrictamente me correspondía y precisaba tener.

Las promesas eran para un tiempo incierto, pero de signos positivos.

A cambio del anuncio, en el que confiaba, aunque a medias, ya que poseía

algunos rasgos de reiteraciones fallidas, entregué al capitán una confesión de mis necesidades: no apetecía tanto un ascenso como la ubicación en Buenos Aires o en Santiago de Chile, porque mi carrera estaba estancada en un puesto que, se me insinuó con el nombramiento, implicaba apenas un fugaz interinato. Y esto más: entre mi mujer y yo mediaba la mitad de la longitud de dos países y todo lo ancho del segundo.

No obstante, quizá por la presencia de la criatura, me guarde la confesión total: hasta qué punto la distancia implicaba tortura, por la rigurosa lealtad guardada a Marta, aunque a mi conciencia no pudiera explicarle claramente por qué le era tan fiel.

Cenamos en la posada.

De regreso, tan tarde, pude maravillarme del señorío solitario de la luna y, con el empuje del alcohol, sentirme predispuesto a igualarla ante cualquier situación de prueba. Las calles solitarias, bordeadas de casonas y baldíos en sombras, el terreno accidentado en su depresión hacia el río, eran propicios a la sorpresa que mi estoque, ciertamente, sabría responder sin cortedad.

Me sentía valeroso e inmensamente dispuesto a amar, esa noche.

Tuve, como predestinado, la sorpresa y una mujer hermosa y fresca conmigo.

Como la hora era ya tan alta, entré a la casa por los fondos, utilizando la reservada portezuela del huerto, más allá del patio de los sirvientes.

Creo que mi presencia, inesperada en ese lugar y tan tarde, desbarajustó algo. Calculo que alguien pudo fugarse o esconderse demasiado bien antes de que yo entrara.

Pero alguien más quedó sin poder disimularse bastante. Intentó un tardío escape al abrigo de los paredones y la distinguí mujer, sin identificarla. Con diez pasos largos muy tácticos, llegué adonde podía cortar el paso; y ella, sin duda viéndose irremediabilmente interceptada, no se detuvo.

Avanzaba directamente y esos instantes de espera quizá calaron más en mí que en ella, porque tuve el optimismo y la audacia de concebir rápidas esperanzas.

En Rita, la menor de las hijas de don Domingo, mi huésped. Lo supe cuando aún nos separaban cuatro varas de distancia, pese a la mantilla que apenas limitaba la claridad de la Luna sobre su rostro. Mujer lunar, me dije, por conferirle encanto al momento; pero otro era el estremecimiento que mandaba en mis sentidos.

No había dado dos pasos más y cayó al suelo. Había tropezado. Corrí a ayudarla, aunque ya medio se ponía de pie y evidentemente no precisaba socorro. Pero yo, descontrolado, para aprovechar, la tomé de atrás y terminé de alzarla mientras mis manos codiciosas hacían presión sobre sus pechos. Eran blandos, como muy tocados.

Me cobraba el silencio que guardaría sobre su escapada nocturna. Descubría

intenciones sin el menor reparo. Ella las ignoró. Respuesta, suave, pero desentendida de mi abrazo, me miró con resolución a los ojos, me dijo unas quedas palabras de agradecimiento, como correspondiendo a un gran favor, y con dignidad y cautela se retiró hacia las habitaciones.

No podía imputarme atrevimiento ni abuso. Lo entendió muy pronto. A su vez, me hizo entender que no me temía.

Me demoré en la huerta. Un rato estuve vuelto hacia el sitio por donde ella había desaparecido. Supongo que debo haber permanecido estúpidamente envarado y absorto.

Después, reaccionando, me recosté en un retazo de hierba fragante. Necesitaba que un rato más me asistiera el encanto de aventura a descubierto de esa noche. Porque se me había revelado una posibilidad, bajo mi propio techo. Blanca y española; muy joven. Mis manos sabían que no era pura.

6

Fiesta en casa de don Godofredo Alijo, ministro de la Real Hacienda.

La esposa había anunciado que sería a la moda inglesa y nos citó a las cinco de la tarde. Hizo servir cacao humeante con copitas de licor dulce y confituras. Todos decían que era «muy ingles» y yo me abstuve de opinar, porque había observado en las costas del Pacífico que los ingleses que lo tomaban habitualmente como alimento eran los marineros. No hubiera desagradado a mis contertulios, menos a los hombres, saber que era bebida de marineros, ya que aquí son en cierto modo de usos llanos, aunque de ningún modo les habría causado buen efecto enterarse de que para ellos constituía un alimento y no una golosina. En fin, para alternar y por no desatender las costumbres, la dueña de casa prodigó también el mate, que en definitiva gustó más que el cacao.

Antes de la comida nocturna se incorporó alguien que se había permitido prescindir de la «recepción inglesa». La divisé desde que traspuso la puerta y a partir de ese instante la reunión se convirtió para mí en un sutil juego de expectativa.

Era la esposa del meteoro de sol. Luciana, cónyuge de Honorio Piñares de Luenga, colega de Godofredo Alijo, ausente una vez más sin que nadie reparase en ello, porque la esposa y no él aparecía siempre en reuniones y el mundillo oficial había concluido por habituarse a que así fuera.

Naturalmente, no me era desconocida Luciana y hasta algunos diálogos mediaron antes entre nosotros. Desde que, por el reto del marido, supe que ella era la mujer del baño en el arroyo, dispense ocasionales lapsos imaginativos a su cuerpo, agraciado

más de lo que las ropas permitían suponer. No obstante, desconté que se trataba de algo prohibido e imposible.

Aunque Piñares no hubiese venido, la presencia de ella en la fiesta entorpecía, trababa mis movimientos, más porque no me dirigió una mirada ni dio la menor posibilidad al saludo personal que yo no habría sabido cómo presentarle.

Me condenaba por no haber previsto el encuentro, rigurosamente lógico por eso de ser Alijo y Piñares miembros del mismo cuerpo. Es que en los días que mediaron desde el convite mi atención estuvo puesta, de un modo excluyente, en Rita.

Permanecí en casa tanto como antes nunca lo hice. Aceché su paso, vigilé sus salidas a misa, todo en pos de algún signo de condescendencia en retribución del encubrimiento. Pero prescindió orgullosamente de mí.

Me puse afiebrado como si la fiebre me viniese de la cabeza, consagrada a Rita y los proyectos que con ella me hacía.

La fiesta se me presentó como un probable respiro.

Tres horas de tertulia, entre cacao y cena, forzosamente tenían que acrecer la familiaridad que lo limitado de nuestro círculo favorecía en la vida cotidiana, siempre repetida a lo largo de meses y años.

Podíamos permitirnos mucho, unos a otros, aunque en verdad yo permitiese más de lo que mi natural corrección me autorizaba a hacerles a los demás.

Alguien propuso, en la rueda masculina, que al cabo de la cena, devueltas las mujeres al hogar, se hiciera una reunión con mulatas libres en cierta casa de las afueras. Como la mayoría aprobó con lascivia evidente en la comisura de los labios, un hombre de iniciativa, un organizador consagrado, preguntó de a uno en uno quiénes irían, para echar cálculos y disponer todo en una escapada inmediata.

Yo me hacía fiera violencia en la vacilación, hasta que llegó mi turno y me excusé.

Entonces, uno de ellos, como muchos ya al tanto de mi conducta, me preguntó sin malicia:

—¿Sólo blanca ha de ser?

—¡Y española! —respondí con arrogancia.

Lo terminante de mi réplica cortó cualquier posibilidad de comentario.

El organizador prosiguió tomando lista.

Sólo el hombre de la pregunta no cejó en su curiosidad y, con respeto y discretamente, se atrevió a llamarme aparte para decirme que estaba asombrado de mi preferencia excluyente. Me pidió el honor de confiarle si al proceder de tal modo estaba dando cumplimiento a un voto de carácter religioso.

Le contesté la verdad:

—Temo el contagio del mal gálico. Temo perder la nariz, comida por la

enfermedad.

Me dejó en paz.

No había confesado la totalidad de mis razones, sí una principal. Nunca, hasta hacerlo, pude prever que descubriría así mis aprensiones y un móvil de mi conducta a una persona ajena a mi intimidad.

Pero era un caballero y ni el menor gesto insinuó la burla que bien podía permitirse cuando, en la mesa, hablando para los comensales más cercanos, incluso las señoras, el dueño de casa peroró con aprobación sobre los hombres virtuosos e insinuó cuál de los contertulios podía ser tenido por tal.

Yo me hallaba en su radio de influencia; también Luciana, pero creí que ella no atendía el discurso moralista. Sin embargo, cuando el perorante dio a entender quién de los que ahí estábamos cargaba, según dijo, el tormento blanco y santificador de la pureza, Luciana soltó el brío de su mirada penetrándome, sus ojos puestos en los míos brevemente. Fue como si ella respondiera sin resistencia al llamado de algo nuevo y levemente extraño.

Me sentí repentinamente ablandado y benigno. Pude sustraerme con facilidad al halago de otras silenciosas miradas estimativas y aferrarme sólo a esa, fugaz, de la mujer del admirable desnudo, que ya evocaba sin sensualidad y prescindiendo de la evidencia de que ella, esa noche y entre las demás mujeres, no parecía superior a ninguna.

En el transcurso de la comida no volvió a ocuparse de mí. Ese despego más me atraía y hasta me condujo a un exceso de copas en procura de animarme a parecer brillante, lo cual, pude comprobarlo, no seducía a Luciana.

Torné a guardar en prudencia y silencio mi ansiedad.

Yo no sabía hasta que punto me había traicionado. Me enteré, no sin inquietud, cuando desplacé la silla para abandonar la mesa, como lo hacían todos, y el oficial mayor Bermúdez, se aproximó a mi oreja, simulando para los demás una confidencia amistosa y risueña y me dijo:

—Alguien, cerca de mí, tuvo una ocurrencia que hemos festejado mucho. Señaló a Luciana Piñares y exclamó: «Es la mujer de cuerpo más hermoso que Zama ha imaginado».

Era como para que en mí se levantase una tempestad de carácter. Pero ocurrió que el imaginador de cuerpos hermosos recibió en ese momento, ni un segundo después, otra mirada de la mujer del cuerpo más hermoso que había imaginado. Una mirada que cantaba este mensaje: «Si mejor os conociera...».

Si de regreso me hubiese dado en la calle con Su Majestad y en sus labios esta propuesta: «Zama, ¿quieres cargo en Buenos Aires, mejor visto y rentado, si es que aceptas partir mañana?», le habría respondido: «Todavía no».

Ningún hombre —me dije— desdeña la perspectiva de un amor ilícito. Es un juego, un juego de peligro y satisfacciones. Si se da el triunfo, ha ganado la simulación ante interesado tercero y contra la sociedad, guardiana gratuita.

7

Esa noche, además, se me presentaba como establecida para el amor con Rita: entraría por la puerta del fondo y le daría caza en el huerto, esta vez implacable y, quizás, amado voluntariamente. La menor de las Gallegos Moyano había pasado para mí a una condición de inferioridad con respecto a Luciana y, en el planeamiento del futuro que me hice asistido por la Luna, a una función meramente accesorio.

Sin embargo, mientras más cerca me sabía de la casa, mayor importancia cobraba para mis ansias urgentes de amar, aunque fuese buenamente. Disponía de anticipada conformidad, mas no podría soportar que el huerto vacío me defraudara.

Me defraudó.

Vino a mí, ni un grado menos, el furor empecinado.

Atravesé los patios sin cuidarme de no hacer ruido y llegué al mío de un solo impulso, dispuesto a golpear la puerta malogrando el reposo y la tranquilidad de Rita.

Mi puerta estaba abierta y la habitación echaba afuera un estable resplandor. Quise que fuese ella aguardándome y sabía que eso era imposible. Maldije mis trancos destructores del silencio y del sueño y procuré remediar el anterior alboroto acercándome con pies de pluma.

Sobre la mesa ardía una vela y junto a la vela se hallaba una caja de latón, secreto depósito de mis monedas de plata.

Un ladrón.

Me desmande de nuevo atropellando, crujiendo de rabia.

Lo primero que me reclamó fue la caja. Tres o cuatro monedas desparramadas sobre la tabla, las demás adentro. Fue una comprobación velocísima, pero más rápido resultó el intruso, a quien no había visto hasta entonces. Salió de las sombras, de mi lecho, me orilló con agilidad y se lanzó hacia la galería sin darme tregua en la sorpresa.

Era un niño rubio, desarrapado y descalzo.

Fui hasta la puerta. Se lo había tragado la oscura galería. Pensé que un niño sólo era poco para tanto atrevimiento y supuse un cómplice aún escondido. Me volvía hacia el interior, ya con el estoque desenfundado, y dando grandes voces de amenaza

hacia adentro y de alarma hacia el exterior.

Impetuoso, busqué las sombras y les tiré puntazos, infructuosos. Luego, con la vela inspeccioné mejor y más la parte inferior del lecho.

Mientras, llegaba don Domingo, dispuesta una veterana pistola de rueda, pero con escasa firmeza y vista para que resultase eficaz.

Tres esclavos, que por prisa no habían terminado de ponerse la camiseta, obedecieron nuestras perentorias conminaciones: «¡Buscad! ¡Buscad!», buscando por las galerías, los patios, tras las plantas y botijones, hasta desaparecer. Regresaron sin haberse topado con nada, a tal punto que parecían advertir en ese momento que fueron a descubrir algo e ignoraban qué.

Don Domingo les explicó lo que yo vi, por si alguien podía aportar referencia esclarecedora: «Un niño rubio, espigado, como de doce años; descalzo y casi sin ropas, que ha de haber dormido unas horas aquí, en el lecho de don Diego».

Los esclavos se consultaron entre sí, con la mirada y voces bajas y nerviosas.

Uno de ellos, un zambo, resumió lo que podía considerarse un dictamen:

—Ha de ser un niño muerto, mi amo.

Si Rita, en una de las habitaciones que destilaban luz por las rendijas, estaba escuchando, era preferible que compartiese la idea supersticiosa del negro. De lo contrario, me habría juzgado merecedor de todas las burlas.

En la mañana se repitió la revisión prolija de la casa y sus dependencias. Sólo mi habitación había sido visitada y nada de valor faltaba.

Me poseía la sospecha de una malévola chanza, mas no acertaba a determinar sospechosos. ¿Por qué pensé en Ventura Prieto si nada hacía razonable acto tan fastidioso contra mí? Levantisco y dispuesto a la pendencia, no pude en las horas de despacho, sustraerme a una recatada vigilancia de sus gestos, a un control prevenido de sus posibles alusiones, por si alguna lo delataba. Pero no, ninguna.

En la tarde, mientras cavilaba dónde esconder con mayor seguridad mis escasas monedas de plata, tuve el más deseado convite: de mate cebado por Rita.

Nos sentamos al amparo de un plátano anciano, en sillitas bajas, y me sirvió el primero en silencio. Era azucarado y flojón. Lo sorbí despaciosamente y creo que con el líquido me venía gradual conciencia de cariño, tanto que me anegaba.

Alzó la mirada, como si estuviera al tanto de ese sentimiento nuevo y limpio, y buscó en mis ojos un indicio de que podía tenerme confianza. Yo estaba enternecido: la veía bella y delicada, víctima de un amor consumado en el misterio, con la soledad del secreto y supuse —firme en la convicción— que ella había sido, era y sería de un solo hombre.

Entretanto, no habíamos pronunciado una palabra y yo no sabía como participarle mi disposición afectuosa, repentinamente fraternal. Le dije entonces algo desmañado,

apelando a un recurso de vía indirecta. Le dije que sentía inmensa gratitud por ella. Sorprendida, me preguntó por qué. Con ardor le expliqué que si alguien se ocupaba de mí, hombre sin familia y alejado de su tierra, era por una misericordia que conmovía mi pecho hasta ese punto que podía verse. En efecto, resultaba visible mi emoción, porque despuntaba en una ligera acuosidad sobre los ojos.

Ese brote de lágrimas y hasta mis palabras eran desproporcionados con el favor que recibía de Rita, una atención que en múltiples ocasiones me prodigaron sus hermanas. Ha de haberlo comprendido así, debe de haber percibido cuánto era mi desasosiego, por el arrepentimiento, tal vez piedad, que me inspiró con su oculto amor y su tardío pero sumiso acercamiento a mí. Le brotó el llanto, caudaloso, y se mordía los dedos para no gritar. Yo le acariciaba la cabeza, reclinada sobre mi pierna, y procuraba animarla a recuperarse pronto, con justificado miedo de que nos descubriesen en tal situación.

Se calmó. Secó su rostro. Tornó a una actitud serena, pero triste.

Me sirvió un mate, después sorbió uno ella. Dejábamos que la atmósfera luminosa y posesiva nos convirtiese en calmos objetos.

Ella intentó el diálogo, preguntándome por el niño rubio de la noche pasada y aunque empleó un tono diferente vino a acuciar en mí ese resquemor de la probable chanza. En tanto le explicaba cómo saltó del lecho, me esquivó como un pájaro en vuelo y se incorporó a las sombras como si a ellas perteneciera, me atravesó una sospecha urticante: Rita y su hombre prepararon la escena. Quisieron asustarme, tal vez trastornarme, en castigo por mis regresos de alta noche que malograban sus arrullos.

Se contuvo en seco mi enternecimiento y el mayor esfuerzo de corrección que hice se enderezó a no herir demasiado con una acusación. Obstinado en la creencia de que Ventura Prieto andaba por medio en el asalto del niño, se me ocurrió que el amante de Rita era él. No me interesaba si lo era o no; yo quería saber si a Rita debía, aunque fuese en parte, mi grotesco desarreglo nocturno.

Entonces le declaré que me creía con derecho, siquiera, a conocer el nombre de la persona a quien protegía con mi reserva.

Achicó sus ojillos la indignación, apretó los dientes un momento y, acto seguido, los soltó para decir, terminante:

—Oficial mayor Bermúdez.

Y un gemido se fue con ella de disparada, al encuentro de su habitación.

Quedé contemplando tenazmente la sillita baja, vacía, en tanto la calabaza se enfriaba en mi mano.

Sólo a esta altura Bermúdez comenzó a ser, para mí, algo definido. Hasta entonces no pasó de constituir un receptor y girante de legajos en la casa de la gobernación.

Para la gente, tengo entendido, representaba algo parcialmente espectacular: del cuello para arriba.

Había sido capitán del rey, pero un tajo hondo a la altura del corazón le vedó para siempre la vida violenta de los militares. Nada le impedía, sin embargo, el uso del casco, el más pulido que vi, y él lo lucía con motivo de cualquier solemnidad, civil, militar o religiosa. Pero ocurría que prematuramente, pues no pasaba de los treinta y cinco años, quedó sin un pelo en la parte superior del cráneo, y la gente decía que, con casco o no, la cabeza le brillaba igual. Esto parecía envanecer a Bermúdez.

Cuando nos reunimos en el trabajo, su presencia excitó mi dolor y arrepentimiento de la víspera. Pensé que, después de todo, ese individuo intrascendente era para alguien razón de pecado, amargura y deleite, e imaginé la pequeña mano de Rita deslizándose en caricia por la bruñida cabeza calva.

Bermúdez, que nunca se me aproximó sino con papeles, o con aquella socarrona confianza de la fiesta, tuvo ese día un infrecuente rasgo amistoso. Me pidió que comiéramos juntos en la posada a mediodía. Si bien no mencionó causa, me sentí obligado, suponiendo que con prontitud extrema Rita pudo trasmitirle sus pesares por mi conducta.

Renació mi disposición de ser útil a los amantes e incluso me hice la ilusión de llevar sus relaciones a un plano más decoroso. Nada había en el convite de Bermúdez que trasluciese ánimo agresivo, de modo que acudí confiado a compartir su mesa.

Sin embargo, su manera de introducirme en materia me picó. Me dijo que tenía que hacerme una confianza, en bien de mi seguridad, y me rogaba que no tomase a mal su deseo de prevenirme. Como yo pensaba que él conmigo sólo estaba en condiciones de ventilar la cuestión de sus amores con Rita, supuse que, tras reconocerlos, ya que otra alternativa no le quedaba, me formularía una amenaza. Eché cuentas y consideré que su corazón en peligro no lo facultaba para un duelo, de modo que puede dispensarle el obsequio de mi paciencia hasta escucharlo algo más.

Ni el mejor catador de hombres está en condiciones de saber qué esconde, qué trae el prójimo que pacíficamente devora con él jugosas porciones de carne asada.

Cuando apuré a Bermúdez para que se explicase, me declaró:

—Señor doctor, estáis en un serio compromiso.

Me puse trémulo y apreté los puños: ¿de manera que el compromiso era para mí y no para él?

Pero añadió rápidamente, sin darme lugar a la reacción, el argumento que lo determinaba a pensar por mí: yo, que soy americano, el único americano en la administración de esta provincia, aunque tenía probada mi lealtad al monarca, proclamé, en la fiesta que sólo me conformaba con mujeres españolas. Mi esposa, sobre hallarse lejos, era también americana y, en consecuencia, mis palabras únicamente significaban una cosa: que yo codiciaba o poseía ya a una mujer de la colonia, en franco adulterio, por ser yo casado, y si la hembra también lo estaba, en redoblado delito.

Me encontré, de pronto, elaborando una justificación: yo solamente quise decir mujer blanca, como opuesta a indias, mulatas y negras, que me inspiraban repugnancia, y eso, me atrevía a mentir, en la hipótesis de que se tratara de una licenciosa notoria y de cualquier modo como posibilidad. Estaba totalmente confundido y me envolvía en palabras sin darme salida, porque patente se me representó una situación de desfavor para mi probable traslado. Si el asunto se tomaba como ofensa de un americano contra el honor de los españoles y alguien interesado se encargaba de abultarlo, podría estorbar mis demandas ante el propio virrey.

Estaba desolado, hasta que me reconforté apelando al discurso sobre mi virtud que hizo en la cena don Godofredo Alijo.

—¿Cómo es posible entonces conciliar opiniones tan diversas? Tengo a mi favor la de un respetable ministro de la Real Hacienda.

Percibí que Bermúdez se encontró súbitamente desarmado. Aun en el caso de que la autoridad máxima, el gobernador, se hubiese enterado y pronunciado en contra, no era el oficial mayor persona suficientemente indicada para estar al tanto de su pensamiento.

Arguyó entonces que ciertos caballeros habían hablado, en los días siguientes, sin cuidarse de que su concepto trascendiera, aunque él, Bermúdez, por discreto no me daría nombres, al menos si eso no resultaba imprescindible para las precauciones que yo pudiese tomar.

Aunque la hablilla tuviese base real, me sentía por encima de ella, porque no veía peligro inminente, de modo que aseguré a Bermúdez que no me intranquilizaba y le dije que podía guardar reserva para siempre sobre la identidad de esos caballeros.

Ya no pudo correrme.

Otra imagen, no la del supuesto favor, advino a mi mente: Luciana de Piñares de Luenga varias veces de consulta, desusada en mujeres de su condición, en el despacho del oficial mayor.

Pero esto había sido antes de la fiesta y no le encontraba atadero con el nuevo

episodio.

9

Esas jornadas de acontecimientos imprevistos, de agitaciones y tumbos, me apartaron de cualquier intento de encontrarme con Luciana, lo que era difícil hasta otra reunión, y las reuniones se daban espaciadamente. Zama, ofensor, no podía pisar el umbral de Piñares, ofendido. Buscarla en misa era abocarse al laberinto de los oficios, que se daban de a dos o tres por mañana en cada templo y eran arriba de seis, sin contar los de naturales.

Rita, que fue resplandeciente, lo era menos, como si algo le chupara la sangre. Al encontrarnos se forzaba en pro de una conducta normal, porque había sido herida y conservaba la lastimadura del débil humillado por el fuerte.

Pude, pues, retornar a Marta. En esta disposición me halló un mensaje suyo, enviado por el mismo barco en que llegó un caballero oriental con cartas de recomendación para mí. Traía este hombre un probable negocio de explotación de maderas; personas considerables me encomiaban atenderlo debidamente y presentarlo a quienes pudiesen facilitarle sus cosas. Esta atención importaba indudable merma de mis monedas de plata.

Marta, superando sostenidos reparos, me hablaba de la situación económica del hogar. Estaba afligida. Había tenido que vender las modestas alhajas de su dote, a espaldas de mi madre. Con esos recursos hacía tiempo, hasta que yo pudiese ayudarlas.

Como yo inmediatamente no podía, tuve que franquearme en otra misiva conmovida por su abnegación silenciosa y colmada de recomendaciones de que siguiera ocultando la crisis a mi madre. Debí aclararle que mi sueldo era realmente de mil quinientos pesos, pero mil debían serme ingresados de los propios de la ciudad y, en consecuencia, por ser éstos tan exigüos, los míos no pasaban de ser ilusorios. En cuanto a los otros quinientos, sólo en ocho oportunidades habían llegado de España, sobre quince meses de permanencia.

«Marta —suplicaba yo con la pluma— sacrifiquémonos aún algo más. Es por mi carrera, que no puedo abandonar si quiero otro cargo más cerca de ti, de mayor lustre y efectivas entradas. Algo se juega también mi nombre, que es el de tus hijos».

10

Encontré alojamiento para mi visitante en una casa de la calle San Francisco. La calle de San Francisco corre, mirada desde el río detrás de la calle de San Roque y en la calle de San Roque estaba la casa de los Piñares de Luenga. De los fondos de ésta, una piedra lanzada por mano de un hombre podía golpear la ventana del oriental.

Lo visité asiduamente en su habitación y ha de haberle extrañado tan solícito interés por favorecer sus negocios.

Hasta que un día, muy temprano, observé agrupados, detrás de la casa de Piñares, caballos y mulares con avíos de viaje. El señor preparaba la ida a su estancia de Villa Rica.

Dejé transcurrir un lapso prudente e invité al oriental a visitar a Piñares de Luenga, ministro de la Real Hacienda, que seguramente podía contribuir con informes que dejaran sólido y concluido el proyecto.

Compuesto en forma que merecí cumplidos de mi favorecido, pasé a buscarlo; con él del brazo me presenté por la puerta principal en casa de don Honorio Piñares de Luenga.

Un esclavo joven nos informó que el señor ministro se hallaba en su estancia de Villa Rica y no regresaría hasta pasado un mes. Hice manifiesta una intemperante decepción, con voces algo elevadas de tono que provocaron miradas de estupor de mi acompañante. No me iba y requería mayores explicaciones. El oriental me tironeó discretamente de la manga y, antes de que malograra mi plan y en vista de que nadie desde adentro venía en mi colaboración, me decidí y ordené:

—Di a tu señora que aquí está, presentado por don Diego de Zama, un caballero de Montevideo, que debe regresar muy pronto a su patria y desea ser atendido por el señor ministro.

El *cunumí* se retiró, dejando entornada la puerta, en acto de precaución.

El oriental dio curso a su malestar, diciéndome que cómo podía insistir de esa manera por una información de relativa importancia, de todos modos imposible de lograr, ya que el ministro no estaba. Que había otros ministros de la Real Hacienda, si tanto quería hacer por él y que...

La puerta se abrió del todo, franqueándonos el paso. El esclavo nos guió hasta el salón.

Luciana nos recibió muy señora pero con las mejillas algo encendidas. Se mostró gustosa de nuestra visita y yo supe que era por mi osadía. Creo que nos sentimos repentinamente cómplices.

No obstante, dedicó toda su atención al oriental, a escucharlo un poco, lamentar la ausencia del marido y, muy luego, a cercarlo de preguntas que el hombre no podía

responder, porque no era ni muy avisado ni amigo de las cosas espirituales, y hacia ellas se encaminó la curiosidad de Luciana. Quiso saber del teatro y de la música de Buenos Aires y Montevideo, y como por ahí no sacaba provecho de ilustración, se le ocurrió que este individuo, comerciante, podía estar enterado de trapos y le preguntó de las tiendas y hasta el precio de los dedales de plata. Como aquí algo acertaba, el oriental quiso recuperar terreno y se mostró viajero, diciendo de un viaje a Córdoba. Pero dio un traspié, porque Luciana supuso que por lo menos algún doctor sería amigo de él y le vino en ganas conocer la vida íntima de gente de esa clase, sus fiestas, reuniones, estilos de ropas, platos y bebidas, formas de educación de los hijos, en fin, un cuestionario para enciclopedia. No era para el oriental.

Se daba mi turno. Yo iba a él resentido, porque licenciado soy, aunque no de Córdoba, y bien podía preguntárseme. Era esa vez un poco como siempre: allí donde la gente no es de universidad, si posee algo de que enorgullecerse, posición o hacienda, decide ignorar el estudio y títulos de quien tuvo aula.

Mi oferta procuró alivio al oriental y a Luciana un interés que, asombrosamente, se permitió dejar en suspenso, hasta una nueva visita nuestra, que nos encargó se repitiera dos días después, a la oración.

11

Esa noche soñé que por barco llegaba una mujer solitaria y sonriente, sonriente sólo para mí, necesitada de mi amparo, que se me confiaba a mis brazos y mezclaba con la mía su ternura. Pude precisar su rostro, gentil, y un vello rubio que le hacía durazno el cuello y me ponía goloso.

No era Marta; tampoco Luciana. No era nadie que yo conociese.

Deje el lecho, espiritualizado. La mañana era limpia y propicia. Bebí el mate y prescindí de los bizcochos. Comer, masticar, me parecía grosero.

En la calle me di con una berlina modesta, de gastados arneses y cansino tronco.

No le presté atención cuando pasó a mí lado. Pero reparé en una mano, carnudita y joven, muy blanca, guardada de encajes, que se tomaba de la portezuela. La cortina echada no permitía hacer público más que ese breve testimonio de donaire. El carruaje se alejaba y, por modesto, no podía distinguirlo de ningún otro.

Pensé buscar mi caballo; suspendí tal propósito.

Quizás era la mujer del sueño; seguramente no.

Al igual que ella, operó en mí como una perdurable caricia.

Por juntar pedacitos de esperanza, repasé las características del coche y de los animales de tiro, a fin de retenerlas. Sin duda, me dije, para la dama de la mano era

un pobre medio de no ir a pie; sin embargo, tuve que decirme también, de menos dispondría ahora la que era en verdad mi dama, Marta, mi señora.

Me sentí traicionero de su amor, de su humildad y su sacrificio; mas pensé en la mano resguardada de encajes, pensé en Luciana y quise justificarme como ante tribunal: «Por lo menos, debo conservar el derecho de enamorarme».

Enamorarme, nada más, apuntaba en mi reserva de derechos, e imaginaba de nuevo la mano carnudita y clara, fugitiva, y la hacía real haciéndola de Luciana, y mía por un beso, un solo beso de enamorado, y luego el reclinar de mi mejilla en ella y sentir su calor pasándose a mi cuerpo.

Debía acudir al despacho. No me hacía mal saberlo, porque permanecía bajo la influencia del sueño y de la mano blanca, otro sueño. Mal me causaba, eso sí, que lo real me resultase inasible y, si una mujer venía a mí, lo hiciera en sueños, nada más.

¿Nunca sería el visitado del amor? No el amor de Luciana, si es que lo conseguía, sino el de una mujer de otras regiones, un ser de finezas y caricias como podía haberlo en Europa, donde siquiera unos meses hace frío y las mujeres usan abrigos suaves al tacto como los cuerpos que cobijan.

Europa, nieve, mujeres aseadas porque no transpiran con exceso y habitan casa pulidas donde ningún piso es de tierra. Cuerpos sin ropa en habitaciones caldeadas, con lumbre y alfombras. Rusia, las princesas... Y yo ahí, sin unos labios para mis labios, en un país que infinidad de francesas y de rusas, que infinidad de personas en el mundo jamás oyeron mentar; yo ahí, consumido por la necesidad de amar, sin que millones y millones de mujeres y de hombres como yo pudiesen imaginar que yo vivía, que había un tal Diego de Zama, o un hombre sin nombre con unas manos poderosas para capturar la cabeza de una muchacha y morderla hasta hacerle sangre.

Yo, en medio de toda tierra de un continente, que me resultaba invisible, aunque lo sentía en torno, como un paraíso desolado y excesivamente inmenso para mis piernas. Para nadie existía América, sino para mí; pero no existía sino en mis necesidades, en mis deseos y en mis temores.

Estaba espiritualizado.

A mi paso, tumbada y sin fuerzas para moverse, encontré en una zanja formada por los raudales a una mujer indígena, de mediana edad.

Me acerqué y ella no sabía con qué objeto, por lo cual sus ojos se pusieron implorantes como para que no la forzara a salir de allí, para que no le hiciera daño. Con ese ruego silencioso, con su abandono y su dolor, me causó viva compasión.

Quise saber qué le ocurría.

—*Tuvig* —me dijo.

—¿Sangre? ¿Estás herida?

Negó despaciosamente con la cabeza.

—No. Flujos de sangre, su merced.

—¿Qué puedo hacer por ti? ¿Qué puedo ofrecerte?

—Yerba o azúcar para la médica, su merced.

Le di una monedita para su médica, la curandera, y otra para ella. Le dije que debía aguardar hasta que llegasen dos hombres, que la llevarían alzada a ver a la curandera y después a su rancho.

—No tengo rancho, su merced. Soy libre y tenía; pero mi hombre me echó.

Si bien entendía su situación, no supe cómo contribuir a resolverla. Arrojé sobre su falda otra moneda, consciente de que eso era nada para la miseria y la enfermedad, que el marido quería extirpar de raíz eliminando de su presencia a la mujer.

Ante la casa de la gobernación me aguardaba un mandadero con mensaje del oriental. Amaneció con retortijones y vómitos de cólico e imploraba mi colaboración para que se atendiese su salud.

Con repentina sangre en la cabeza, lo interpreté como una burla de la suerte, como un juego malévolo para excitar supersticiones: yo me ocupaba en la calle de una enferma desconocida, en procura de que sanase, y parecía que la enfermedad se pasaba a mi conocido. Enfermo él, no podríamos visitar a Luciana en la tarde: la desventura recaía en mí.

Hice avisar al oriental que muy en seguida tendría auxilio de expertos, pero decidí no ocuparme de momento y, secretamente, deseé que sufriera hasta aullar.

Prescindí también de mandar hombres en socorro de la mujer caída.

El gobernador tenía indicado que en cuanto yo llegara me pusiese a sus órdenes. Esto implicaba antesala, hasta que él se dignase franquearme el paso. En esta ocasión se retardó hasta crisparme de impotencia.

En igual situación y viendo mis nervios permanecían de pie dos ancianos pulcros y una joven bonita, sencilla y notoriamente pasiva. Estaban en la sala desde antes que yo y si respondieron corteses y tímidos a mi abreviado saludo, más no hubo entre nosotros, aparte de un silencio largo y una aparente igualdad de condiciones que me humillaba.

De ellos se trataba. El gobernador, que me recibió con una cordialidad apaciguadora, me rogó que lo librase de esa gente, según sus conocimientos temiblemente pedigüña.

Tuve que acceder, con callada reserva de venganza.

Pasé a la antecámara sin mirarlos, clausuré tras de mí la puerta del despacho y esperé que ellos me buscaran.

Tendrían que fatigarse de aguardar audiencia del gobernador, animarse a inquirir

a su secretario y entonces darse cuenta de que quien iba a atenderlos era el señor asesor letrado; recibidos al cabo de otro tiempo, caer en la comprobación de que el asesor letrado era yo, es decir, la misma persona que tuvieron a tiro media hora, desperdiciada e irre recuperable.

Pero el tiempo, allí, de nada servía, y finalmente me molestó su paciente antesala. Más me canse yo que ellos; por lo menos, eso creo.

Qué fuertes eran mis deseos de ser despótico y expeditivo y cuán escasa oportunidad me dieron las humildes palabras del anciano.

Era descendiente de adelantados; podía citar en rama directa, a Irala.

Cuando me exponía esto, como una relación de hechos, sin postura ni orgullo, llamó alguien a la puerta y era Ventura Prieto. Lo hice pasar para que el anciano se sintiera disminuido, obligado a confesarse y pedir ante persona extraña, de quién sabe qué rango.

Ventura Prieto, discreto, quiso retirarse; a una indicación mía permaneció cerca de la entrada, observando interesado.

El anciano, intranquilo como yo lo deseaba, dijo ser de los antiguos pobladores de Concepción, con tierras heredadas, pero ya tan reacias a sus decrepitas manos que había caído en la miseria y se veía en precisión de pedir a Su Majestad para sí, su mujer y su nieta, sin padres ésta a causa de un acto sanguinario de los indios, diez años atrás.

La niña, que al principio me miraba con limpidez, poco a poco había inclinado la hermosa frente y con su manecita, con sólo la punta de los dedos, se tomaba de mi mesa, como para aferrarse a algo. Mi mesa representaba al asesor letrado: yo era lo sólido y lo último para hacer pie.

Yo constituía de nuevo algo útil e importante.

Mi vanidad dictó estas palabras:

—Puede volverse en paz vuesa merced a su tierra, que tendrá encomienda de indios en nombre de Su Majestad, que ha de acordar sin tardanza el gobernador, por quien me comprometo con mi palabra.

Puse tanta aplicación en la solemnidad de mi promesa, persiguiendo un chispazo de gratitud en los ojos de la joven, que olvidé reclamarle documentación probatoria de su ascendencia.

La joven me había entregado el fulgor humedecido de sus ojos y yo me sabía alguien, alguien en su intimidad dichoso.

Ventura Prieto venía a traerme la reiteración del mensaje del oriental.

Desusadamente amistoso, le pedí consejo. Me indicó al cirujano Palos y yo hice

una broma con su nombre, obtuve otras referencias sobre el modo de encontrarlo y le encargué me enviáse dos hombres para que fueran en busca de la mujer caída. Yo era en ese momento una persona buena y comunicativa, tanto que referí a Ventura Prieto el episodio callejero, procurando hacerlo partícipe de mis humanas acciones y mi compasión.

Mayor era la suya o más lúcida. Me dijo que tanto merecía un cirujano la indígena como el oriental y me animó haciéndome presentes los procedimientos antojadizos de los curanderos: «Hechizos o intervenciones crueles; de lo contrario, lo inoperante: por ejemplo, contra los flujos de sangre, sahumeros de hojas de güembé».

Poco necesitó Ventura Prieto para persuadirme, pero tuve que arrepentirme de haberle franqueado mi confianza.

Se atrevió a opinar sobre mi pronunciamiento en el caso de los descendientes de adelantados, del que era testigo.

Dijo que para privar de la libertad a cien o doscientos nativos y hacerlos trabajar en provecho ajeno no era mérito suficiente un papel antiguo con el nombre de Irala.

Como todavía no acertaba a comprender si criticaba mi disposición favorable al anciano o simplemente el régimen de las encomiendas, quise explorar un poco más, y le pregunté cuál título consideraba válido para obtener la encomienda.

—Ninguno —me respondió—, y menos que todos el de la herencia remota.

Lo contemple con un tanto de superioridad y suficiencia, porque sus opiniones eran peligrosas y lo veía ofuscado, mientras yo me mantenía sereno.

Dije, muy pausadamente, como si estuviera reflexionando, aunque en realidad pedía respuesta:

—¿Estaré hablando con un español o un americano?

Y él, incontinente, me replicó:

—¡Español, señor! Pero un español lleno de asombro ante tantos americanos que quieren parecer españoles y no ser ellos mismos lo que son.

Aquí nació mi furia:

—¿Va por mí?

Vaciló un instante, se contuvo y dijo:

—No.

No estaba Palos de cirujano, sino de alzacopas, y aunque rescatado de la taberna no consintió atender más que al oriental, juzgando indigna la calle para «las consultas de la ciencia».

Lo dejé, pues, junto al lecho de los cólicos, y seguido de dos esclavos de la casa acudí en busca de la mujer, con plan de trasladarla al patio de la servidumbre para que no fuese largo el camino del cirujano ni deprimente para sus pretensiones.

No se hallaba donde antes la vi y nadie por las inmediaciones parecía haberse ocupado de ella, de su estado y partida.

Tampoco era sencillo dar con la vivienda de la curandera, si es que allí se había encaminado la mujer. Los esclavos primero y personas de la vecindad en seguida, me informaron de lo que yo nunca me había ocupado hasta entonces: los «médicos» venían del campo, pero sólo en día de fiesta religiosa.

Una *gûaigüí*, una vieja, había, sin embargo, con residencia fija y consulta permanente.

Por Ventura Prieto lo supe, cuando fui a la posada a reponer fuerzas y todavía estaba desorientado, tanto que hacía trascender mi desasosiego y remordimiento, culpable de descuidar una vida que prometí asistir.

Tanto los americanos como los españoles, y estos de las clases más distinguidas, para remedio de sus achaques preferían, antes que al cirujano, al cura experto, al curandero. De todos modos, era proverbio que la muerte sólo es cosa de viejos y de parturientas, no de soldados ni enfermos. Si algo de verdad había en esta convicción, su vigencia no excedía los límites de la provincia y, en todo caso, del núcleo más civilizado, allí donde no dominaban los indígenas ni se comía carne humana.

Nada alteró, pues, mi presencia en casa de la médica, donde dos señoras españolas aguardaban su turno y fingieron no conocerme.

Entre el concurso no se hallaba la buscada. Me demoré un instante, por si formaba parte del grupo que, más adentro y con cierto aislamiento, se consultaba con la *gûagüí*. Como el trámite tardó, fui allá y allá estaba, entre todos, un niño rubio, de unos doce años, espigado, en la tarea de pasar a la vieja los canutos de caña con orinas para el diagnóstico.

Una noción me forzaba a asociarlo con el bandido que ocupó mi cama y destapó mi caja de caudales. Pero la certidumbre tardaba en venir. Por ahí, en una tregua de su tarea, me miró tranquilo y sonriente, como con familiaridad. No dude: era él.

Con resolución que no precisó de reflexiones, me abrí camino entre el grupito de enfermos y le caí encima con mi pesada mano aferrándolo de un hombro. El mozuelo se desconcertó un tanto, mientras yo lo acusaba: «Fuiste tú, canalla. ¡Fuiste tú!». Y para forzarlo prontamente a la respuesta, lo zamarreé, increpándolo: «Pillo, dime quién te mando robarme. ¡Dime!».

Yo sentía en torno el revuelo de gallinas asustadas de las mujeres y esto me molestó, distrayéndome lo suficiente para que el pequeño, ladino y bravío, se sacudiera entre mis manos, liberándose un poco para sentirse firme en un pie: con el otro me aplicó un fuerte puntazo en la parte prohibida.

Grité de dolor, yo, ¡maldito sea!, y el rapaz se me escapó.

Las mujeres se habían desparramado y nadie pensaba en auxiliarme ni acercarse. La vieja, con aire místico y ausente, permanecía sentada en el suelo, con las piernas

cruzadas bajo la falda. Yo bramaba, conteniéndome con las manos la parte afectada.

Cuando el dolor se atenuó, asalté a la vieja con preguntas. Sólo pude aclarar que días antes el niño rubio le llevó de regalo una cantidad de ají seco, que ella utilizaba como medicina, y en cambio lo autorizó a quedarse en su casa, sin conocer quién era, ni siquiera su nombre.

Muy segura de su afirmación, pero sin lamentar la pérdida del ayudante, me dijo:
—No volverá.

12

Comenzaba la tarde, pero tanto mal me había dado aquel día que me espantaba continuarlo. Sin embargo, no se puede renunciar a vivir medio día: o el resto de la eternidad o nada.

Podía sí, sustraerme a las asechanzas de la ciudad montando a caballo con impensado rumbo. Oscilaba entre esa perspectiva y la muy incierta de visitar a Luciana.

No podría hacerlo sino como acompañante del oriental, pero el cuerpo del oriental era sobre el lecho un gusano retorciéndose sin salir de un punto fijo. Me resultaba tan inútil para aquella ocasión que lo contemplé en silencio y me dije que su muerte nada me importaría.

Nada me importaría mi propia muerte, creí también, y me acometieron unas ganas fuertes de no ocuparme ya de cosa alguna, de no retornar ni a mi cuarto ni a la calle ardiente y polvorienta, de echarme allí mismo, aunque fuese en el suelo, y descansar, descansar.

Como entré por los fondos, en casa de mi huésped encontré a las mujeres de la cocina dedicando la siesta a preparar dulces. Al aire libre, en grandes ollas de hierro, cocían las frutas descascaradas.

Yo venía sudoroso y seguramente más encendido de lo normal por la tierra, esa tierra roja de las calles pegada a mi rostro. Deseé el beneficio de un agua tibia por todo mi cuerpo y ordené que aprovecharan ese fuego para prepararme un baño.

Colocaron en mi habitación una tina grande y embalsamaron el ambiente con eucalipto.

Un esclavo me frotó la espalda con un trapo mojado. Después le ordené que se fuera.

Permanecí largo tiempo sentado en el agua, gozando de una paz sedante que llevó mi imaginación al lejano hogar y algo después a la posibilidad de un amor inmediato, el de Luciana u otra mujer agradable y sana, que necesitaba tanto como comer.

El baño me confortó, me puso rozagante y tan inconscientemente predispuesto a lo que iba a hacer que bastó, para decidirme, un menudo episodio. Al retirarme de la habitación a la calle, mi huésped, don Domingo, me dijo, entre paternal y complaciente: «Ya estoy yo también al tanto de la novedad: que ha habido baño de cuerpo entero». Sin detenerme, mientras lo saludaba con una inclinación de cabeza, le sonreí, amistoso y ufano, muy satisfecho de que lo hubiera notado.

Yo era alguien merecedor de ser bien visto y recibido. Me lo decían los discretos cumplidos del caballero, mi huésped. Si un anciano como él se baña en tina, se piensa que es un viejecito aseado, nada más, y se procura que no se enferme con el agua. Pero el baño de un hombre de treinta y cinco años sugiere otros móviles.

Apetecía ya la aventura y hasta el riesgo, al punto de preferir que el oriental siguiera postrado. Pero tuve el escrúpulo de pasar otra vez a enterarme de su estado. Era inquietante, pues le habían nacido unas terribles calenturas. Temí que fuese por mi culpa, a raíz de aquel mal deseo de más temprano.

Su situación, la intranquilidad de mi conciencia, frenaron mis ímpetus, pero sólo hasta que pensé que de la misma comida y de los mismos cólicos podía morir yo una semana adelante. Podía morir ascético con la sangre ardiente y la boca llena de quejas contra mí mismo, sin dejar mujer alguna dolida de haber pecado por Diego de Zama. Es que Diego de Zama, sin haber besado durante años otro cuerpo que el de su mujer, se conocía ajeno a la pureza de la fidelidad y precisaba también que alguien más participara de su confusión de deseos y mordientes reproches.

No; no iba yo, bajo aquel cielo borroso de atardecer, hacia un amor luminoso ni alegre. Con qué certeza lo sabía.

De que iba al amor no dudaba. Mi ánimo resuelto me hacía confundir la apetencia con una implícita combinación.

Me desengañé parcialmente cuando estuve frente a la casa y no tenía pensado aún el pretexto para presentarme.

Pedí hablar con la señora. Luciana bordaba en el salón y me recibió benévolamente, sin sorprenderse.

Fingimos los dos estar muy interesados en los asuntos del oriental. Ella deploraba la ausencia del marido, pero me formuló la promesa de enviar en la mañana siguiente un mensaje con el esclavo que había venido de la hacienda.

Se entregó a la confidencia:

—Mi marido sigue tan enamorado de mí como al comienzo de nuestro

matrimonio. Cuando se ausenta me asedia con misivas cariñosas.

Tomé coraje:

—Señora, saber eso me causa daño.

—¿Por que?

—Soy celoso.

Me atajó, vivamente:

—Nada os autoriza a serlo.

Sobrevino el silencio, pero yo estaba obstinado en mi propósito y no fui caballero, es decir, ni pedí disculpas ni me retire.

Se amansó aunque tomando un aire compungido. Me dijo que muchas mujeres la aborrecían por su independencia y demasiados hombres se equivocaban respecto de su conducta porque ella pasaba largas temporadas sola, pues no compartía la afición de su marido a la hacienda y, por lo contrario, se ahogaba en su casa y también en el país. Poco podía juzgar de otros, porque vino de España en la adolescencia; pero calculaba que en ciudades mayores la gente vivía menos sola porque se conocía menos entre sí.

Yo no quería seguir sus reflexiones, atisbaba la palabra que me diese pie para una insinuación o avance. Mientras ella asumía más y más una actitud desolada, yo me sentía como dispuesto a asaltarla y la observaba rigurosamente, casi con despecho porque ella no correspondía con mayor ligereza a lo que ya me parecía inminente. En el análisis, su cráneo me pareció el reverso de la belleza y comparé su quijada con la de un caballo, por lo fuerte y prominente.

Cesó en un discurso de voz queda que yo no había atendido e ignoro si debí contestar, y me comunicó, como dolida de tener que hacerlo:

—Diego, viene la noche; es tarde. No seamos imprudentes.

Me nombraba, íntimamente, Diego; pedía prudencia y más bien parecía echar el nudo a una complicidad. Era mi triunfo, un triunfo repentino. Lo recibí con nervios, gusto y una tremenda vacilación, porque ignoraba cómo y cuándo podría consumarlo y si me correspondía la iniciativa.

Sólo supe decirle, codicioso, vehemente y enamorado —enamorado—, mientras le tomaba una mano:

—Luciana, Luciana mía.

Y ella asintió con un suspiro, sin decir palabra y con la mirada baja, en tanto sustraía su cálida prisionera de mis manos y con el saludo me ordenaba:

—Ahora, hasta mañana.

Todo resultó demasiado llano, demasiado fácil. Pero yo le temía a mi suerte.

¿Fue, realmente, Ventura Prieto?

Aquella noche me despreocupé del oriental. De mañana acudió a la gobernación un mandadero, con un recado del huésped de mi protegido. Me comunicaba que las dolencias de éste se habían agravado y ya resultaban alarmantes.

Como el mensajero era un criado de razón, empleó tanta ceremonia en los saludos previos y tanta minuciosa abundancia en el informe que quienes discurrían por el lugar —lo atendí en la galería— acortaban el paso para cazar al vuelo algunas palabras. Uno de ellos fue el oficial Bermúdez, que, autorizado aún más para la pregunta por mi semblante de fastidio, quiso saber si había recibido noticias infaustas de alguien querido.

Me habló delante de Ventura Prieto y no pude impedir que éste escuchase mi respuesta discretamente cortés e informativa, ni menos que diera rienda suelta a su habitual curiosidad y me interrogara —correctamente, eso sí— acerca de mi búsqueda de la mujer achacada por flujos de sangre.

Como en verdad Ventura Prieto estaba demasiado en el asunto, porque recurrí a él cuando no sabía a quien dirigirme, le contesté que no pude dar con la enferma, pero sí con la vieja médica que me indicó.

—¿Entonces vuesa merced vio a la mística del niño rubio?

Cuánto contenía para mí esa pregunta: Ventura Prieto estaba al tanto de que el niño rubio acompañaba a la médica y me mandó buscarla. Era una burla y una afrenta. Eso pensé y por fin pude desahogar mi indignación.

Le apliqué dos recios bofetones, sin averiguar más, sin darle aviso ni respiro. Se tambaleó, asombrado. Reaccionó y me clavó una mirada de hierro. Encorvó lentamente el cuerpo y se me volcó encima tratando de asir mi cuello y voltearme. Conseguí parar el empujón y aunque él estaba prendido de mí, logré eludir la tenaza de las manos con enérgicos movimientos de cabeza y haciendo duro el cuello hasta sentir que casi me estallaban las venas. Para él sería como agarrar un tronco con vida. Sudábamos, prendidos cuerpo a cuerpo, pero yo me sentía más poderoso o más impulsivo y traté de sitiario contra una ventana. Paso a paso, cedió terreno hasta quedar adosado a los hierros. Entonces lo agarré de los pelos y di tres veces su cabeza contra las rejas. No quería destrozarla, ni tantas eran mis fuerzas. Pero lo azoncé y todavía, enceguecido por saberme dominante, atiné a sacar el cuchillo del costado y le hice un tajo en la mejilla.

De un brinco me eché atrás y quedé a distancia, a la expectativa, cuchillo en mano, hasta ver su reacción. Pero él estaba desfallecido y jadeante y creo que ni siquiera deseaba ver su sangre.

En vista de que la lucha había concluido, algunos se acercaron a prodigarme

afectos, felicitándome por mi destreza y mi victoria, lanzando denuestos contra Prieto y mostrando interés por ayudarme, si es que estaba herido o agotado.

Ventura Prieto fue puesto en prisión.

El gobernador me hizo llamar. Apenas entré, me declaró:

—Ya lo he destituido.

Me requirió un informe verbal del episodio, pero me adelantó su punto de vista:

—¡Dios nos asista! ¡Qué estemos expuesto al asalto de cualquier insensato, nosotros, aquí, en la propia casa del rey!...

Entendí que la partida estaba ganada, aunque Prieto fuese español y yo americano. Operaba la solidaridad de estado.

Supe, pues, cómo organizar mi relato.

14

Precisaba dormir pero, por no dar viento a la murmuración, comí como de costumbre en la posada.

Me pusieron una sopa de mandioca y, ya que tanto daba eso como cualquier otra cosa para mi falta de hambre, la admití sin queja. Quedé con el estómago exento de sólidos y todos los humores del vino en la cabeza.

Renegué del oriental y me entregué al lecho.

Pero el oriental estaba decididamente contra mí: murió y vinieron a despertarme para comunicármelo.

También su muerte era semillero de molestias, porque me daba el cargo de las ceremonias y las previsiones legales, de conducirlo a la tumba y quizás, un día, por reclamos de lejanos deudos, sacarlo de la tierra, ponerlo sobre agua, en barco y mandarlo río abajo.

Me dí consuelo calculando que antes ganaría mi traslado. Si bien conjeturé que el destino podría reírse de mí enviándome, en una misma nave, el nombramiento y un poder de los parientes del muero para que les despachara el cadáver, en cuyo caso tendría que viajar, todavía, con el oriental, adicto a mí como pocos lo fueron nunca.

La muerte del oriental, descontada la violencia de las causas, se ajustaba a la mayor naturalidad; la muerte de un hombre era y es algo corriente. No me pareció lo mismo del mensaje que, con escasa diferencia, siguió a ese: Luciana mandó a una esclava a golpear la puerta de mi huésped, don Domingo Gallegos Moyano, para enterarse del estado de mi salud, preocupada con la riña con Ventura Prieto, que le

había sido participada.

Tuve un principio de alarma por le escaso recato de Luciana, por su facilidad para hacer público el interés que podía sentir por mí, y en principio resolví enrostrárselo.

Pero me ganó el orgullo de saberla tan seducida que no se cuidaba de riesgos.

Muy poco hice por el oriental. Apenas si le mandé un cura para que lo velase y comuniqué a las personas de la casa donde se hospedaba que al día siguiente haríamos inventario, con escribano, de las ropas y el dinero que quedaron.

No podía consagrarme de lleno a esas tareas inmediatamente porque me estorbarían, quitándome tiempo, la reunión con Luciana.

Es más, por no perturbarla ni afectar el espíritu dichoso que procuré imprimir al encuentro, no le dije que había muerto y, como preguntara por el curso de su enfermedad, le mentí que continuaba con los cólicos. Me aconsejó que le diese a tomar trece tragos de aguardiente. Comprendí que Luciana era muy ignorante, por lo menos en ciertas materias.

Sin embargo, desde que llegué de nuevo a ella adquirí otro compromiso de gratitud con su benevolencia, que me impedía juzgarla en cuestiones secundarias: me tributó el agasajo merecido por un héroe, a raíz de mi pelea de la mañana. Quiso revisar mi rostro, por si tenía alguna lastimadura que n hubiese advertido, y hasta presionó con las manos en la frente, para activar cualquier dolor aún callado, si es que lo había.

Lo tomé como un pretexto para posar sus manos en mi cara y la dejé hacer, sensibilizado hasta el desfallecimiento. No se le ocurrió que haber sido golpeado en otras partes del cuerpo.

Después se sentó, a mayor distancia de mí que en la velada anterior, y mientras hablábamos del oriental y me prescribía el aguardiente, fue convirtiéndose en la señora que recibe una visita y me llamaba «Señor de Zama», «Doctor» o «Don Diego». Puse atención por si alguien estaba espiándonos y ella prescindía de intimidades para despistar; pero nada advertí de sospechoso.

Un rato, mantuve el tono que Luciana me imponía, pero al cabo se impuso mi necesidad de ella y quise apurar. Le dije algunas frases de viva devoción, mintiéndole una total consagración mental desde la noche precedente, cuando en verdad al recordarla, durante la jornada, estimé innecesario preocuparme demasiado por ella, porque se me aparecía en imágenes de sumisión y entrega que me dispensaban de mayores empeños.

Pero esa noche no era la Luciana sumisa y entregada que preví, sino Luciana a la defensiva.

Con habilidad eliminaba de sus respuestas lo que pudiese comprometerla de mis declaraciones amorosas hasta que, al fin, formuló una confesión desconcertante:

—Todos los hombres codician mi cuerpo. Honorio, mi propio esposo, vive fascinado por la carne. Yo lo desprecio y desprecio a todos los hombres por su amor de posesión.

Estaban planteadas las condiciones.

Calló un momento como extenuada por el esfuerzo y el coraje de hablar con esa claridad, y asimismo como dándome tiempo para recapacitar y pronunciarme.

Yo estaba enamorado de su cuerpo y hacia él tendía. Nada más me importaba de esa mujer iletrada, de rostro incapaz de sugerir impresiones amables. Pero ella despreciaba a quien pretendiera el amor de su cuerpo.

Era el fracaso de mis propósitos. No obstante, si Luciana me aceptó tan franca y prontamente, algo le había sugerido yo distinto de los demás hombres, de los que ella despreciaba. ¡Es que yo era el hombre virtuoso del discurso de don Godofredo Alijo!

Me adapté, pues, a esta fantasía, conformándome con sostenerla en ella para encubrir de elegancia una retirada que consideré cercana en el tiempo.

Me resultó simple tarea perorar sobre su virtud y su idealismo y terminé argumentando que mi espíritu anhelaba el hallazgo de una mujer de esa naturaleza, que me prodigara su amistad y un cariño tierno sin implicancias.

La vi muy halagada. Me insinuó que, si rendía méritos suficientes, podría hacerme acreedor de ese afecto. Me concedía dos puntos, cuando el día anterior me había acordado seis y prometido diez.

Al dejarla, anochece. Me acompañó hasta la galería y llamó a un criado para que me llevase a la puerta.

Por la calle marchaba a los tropezones, meneando la campanilla, un sacristán soñoliento.

El criado le preguntó:

—¿Quién ha muerto?

Y el sacristán salmodió la respuesta de estilo:

—Un hijo de Dios: don Félix Ordóñez. Rogad por él.

Félix Ordóñez era el oriental. En pocos momentos, por boca del criado, lo sabría Luciana.

Con la desaparición del oriental, quedaba anulado el pretexto de mis visitas que Luciana podía hacer valer ante su esposo. Esta posibilidad me favorecía, porque me libraba de entrevistas ya sin objeto y con evidente riesgo. Por otra parte, nada habíamos convenido para el día siguiente ni para los demás. No teníamos compromiso de volver.

Tal vez me alegré de haber salido indemne de la aventura.

Como el oriental viajó tan rápidamente y no dejó indicación alguna, yo ignoraba cuál de las órdenes hubiera preferido, de modo que lo incorporé a la de mis

inclinaciones, la mercedaria.

Cuando dejé a Luciana fui a la casa de duelo, y éste era ya muy visible: la habitación velada, el canto de la cofradías alternado con rezos y un ambiente oprimente de murmullos que no me explico cómo era tan vasto, con tan pocas personas que pudiesen interesarse por el destino post mortem de aquel extranjero. El cura había organizado todo muy esmeradamente, sin duda sospechando que el oriental llegó a puerto bien provisto.

A tanto alcanzaba con su celo el sacerdote que prohibió encender fuego para la comida, como si realmente el muerto integrara la familia de los dueños de casa. Además, la escasa divulgación del óbito, por la tardía salida del sacristán, hizo que en toda la noche no llegase una olla de las que, en estos trances, suelen mandar las gentes de posición. Por lo cual, en la mañana, con sueño y fatiga de tanto velar, me torturaba el hambre.

El primer guiso fue envío de los Piñares de Luenga. Agradecí mi suerte, por haber inspirado algún apego a Luciana.

La criada de razón, una mestiza muy desenvuelta, hizo el protocolo verbal de las condolencias, excusó la ausencia de sus amos del velatorio y, con ejemplar reserva, me dijo que la señora me aguardaría después del sepelio.

Tal anuncio me irritó al instante, porque significaba complicarme en una reanudación de visitas que para mí serían ya puramente formalistas.

Por eso, tras haber entregado el ataúd del oriental a la tierra sombreada por el templo de la Merced, me tomé dos horas, consagradas al necesario reposo, antes de acudir al llamado de Luciana.

Quizá buscaba provocarla para que se molestase por mi tardanza y comenzara a creer menos en mi rectitud y cortesía.

15

En las ocasiones anteriores he de haber llevado el rostro ansioso; no esta otra vez, lo cual autorizó a Luciana a plantearme una duda: si ella no me hubiese hecho llamar, ¿yo la habría visitado?

Con esta pregunta me puso en descubierto tan hábilmente que me sofoqué alegando tal necesidad de su comprensión y compañía que hubiera realizado cualquier esfuerzo por verla, aunque algo poderoso se opusiese a ello.

Me respondió con una sonrisa vaga, que traslucía su incredulidad, y no admitió que siguiese justificándome.

Me tomó con preguntas sobre la muerte del oriental y los detalles de la

ceremonia. Yo me reprochaba de un modo feroz haberme puesto tras aquella mujer que al fin de cuentas se permitía disponer de mi tiempo para una conversación tan conducente al hastío.

Debo pensar que fue sólo táctica de ella para estudiarme y conocer mis reacciones. El oriental y los clavos de su ataúd le importaban como excipiente. Ella pondría la droga en el momento oportuno, con una pausa larga subrayada por esta palabra:

—Ingrato...

Un resorte. Me accionó poniéndome de un arranque a sus pies, rodilla en tierra y acariciándole la mano que había dejado sobre la falda, también besándosela, muy luego.

Los dedos de su mano libre se hundían en mi cabellera. Después condescendieron hasta la barba, comunicándole la extrema suavidad de su caricia.

Alcé la mirada a sus ojos, en interrogación y súplica.

Ella declaró, con aire de acatamiento a una hermosa pero temible fatalidad:

—Lo que tiene que ser, que sea.

Volcó la cabeza sobre el respaldo y yo entendí que se ofrecía al beso.

Fue prolongado y jugoso.

Cuando salimos de él, mientras yo aguardaba signos que me dijese hasta dónde podía avanzar, Luciana permanecía disuelta en un sueño.

Después, volviendo, me llamó:

—Amado...

Y cuando yo me inclinaba sobre ella para otro beso, su mano derecha se interpuso, con delicada pero inobjetable autoridad. La acaté, pues, y entonces me dijo:

—Ahora, vete.

Pude resignarme porque ya me sentía su dueño y nada costoso me resultaba permitirle esas dilaciones, conjeturablemente destinadas a adormecer sin brusquedad la virtud.

En la tarde siguiente estaba en el salón con una compleja tarea de bordado. Empleaba fragmentos de seda de múltiples colores. Por esto y a causa de que el género excedía en mucho al tamaño del bastidor, exigiendo que alguien lo sostuviese para que no anduviera por el suelo, junto a Luciana encontré a una mestiza.

No importaba su presencia razón suficiente para desanimarme de inmediato, pero sospeché una estudiada estrategia cuando, pasado un rato, otra criada comenzó a traer mate con periódica puntualidad. Sin duda, obedecía órdenes anteriores a mi llegada.

En la quinta o sexta vuelta de mate me declaré satisfecho, por alejar siquiera a una de las vigilantes; pero muy pronto regresó con una jarrita de licor que sirvió en

copas diminutas. Como el contenido de cada copita era escaso, lo vacié muy pronto, por tres veces, hasta percibir que eso daba motivo a la criada para presentarse sin ser llamada a servirme de nuevo. Dejé intacta la última porción y, de tal modo, en algunas inspecciones más tuvo que persuadirse de que no precisaba su servicio.

Luciana meneó la cabeza, desarmada y complacida por mi tenacidad en procura de hacer más íntimo nuestro encuentro, y dispuso lo necesario para premiarme. Indicó a la mestiza que sostenía el género que lo tendiese sobre un sofá y de alguna remota pieza le trajera unas tijerillas especiales. Además, que al salir entornara la puerta y que de vuelta golpeará antes de entrar.

Entornada la puerta, Luciana y yo nos pusimos de pie en un solo impulso, yendo a la unión de los labios y a un abrazo con que nos estrujábamos el uno al otro. Esto no cesaba y para mí la sensación de contacto se extendía por todo el cuerpo como si no tuviésemos ropas. Un poco sofocados ya, desprendí mis labios y los hice conocer sus mejillas, su cuello, el nacimiento de su cabellera por detrás de las orejas...

Dos tenues llamados, con los nudillos sobre la madera, y fue necesario componerse la melena y la ropa.

La conversación se hizo de nuevo impersonal, por unos momentos más, hasta que Luciana me dijo, con indiferencia que ignoro si era simulada o efectiva, que su marido regresaría al día siguiente. Quise saber la hora, con la esperanza de que fuese muy tarde, de noche, y me quedara todavía una oportunidad; pero no. Había mandado un chasqui con aviso de que iba a pernoctar en un pueblo a media jornada de la ciudad, y emprendería la marcha de madrugada.

No pude digerir mi decepción, tan apabullante que Luciana hizo jugar una inofensiva sonrisa de burla. Pero ella era sabia, si no en otras materias, en la advertencia, la comunicación y el arte de apuntalar esperanzas. Sus labios se ordenaron en una risita tranquilizadora. Una inclinación de cabeza con ojos llenos de confianza en sí misma me anunciaron alguna astucia para no suspender nuestros encuentros.

¿Cuál era el sistema? ¿Haría posible que nos viéramos pero sólo en presencia de terceros o a distancia prudente? Atajaba mi urgencia de saber la mestiza tranquila de los hilos de seda.

Mi último beso de aquel día fue de saludo, en la mano de la señora. Estábamos en la galería, ante su mandadera y el esclavo que me acompañaría hasta la puerta. Otros criados pasaban con fuentes para la cena. Junto a Luciana permanecía, repentinamente apegada a su ama como si fuese un antiguo faldero, su asistente de bordado. Luciana le indicó que me saludase, como si entre yo y la mujercita hubiese nacido también algún vínculo de orden especial. La moza hizo una gentil ceremonia, quebrando la pierna e inclinando el busto, y emitió un chillido inexpresivo.

La guardiana, esa de quien todo el tiempo estuve temiendo que pudiese delatarnos

si hablábamos sin prudencia, era muda.

Este otro ardid de Luciana para contenerme contrapesó mi orgullo de saberla dispuesta a misteriosos recursos para verme aun cuando su marido estuviese en la ciudad.

Si ya me lo anticipaba, sin consultar siquiera mi no descartable ingenio, es que ponía fe en algún medio en el cual, tal vez, era experta.

16

Toda mi disciplina para el rigor de la prescindencia de mujer no fuese extremo, se había quebrantado. Yo era el caballo sobre la raya y la orden de salida se difería.

Confié, sin embargo, en el dominio que podía ejercer sobre mí mismo, ejercitado por la espera larga ya de año y medio.

Quedaba el temor a los sueños, que son incontrolables, pero la fatiga acumulada me exigía cama.

No obstante, el único sueño aprehensible fue sedante: reiteró su llegada aquella joven solitaria y sonriente que venía a confiarse a mi amparo. De nuevo me resultaba inidentificable con Marta, Luciana, Rita o cualquier mujer conocida.

Configuraba un vaticinio agradable que repetido en pocos días, cobraba crédito de hacerse realidad. Lo deseé, fervorosamente, como un consuelo y un freno.

De igual forma que en la ocasión anterior, me permitió comenzar la mañana con sosiego y esperanzas.

Era día inactivo, por algún santo no muy festejado, y lo inicié con una cabalgata tierra adentro, de ida contemplativa y regocijada, de regreso empecinada en la velocidad, por el puro placer de andar vivamente, ponerse en tensión para guiar y no caer, sentir el ritmo del cuerpo conjugado con el compás del galope... Pero era también una prisa de llegar como si necesitara darme de nuevo con la gente.

Pasé por el puerto. No había noticias de barco del Plata. Y yo precisaba recibir algo, tener algo distinto, algo que me ocupase y tuviera relación directa conmigo, cualquier cosa proveniente de un ser humano; aunque, de ningún modo, las acostumbradas relaciones vecinales y de funcionario.

Conduje el animal al pesebre.

La ciudad, mañanera y tenuemente festiva, entreabría ventanas e intercambiaba caminantes y carruajes de barrio a barrio y de iglesias a hogares.

En las calles, saludé a algunas señoras y doncellas que solía tratar por amistad o vinculación con sus respectivos hombres, esposos o padres.

De pronto, me lancé a la aventura.

Una desconocida dama de mantilla, escoltada por dos pardas, fijó su mirada en mí, a medida que nos aproximábamos de frente. Creí interesarle y, apartándome a un costado, le hice una reverencia que no contestó. Me vino la apetencia de ella —la apetencia de mujer— y quedé un momento a la expectativa de que se diese vuelta u ordenara hacerlo a una de sus criadas. Como esto no ocurrió, y sencillamente parecía dejarme atrás y yo no me resignaba a que desapareciera sin que se aclarase el porqué de su mirada insistente, tomé su camino resueltamente. Alguna criadita lo advirtió y la dama, avisada, apuró el paso, pero el mío era más ganador de espacio. Ella ya casi corría y yo también, aunque los dos sin perder compostura. Era una persecución violenta, destinada, bien lo veía, a un fracaso por cualquier motivo, más que ninguno al de mi escaso tacto. Pero no cedí hasta ponerme a unas varas de ella. Entonces salió al paso, de su hogar, calmosa e innegable, una nombrada familia con la que yo mantenía frecuentes contactos. Tuve que detenerme a saludar.

Después me interné por calles de diferentes rumbos, sin dar con la fugitiva.

Pero ya estaba lanzado.

Retorné a los lugares donde afluían mujeres devotas o visitadoras y saludé a todas las que no venían con guardia masculina. Si eran conocidas, buscaba en su expresión un indicio de disposición más que cortés; si no, alguna correspondencia a mi actitud ligeramente galante que me revelase a la mujer capaz de un desvío.

Estaba excitado y atento a los signos más sutiles, dispuesto a aferrarme a cualquiera de ellos y llevar adelante mi osadía hasta alguna victoria. Caminé, sude; fui y volví una hora más. Después la población móvil fue raleando y se extinguió. Era ya tiempo de almorzar y también mi estómago reclamó por sus derechos.

Cuando me pusieron en la mesa el plato de queso y el jarro de vino calculé en cuántas mesas, en ese momento, una mujer comunicaba al marido su extrañeza por la atrevida conducta del asesor de gobierno. Había esparcido infructuosos recelos, de consecuencias que no podía prever.

Aun condenando mi desarreglo, lo sentía poderoso, reacio a toda brida, en la sangre anhelante. Debía contenerme, debía castigarme.

Recurrí al encierro en mi habitación. Pero no tenía sueño. Pensaba en los besos de Luciana y, aunque los reconocía culpables de mi estado, los imaginaba minuciosamente y podía reproducir las sensaciones que me recorrieron.

No me eché a las calles hasta el anochecer. En los alrededores de la plaza ese día hubo mercado y las vendedoras, mujeres libres o esclavas mandadas por sus amos, retiraban ya las canastillas de mandioca, pimientos, dulces, tabaco, café y otras mercancías que permanecieron colgadas sin conseguir quien las llevase.

Estuve unos momentos entretenido en verlas alzar su negocio, contar las moneditas, parlotear y despedirse de prisa, seguramente con lástima de que terminara un día para ellas tan ameno. Se retiraban en pequeños grupos, que en camino irían desgranándose.

Al pasar, una que marchaba con otras tres me miró con esa mirada que quiere decir: a este hombre querría yo, pero sé que es imposible.

No. No era imposible.

Las seguí a distancia. Notaron mi maniobra y se pusieron inquietas.

Dos quedaron en una casa de gente acomodada. Las otras dos siguieron hacia las rancherías. Una de ellas era la deseada.

En el límite de la piña circulaba la ronda. Si me escondía, con no ser ello de solución simple, daba a las mujeres pretexto para denunciarme.

Los soldados no molestaron a las mujeres. De sus ropas y canastas trascendía que regresaban del mercado.

Cuando se aproximaban a mí, acortaron el paso. El oficial me reconoció y no hubo necesidad de aclaraciones; por lo contrario, no me demoró en absoluto y me hizo algunas innecesarias zalamerías, que en diferente situación me habrían halagado.

Una mujer se introdujo en un rancho.

Para la otra quedaba camino: los últimos ranchos dispersos, las ruinas del hospital y después, tendidas, una y otra *coga*, chacra, con sus viviendas definidas con sus menguados resplandores de hogar.

Ya la noche estaba demasiado densa, pesado el cielo, con esa gravidez que precede a la diafanidad, cuando está por subir la luna. No podía distinguir a cuál de las mujeres seguía. No me importaba.

La noche estaba compacta, dura, y me comunicaba su energía. Delante iba una forma de mujer y era ya como tenerla, con una certidumbre que nada podía alterar. Mi cuerpo adivinaba el suyo.

¡Ya!, me dije, y al irme al tranco largo, para prenderla, subió por la noche el aullido agorero de un perro.

Lo condené como a hijo de Satanás y sin aflojar el tranco iba murmurando los insultos que ahuyentan las malas influencias.

En ese punto llegó la luna y mi alegría de sentirme más seguro, viendo donde pisaba, se ahogó en un instante. Una jauría silenciosa había olido presa en nosotros y se nos venía encima. Afloraba de las vecindades de las ruinas.

La mujer a veinte pasos se estancó.

Le grité: «¡Valor! Ahí voy», y fui, espada en mano.

Pero los perros pasaron a su lado sin rozarla —la habían reconocido— y, enardecidos, lanzaron el asalto contra mí, el extraño. El primero vino tal impulso que no pude ensartarlo y se trepó por mi pecho hasta querer morderme la cara. Lo aparté

con fuerza mediante un golpe del brazo libre y cayó de lomo. Le di un puntazo certero y rápido que lo anuló.

Mientras, me cercaban otros dos, y uno de ellos tiraba mordiscos a mis botas. Los malherí a mandobles. Quedaron agonizantes con aullidos de dolor y rabia. Los otros se mantuvieron a distancia, ladrándome, hasta que los dispersé con embestidas y gritos.

La mujer se había refugiado entre las primeras ruinas. Acudí, limpiando la espada, fanfarrón y dominante.

Era ella y era joven.

Puso mi mismo ardor. Tuve, un momento, dieciocho años, la juventud perfecta.

Me senté en unos restos de adobones. Usé el yesquero y la primera luz me mostró sus pies descalzos y curtidos. Llevé la llama al rostro. Ella sonreía esperando. Yo consideré los rasgos, su nariz, su piel. Era sin duda nacida de madre negra y yo, tanto tiempo privado de las mulatas que por dinero... Pero de ésta había tenido la aceptación voluntaria.

Me confortaba con este pensamiento, entre mis reflexiones, mientras descansábamos.

Pero ella me dijo:

—Su merced, si quiere seguir conmigo...

Yo estaba agradecido y satisfecho y me sentía complaciente. Por eso la escuché.

¡Me imponía ciertos requisitos! Debía llevarla de criada a mi casa y también a su madre y a sus hermanitos.

Empleé otra porción de paciencia, la suficiente para preguntarle:

—¿Y si no lo hago?

—No me verás más.

Fue enteramente categórica. Advirtió que no había sido el mío capricho de hombre blanco y se alzaba con su planteamiento de condiciones, tan dueña de dar como yo. Estábamos en un mismo plano; en ese momento ella lo sentía así y yo también. Pero yo era un hombre blanco y funcionario del rey: podía ofenderme. No obstante, estaba humillado.

Me puse de pie, sacudí mis ropas y, en silencio, emprendí el camino a la ciudad.

Aquel episodio excedía el derecho de enamorarme. En el amor del enamoramiento hay un requisito de encanto ideal.

Podía pensar de esta manera porque estaba momentáneamente aquietado, con respecto a algo. Aunque de pensarlo me venía congoja. Una seca congoja.

A unas cien varas, quise ver cómo nos distanciábamos, cada cual por su rumbo.

Me volví y me recibió de pleno la noche, que se había tornado apacible y tolerante. Estaba, quizás, cautivada.

Me pareció que saldría de la noche regresando a la ciudad.

Pero me costó desasirme de esta visión del vasto mundo para fijar atención en la huella y su trayecto hacia el horizonte. Nadie transitaba por ella. La joven debía de estar aún echada en el suelo, tal vez muy triste.

De día, posiblemente no lo hubiera hecho.

En la mañana evitaba dar con mi propia mirada: me peiné ante el espejo, sí, pero mirando hacia arriba, y después cuidé el paso por la barba asimismo sin verme los ojos.

No obstante, en cuanto estuve compuesto arrojé el peine y fui al espejo. Me miré a los ojos con desafío. Después, más calmo. Resistía mi propia mirada, pero consiente de que ante los ojos de Marta habría sentido necesidad de cortarme algo.

17

Vino barco.

No estaba yo, por aquel tiempo, pendiente de los cañonazos del puerto. Por eso, al escuchar el primero, con el sobresalto no atiné a discernir qué esperaba de la nave. Por un instante recordé que aguardaba a una joven en travesía desde el Plata a mi encuentro. ¿Marta?... No; no. Otra era, otra tenía que ser; pero tampoco aquella... integrada a la región de los sueños. Misiva de mi madre, de mi esposa, de mi cuñado debía esperar yo; un decreto con sello del rey merecía recibir de ese barco.

El segundo cañonazo sonó imperativo para mis urgencias; entonces me gobernaron confusos presentimientos.

Voy por carta, previne al secretario. De tal modo dejaba una respuesta al gobernador, si es que deseaba saber de mí, tan incumplidor de mis obligaciones en las semanas anteriores. Pero iba, de un modo excluyente, por el rostro de la viajera soñada.

Como no la descubría entre quienes asomaban por la borda, estuve yo en la nave antes de que los viajeros tocaran tierra. Me empujaba la necesidad de encontrarla y otra vez —tan pronto— no tenía sosiego, aunque iba tan sólo enamorado. Enamorado, pero con qué vehemencia. Registraba con tal denuedo que un oficial, quizás obedeciendo órdenes del capitán, quiso detenerme. Apelé a mi autoridad; pero me contesto que a bordo no podía reconocerla, a menos que le explicase por qué me introducía de esa forma en las cabinas de pasajeros.

Lo hice, diciéndole que buscaba a una dama que venía del Plata. Me demandó su nombre y, claro está, no pude dárselo. Sí las señas; pero no había cargado ninguna mujer joven en toda la ruta.

Tuve conformidad para la falta de noticias de mi hogar, ya que, de no recibirlas buenas, nada podría haber hecho por remediar sus dificultades.

Trajo el bergantín un gran rollo con sellos del rey; aunque no para el asesor letrado, sino para el gobernador.

Pidió mi presencia en su despacho. En la mesa estaba desplegado el envío, con los sellos exteriores rotos y en el interior, uno muy grueso de lacre y oro con cintillas. Parecía esplender entregando sus luces al rostro del gobernador.

Pero no me habló todavía del envío real, sino de mi caso, diciéndome que estaba al corriente de mis deseos, gestiones y merecimientos y con el anuncio, que antes nunca hizo entrever, de que pronto alguien de influencia podría ocuparse del ascenso y traslado apetecidos.

Sin darme tiempo a preguntarle por el benefactor, con un aire cada vez más acentuadamente bondadoso y siempre ocultando algo, me anticipó que, por de pronto, esa persona dispuesta a ayudarme daría solución a uno de mis problemas inmediatos.

Él —era él, naturalmente— había arreglado ya que no hubiera juicio contra Ventura Prieto, a cambio de que éste saliera de prisión para trasladarse al barco y exiliarse. De tal modo, me evitaba todas las desagradables alternativas del proceso judicial.

El gobernador se mostraba radiante y sin duda creía que yo iría a doblarme en manifestaciones de gratitud. No atiné a hacerlas porque quedé meditabundo, con olvido de que me hallaba en audiencia: Ventura Prieto pagaba una ofuscación mía con el deshonor, un tajo en la mejilla, la cárcel, pérdida del puesto y salida del país. Cuanto podía argumentar yo para inculparlo era aversión hacia él y el hecho de que me preguntó si di con la curandera acompañada de un niño rubio, lo que de ningún modo, visto a distancia, significaba que él mandase a ese mozuelo a asaltar mi casa. Bien es cierto que ésta no era su patria, pero aquí estaban sus intereses y por algo habría venido. Era demasiado perseguir así a un hombre; yo debía reconocer que, por mi enojo o precipitación, con fundamento o no, él se había convertido en mi enemigo, de manera que los dos éramos muchos para una sola ciudad.

El gobernador procedió por su cuenta, sin consultarme, y como en realidad me había favorecido, yo no podía permanecer mudo después de saberlo. Pero no acerté a abrir la boca más que para preguntarle esto:

—¿Él ha elegido nuevo sitio de residencia?

Desconcertado, el gobernador, por mi sequedad y lo que él consideraría ingratitud, me contestó apenas que sí, que Santiago de Chile.

En consecuencia, Santiago de Chile se borraba como posibilidad de un puesto

vecino a la tierra de mi esposa y mi madre.

Olvidé los sellos del rey que desde la mesa me fascinaron en la primera mitad de la entrevista. Le pregunté si le era necesario para algo más y, ante su respuesta negativa, pedí permiso para retirarme.

Tuve ante los ojos y no supe ver una providencia real que daba mayor rango y pasaba a la corte a mi gobernador. Él quería enterarme, después de haberme conmovido con su insinuación de favores, y yo debí afectar regocijo y prodigarle zalemas.

Perdí el abogado de mayor predicamento que pude tener en Madrid.

Soporté el enojo; pero de noche, en el lecho, prescindiendo ya de los reproches con que podía atormentarme, caí víctima de una desesperación de otro tipo.

Yo era un animal enfurecido, rabioso. Ignoro qué animal, sólo sé que de cuatro patas y muy forzado. Necesitaba escapar y todo el obstáculo era una roca. La embestía y en cada embestida me partía más una herida en medio de la cara. Seguí embistiendo, cada vez más débil, más débil, más...

Era, después, un hombre, aunque siempre con la necesidad de superar cierta limitación. Nada tenía ya por delante, sino una extensión lisa donde estaban abolidas las necesidades. Sólo debía avanzar y avanzar. Pero tenía miedo del final, porque, presumiblemente, no había final.

18

Me convenía, pues, salir de mí mismo.

Cargué mi caudal con ánimo de acrecerlo o quedar en cero en las carreras de caballos.

Fui muy temprano, a mediatarde. El sol estaba bruto y no se animaban al displayado más que los jinetes de cada prueba y los jueces. Aun éstos se mudaban cada dos o tres corridas.

Nosotros, los apostadores, permanecíamos echados bajo los árboles exteriores del bosque. Como era función para hombres, solamente, el aguardiente no tenía límites de prudencia en su entrada por la garganta y muchos se despojaban de las ropas hasta quedar nada más que con la parte inferior cubierta.

Perdí dos veces, gané una; en otra carrera me abandonó lo recuperado.

Quise darme una tregua prudente y además pensé que malograba mis apuestas porque no veía bien los caballos, desde tan lejos, y era conveniente que esperara el

descenso del sol. Al término de la tarde podía flanquearse la pista y resultaba más sencillo considerar las posibilidades.

Sin interés pecuniario en las partidas siguientes, me distraje en conversaciones, caminé cambiando de grupos y por último fui a tenderme bajo una palmera, algo aislado de los demás.

Cerca tenía únicamente a un ebrio, que dormía en el suelo, soplando hacia arriba. Yo lo conocía. Era un hombre de fortuna.

Observé la largada y el comienzo de otra carrera. Luego me adormecí y los párpados se me cerraron.

Dormí nada más que un momento, calculo, porque al abrir los ojos, repentinamente, los caballos volvían al trote del punto de llegada. Pero ese momento de bochorno me resultaba tan evasivo que necesité confrontar la realidad presente con la que había vivido antes de dormirme.

Por eso procuré fijar la atención en todo lo que me rodeaba: al frente, las corridas de ensayo; yo mismo sentado haciendo respaldo en un tronco; allí los demás, acá el ebrio... Algo indefinible aún vivía entre las hierbas próximas a él, algo que avanzaba. Presentí que era una araña de gran tamaño y no pensé en el durmiente sino en mí. Juzgué que la distancia resultaba considerable para cualquier alimaña, por veloz que fuese, antes de que me alcanzara estando yo prevenido.

Luego la vi mejor, distinguí sus patas, largas y muy finas, que apenas doblaban las hojitas débiles del pasto. No sabía si las arañas de patas largas y finas son venenosas. Me dije que no.

La araña se adelantaba hacia el ebrio. Cuando están a un cuarto de vara pueden dar un salto y picar sin que un hombre despierto atine a defenderse si lo han sorprendido. No sentía deseos de moverme. Podía aplastarla con la bota. Postergué hasta el último momento.

Pero cuando se le acercaba a la cabeza quise ver si producía algo fuera de lo común: que el hombre despertara súbitamente, obedeciendo a no sé qué aviso, y la matara. No se despertó. En un instante, el bicho le caminaba por la cabellera. Yo no lo vi subir; lo vi arriba y me pareció que ya nada debía hacer.

Bajó por la frente, orilló la nariz y la boca extendiendo las patas por la mejilla derecha; pasó al cuello. Me dije: ahí pica. No picó. Largó una pata hacia arriba y se encaramó en la barbilla. Como el soplido del yacente le agitaba los pelos de la barba y ésta subía y bajaba, supuse que la araña iba a considerarse atacada y picaría. Allá estaba ella, en sube y baja sobre la punta de los pelos.

Esa situación no podía durar. Terminó como menos lo imaginaba yo: el ebrio lanzó un manotón certero y la araña hizo por el aire más de una vara.

Creí que el hombre había despertado. Temí una increpación, por no haberlo defendido. Pero su brazo había retornado a la posición anterior y todo el cuerpo

estaba fofo y en notorio goce del descanso. El soplido mantenía su potencia.

Me levanté para buscar el cadáver de la araña.

Había caído en un retazo de lisa arena roja. No estaba muerta, sí imposibilitada de desplazarse, porque la aventura le costó cuatro o cinco patas. La contemple un momento. Después la destrocé con el tacón.

Hice un repaso del episodio: en ningún momento sentí emoción alguna, excepto cuando supuse que el hombre había despertado y lanzaría contra mí una justificada acusación.

Todo mi dinero pasó a otros bolsillos.

No podía permanecer sin recursos, ignorando como ignoraba cuándo llegaría mi paga.

Vendí el caballo a uno de los carreristas. En este país los caballos abundan y nunca tuve en mucho el mío. En consecuencia, mi precio fue modesto. Me pagaron más por la montura y demás arreos que por el animal.

Como no tenía en qué regresar y me abochornaba hacerlo caminando, aguardé la salida de algún carruaje de persona conocida.

Entretanto, hicieron correr mi caballo. Yo no sabía que lo pondrían en la pista y menos tan pronto.

Ganó.

Vi dos carreras más, ya de las buenas, las del atardecer. Estaba tentado de apostar y únicamente me sofrenaba pensando en que no me quedaría con que pagar la fonda.

Entonces presentaron de nuevo mi caballo. Había probado ser rápido y seguro. Pero yo no le tenía suficiente confianza.

Ganó otra vez.

Fui a sentarme en una carreta, de espaldas a la pista.

Partió el barco.

A Ventura Prieto no se le permitió recoger ni sus muebles y ropas personalmente. Todo lo suyo fue trasladado a bordo sin su intervención. Él pasó de la prisión a la nave con custodia hasta el momento de soltar amarras.

Al día siguiente, un guardia de la cárcel solicitó que yo le otorgara audiencia.

Me picó la intriga, porque no podía dar en mi imaginación con un motivo válido. Brevemente me encogí con la sospecha de que Ventura Prieto hubiese hecho embarcar a un guardia con sus ropas y él, vestido de guardia, acudía entonces a vengarse.

Por demostrarme coraje, autoricé la entrada del visitante.

Era un carcelero esmirriado y sucio. Se disculpó con parquedad por su

atrevimiento y me extendió un billetito.

Era de Ventura Prieto y rezaba: «Me avengo a partir porque no poseo suficiente indignación».

A mí no me faltaba, tenía de sobra indignación por este confinamiento que sufría, sin ventajas ni escapatoria y enmascarado de brillo por la jerarquía de mis funciones.

Pero presentí que Ventura Prieto aludía a otra clase de indignación, la indignación por algo que no es justamente lo que nos afecta a nosotros mismos.

Pensaba en Ventura Prieto representándomelo como el propagandista de algo, si bien ignoraba de qué.

Yo estaba disconforme con mi conducta, aunque achacaba mis desórdenes a potencias interiores irreductibles y a un juego de factores externos inescrutables, invisiblemente montados para provocar mi turbación. Este cerco inductor, pensaba yo, en determinado momento me volcaba en actos no deseados, ocasionalmente seductores y capaces de transformarse, a posteriori, en algo repelente y abominable. Después de este razonamiento me tomaba la duda de que fuese algo meramente de orden moral y sospechaba que si yo hubiese sabido pronunciarme, escoger, antes, no en el momento mismo del acto tentador, sino en la etapa de sus orígenes, podría haberme salvado. Al llegar a este punto, también tachaba la reflexión formulada, convencido de que igualmente en el momento último se puede elegir.

Quise aventar causas, clausurándome.

Recuperé mi afición a las leyes. Me daban fruición todas aquellas que correspondían a las materias de mi preferencia en la Universidad y las nuevas —que por meses había acumulado sin leer— en las que la lógica se imponía párrafo a párrafo, de modo que, conociendo los dos o tres primeros, podía deducir el texto de los siguientes.

Tenía que prepararme para sobresalir en Buenos Aires. Perú seguía en la línea de mis aspiraciones; después, España.

Marta estaba presente en todos estos presupuestos. Marta estaba conmigo, con la antigua bonanza de nuestra vida en común, en esos días de estudio y concentración.

A veces me despegaba de las leyes y, sin apartarme de la banqueta, entraba en complejas asociaciones.

En cierta ocasión, la espada, pendiente de un clavo, me recordó el ataque de los perros. Pensé que era la única sangre que había empañado esa hoja, regalo de mi cuñado cuando embarqué en Buenos Aires. Me llamé mataperros.

Pero aquellos animales despanzurrados estaban para siempre ligados al encuentro en las ruinas del hospital... Lo apetecí. A pesar de mi encarrilamiento, deseé otra noche y otro vuelco semejantes. Aquél me apaciguó; mas un vaso de agua no sacia la sed de toda la vida.

Luciana se introdujo entonces en mi clausura.

En adelante, con harta frecuencia su recuerdo ponía en blanco las hojas escritas y cuando, en mi cama, me visitaba la memoria de sus besos jugosos, bruscamente tomaba los libros, para recuperarme.

No lo lograba.

Por desprenderme de esa tentación, nada hacía en procura de ver a Luciana. Permanecía a la pasiva, con la ansiedad de su llamado.

Quizás el orden que trascendía de mi nuevo modo de vivir, mi aparente corrección recuperada, indujeron a don Domingo Gallegos Moyano a darme participación en su mesa los días festivos. Era una costumbre, largo lapso abandonada, de los primeros tiempos de convivencia en su casa.

Yo disfrutaba de esas comidas de condimentos fuertes y esos dulces numerosos que solicitaban todo el quehacer de las señoritas, aparte de sus costuras. El mayor gusto venía de saberme en una mesa de familia.

Nunca más, desde el episodio del llanto, estuve cerca de Rita. La vecindad de nuestras sillas, en las comidas, obligó a un medido diálogo, en el que yo no advertía signos de aversión, sino una pena general que los demás, creo, no notaban.

Pero el mejor descubrimiento que me permitió aquella proximidad fue la aparición, en la piel de su frente, de los granitos de la virtud.

Padecían mis sentimientos de saberla doliente, ignorando si sufría por abandono del oficial Bermúdez o por sustracción voluntaria a su influencia, a causa de alguna actitud de arrepentimiento y entereza que ella hubiese adoptado.

Después de un almuerzo dominical la invité a caminar por el jardín. No me rechazó.

Era mayor que la mía su necesidad de revolver la llaga.

Sin mirarme, como contándose a sí misma, me hizo una confesión en la que su vergüenza cedía ante el valor de mostrarla.

Bermúdez era un individuo exigente y sin respeto, del que ella no podía —ni quería— desprenderse, no obstante haber descubierto su egoísmo y estar en duda sobre la naturaleza real de sus sentimientos.

Rita procuraba darme la sensación de que se torturaba por una duda teórica; pero no me conformó, ni ella, quizá, lograba guardarse para sí solo todas sus inquietudes sin salida. La forcé a completar aquella confesión que pretendía haber terminado.

El oficial Bermúdez estaba desamorado. Dejaba transcurrir semanas sin el menor

intento de darse con ella, siquiera en la calle o a la salida de misa; mucho menos, claro está, mediante las furtivas escapadas nocturnas.

Rita me dijo esto crispada hasta el punto de la explosión, y luego con un lloro ahogado, herida y desesperada, se explicó con toda franqueza:

—Bermúdez no es hombre de vivir sin el amor de una mujer.

Rita adivinaba que había sido sustituida.

Mostré indignación y condené al infiel. Mientras procuraba calmar a Rita le ofrecí con sinceridad ayudarla a enderezar su vida, afrontando a Bermúdez, de ser necesario, para que volviese a ella y ya en franca petición de mano. De lo contrario, afirmé, lo abofetearía en público obligándolo al duelo.

Rita se espantó de mis planes, lanzados todos sin respiro y con vehemencia. Me imploró que no interviniera, que no causara daño a su hombre, que no hiciera pública su situación tan humillante. Lloraba y me rogaba tanto que me conmovió hasta humedecerse los ojos de verla tan rendida a ese sujeto y tan celosa de que él pudiese seguir gozando en libertad de las correrías que le vinieran en ganas.

Rita se mostraba resignada con su infortunio y yo no podía menos que acatar su voluntad. Pero estaba pujante de bríos, y me dolió no responder a ellos en un acto inmediato que diera fe nuevamente de mi carácter retador y de la fuerza de mi brazo.

No obstante, en medio de esta fiesta de hombría que yo me daba, cuando le prometí a Rita no proceder, se filtró en mi espíritu esa tranquilidad que produce el ser eximido de una obligación peligrosa.

19

Algo más poderoso y de más directo interés me sustrajo muy pronto de mi preocupación por Rita, de modo que en adelante con ella mantuve un trato, si más frecuente, no tan íntimo como el de aquella siesta de domingo.

Afecté no querer perturbarla con indagaciones constantes sobre el desenvolvimiento de sus conflictos y dejé que lo soportara sin posibilidad de aquel mínimo respiro que le daba su comunicación conmigo.

Luciana se presentó en mi despacho.

Nada me había advertido previamente. Todo el aviso que tuve fue el pedido de audiencia cuando ella estaba en la antesala.

Allí dejó a su criada y entró sola.

La esperé tras la puerta y la cerqué con mis brazos, besándola con pasión, turbado, sin control, por el regalo de su presencia y su atrevimiento de ir a visitarme.

Correspondió con cariño a mis abrazos pero, más precavida que yo, hizo que todo cobrase la apariencia de una audiencia normal.

Sentado a mi mesa, pero engolosinado contemplándola, escuche la exposición de

su ardid.

La mestiza que en mi presencia la ayudó a sostener la tela del bordado era libre. Con el ánimo de que también lo fueran sus hijos, procuraba casarse con ella un arriero de la hacienda de Piñares. Su ansia de libertad no percibía obstáculos. En su primera juventud tenía otro amo, un tabacalero. Por sustraerse de él, se lanzó al río para llegar al Chaco. Quería reunirse con los guaycurúes, no obstante saberlos salvajes. Pero la gente de su señor le dio caza y en castigo, a fin de que no pudiera fugarse nunca más, le abrió la planta de los pies y le untó los tajos con el zumo de una planta venenosa que le dejó una constante corrosión, impidiéndole caminar con normalidad.

Luciana y el marido prestaban su consentimiento para el matrimonio del arriero, que nada de infrecuente tenía, pero a ella se le había ocurrido plantear la siguiente duda: si la mestiza libre era muda, ¿se reconocería la validez de su asentimiento? Piñares no acertó a resolverlo y entonces ella dijo que era necesario formular la consulta al asesor letrado del gobierno. El marido se fastidió y dijo que si a tantas complicaciones daría lugar el casamiento, él se oponía. Pero Luciana insistió hasta conseguir que sostuviera su consentimiento y que la autorizara a visitarme para saber si había impedimento o no de parte de la inválida.

Yo la miraba embobado por ese despliegue de recursos, con cierto asombro de que se complaciera en jugar de tal modo con el respeto debido a su esposo hasta en los aspectos formales. Porque ¿cómo aceptaba él que Luciana intentara inclinarlo a entenderse conmigo? ¿Cómo permitía que su mujer me visitara sola después de haberme juzgado un «asqueroso mirón» porque la vi a ella en el baño del río?

Me abstuve, sin embargo, de preguntarle por qué motivo le daba participación a su esposo en actos que obligadamente llevarían mi nombre a su pensamiento. Esta manera de organizar las cosas me resultaba desagradable; ponía a Luciana en desconcepto y a mí en temor de riesgos.

Sin necesidad de consultar libros, expuse con soltura sobre las incapacidades y le procuré el remedio legal.

Luciana seguía mi palabra con satisfacción que me devolvía como un espejo la imagen de un Zama jurista eminente. Al finalizar achicó los ojos y me dijo:

—Mereces un beso.

Pero no se movió del asiento ni me llamó junto a ella.

Tendría el beso merecido, pero no ahí, sino en su casa, esa noche. Ésta fue la promesa.

Honorio Piñares era de dormir ruidoso y Luciana sensible al ruido, que le causaba un dolor que tomaba nada más que la parte derecha de la cabeza, aunque con intensidad extrema. El marido le permitía ocupar otro dormitorio; pero no en los primeros días de su regreso de la hacienda, por comprensibles motivos, a los que

Luciana, naturalmente, no hizo referencia.

Esa noche estaría en el segundo dormitorio, distante del otro todo lo ancho de la casa, por hallarse en la galería opuesta, y más, porque estaba en el piso alto. Pasada medianoche, yo debía escurrirme por una calleja vecina y ella me daría aviso del momento oportuno con la luz de una vela en su ventana. Entonces me franquearía la puerta de entrada una esclava en la que Luciana depositaba fe.

Excesiva maquinación para un beso, me dije, y entreví recompensas mayores.

Esa noche, la Luna se regocijaba de mostrar todas sus luces, ajena a mi conveniencia.

Tomé reparo en la vecindad más inmediata de una casa abandonada, sin puertas ni techo, único disimulo viable en el sector norte de la casa de Luciana, por estar sin beneficio de construcción todo ese sitio. Al sur, sí, alineándose con el hogar de los Piñares había dos o tres viviendas más y también por los fondos de estas últimas. Pero la que a mí me interesaba quedaba como prominente y al descubierto.

Permanecí a la espera de la señal petrificado de tanta fijeza para mirar sin descuidos. Pero nada desatendía del ambiente en torno y estaba atento a cualquier ruido o sombra delatora de asechanza.

Percibí la ronda a distancia. Enfiló tan justamente hacia donde yo me escondía que entre dientes le solté un insulto.

Tuve que retroceder a la casa semiderruida y, por meterme en el rincón más oscuro, en mis barbas se enredaron pegajosas telarañas. Usé las manos, escupí: se adherían a mis labios.

Pasó el pelotón de soldados.

Como si se hubiera desprendido de él, estaba allí un individuo de capa con el cuello rígido por dirigir la mirada hacia arriba, hacia la ventana de Luciana.

Reparó en mí, por el rumor que, pisando cascotes, causé al salir. Quedamos tiesos, cada uno clavado en el sitio donde nos hallábamos al descubrimos recíprocamente. Pero esto fue sólo un instante, pues a continuación, como de acuerdo, echamos mano al pomo, que ahí se quedó, prevenido, mientras nos considerábamos.

Los sombreros aludos metían en sombra el rostro, por la luna tan justamente encima de nosotros, e impedían la identificación, por más que nos esforzáramos. De mi parte, puse todo el empeño posible. Pero sin acercarnos más, los ojos se gastaban en un esfuerzo vano.

No obstante, me resultaba muy evidente que se trataba de un caballero, por la espada y el atuendo, que incluía pluma en el sombrero. No era ciertamente un bandido, ni yo podía darle a él impresión de tal.

Debía de ser, como yo, un aficionado a Luciana, tal vez su amante.

No me importaba quién fuese ni quería nada con él: ni aclaración verbal, ni lucha, ni saludo.

Resolví tomar calle abajo, dando la espalda al rival nocturno y a la ofertadora de besos. Vacilé un instante pensando que tal vez él tomaría mi movimiento, después de tanta inmovilidad, como un amago de ataque, y en este caso me vería precisado de ofrecerle contienda.

Pero no me resultaba posible permanecer haciendo pie, ya con dificultades de equilibrio, sobre los irregulares restos de adobe.

Mandé una mirada última a la ventanilla.

Él, que había estado pendiente de mis gestos, siguió el rumbo que daba mi cabeza y pareció comprender. Entonces volcó el rostro, levantó dos dedos a la altura del sombrero, como si me hiciera un saludo de camaradas, se volvió y lo vi alejarse hacia las calles del puerto.

Renunciaba a Luciana, en un gesto que era de desprecio hacia ella, no de cejar ante mí.

Yo también podía hacerlo. Necesité decírselo al desconocido. Tuve ganas de gritar, llamándolo, para que fuésemos a beber juntos. No lo hice.

Al alejarme, procuré hacer sonar los tacones contra el suelo, para que Luciana supiera que le volvía la espalda. Pero la maldita arena indiferente apagaba todo sonido.

Quedé despechado y rabioso.

Aunque un evidente gentilhombre, mi rival, yo había sido igualado con él como objeto de burla. Esto, si Luciana quiso causarnos desengaño, provocando un encuentro que nos pusiera en ridículo, el uno frente al otro.

Preferí aborrecerla y darle los más denigrantes insultos, suponiendo que el convocado para esa noche era yo y que el otro concurrió únicamente por hábito que antes le hubiese rendido provecho.

20

Dos días después recibí en mi oficina un billetito. Estaba escrito, con abundantes errores de construcción y ortografía, lo que en discreto castellano puede ponerse así: «Honorio se fue por un mes a la estancia. Te espero hoy, a las 6 p.m. Por si estás ofendido y te resistes a venir, quiero que pienses entretanto sobre esto: ¿Tú crees que yo abriría mi alcoba a un hombre que no sea mi esposo?». ».

¡Mujer de asombro! ¿Quería decir, entonces, con su papelillo, que esa noche no se propuso hacerme señal alguna ni menos permitirme el acceso a su casa? ¿Eso

significaba que mintió para probar el acatamiento que yo tuviese de su virtud?

Pero ¿cómo podía pretender correrme con su honestidad si me permitía besarla y ella misma me besaba con furia? ¿No es honesto besarse con todo el cuerpo y sí lo es besarse con los labios? Tal vez, me dije, sea así. Y, reconociéndolo, hallé tranquilidad y disculpa frente a la remota posibilidad de que alguna vez tuviese que responder a las acusaciones de mi esposa.

Me recibió compradora, sin palabras, con un beso que no le pedí y que ella tenía servido en la boca como primera ofrenda.

En una mesita estaban preparados licores y confituras. En las brasas pifiaba la pavita, y la calabaza y la yerba se hallaban dispuestas. Todo eso constituía advertencia de que no iba a interferir ninguna criada.

No censuré sus artimañas. No le pregunté la razón de que estuviese allí ese desconocido, mirando hacia su ventana. No discutí su virtud ni me excusé de haberla supuesto inexistente al aceptar su mentida oferta de incursión nocturna.

No pude hablar, no me dejó. Me llenaba la boca de dulces, de confituras y de besos. No sirvió el mate, seguramente porque es espacioso y propicio al diálogo.

Recogida entre mis brazos, al fin, como reponiéndose del agotamiento de tanta pasión entregada a través de los labios, me los brindó de nuevo, llamándome «Esposo, esposo mío...».

¡Esposo!, me llamaba. Esposo mío, había dicho, y ella solo abriría su alcoba...

Pero, con cariños de adormecedora ternura, se fue desprendiendo de mí. Aproximó la boca a mi oreja y cuando creí que me haría objeto de otro raro mimo, me preguntó:

—¿Vendrás mañana?

Sus palabras marcaron como un regreso. No eran de mi gusto, en ese momento, las voces, y hablar yo mismo se me antojaba una empresa que requería algo así como un desprendimiento y, también, cierto ejercicio momentánea-mente olvidado. Sin embargo, la interrogación se sostenía en sus ojos: ¿Vendrás mañana?

Conteste que sí.

Debía haber dicho no, y quedarme.

En la tarde inmediata, al trasponer la puerta me di con espectáculo inesperado: todos los muebles de la sala y del comedor estaban apilados en la galería. Los dos cuartos se hallaban en proceso de pintura, nada más que esos dos, en todo el sector de la casa visible para mí. La sala y el comedor eran los únicos recintos donde un visitante que no fuese miembro de la familia podía tener acceso.

Luciana me aguardaba en el jardín.

Conversamos y bebimos mate sentados en un banco de madera. Me explicó el significado de las figuras talladas en el respaldo. Dije que ese mate me agradaba. Sin sospechar el alcance de mi declaración, le procuré oportunidad para que hablase de los yerbales de su marido y de la manera de beneficiar la yerba que él aplicaba, y como el punto se prestaba lo asoció a las características generales y los detalles más menudos de la estancia, describiéndolos circunstancialmente.

Ese día rocé su piel sólo con un beso en la mano, al despedirme.

La pintura de los dos cuartos duraba infinitamente más de lo normal, días y días. Como me quejé de esta singularidad, Luciana, que seguía atendiéndome en el jardín, me explicó que, después de hacerlas enjalbegar, se enteró de que no entran moscas donde hay muros interiormente pintados de azul. Por lo tanto, aguardaba a que secara bien la pintura blanca para hacerle dar una mano de cielo.

Con una resolución que le mostré no lograría contrarrestar, le dije, pausadamente, para que le penetrase bien el sentido de mi advertencia:

—Esta noche volveré a esta casa.

Ella me escrutó los ojos, tranquila, y preguntó:

—¿Quién abrirá la puerta?

—Soy capaz de armar alboroto. Ya lo verás.

Quiso distraerme, anunciándome que dos días más tarde tendríamos de nuevo nuestras íntimas tertulias en el salón.

Irritado, me puse de pie, repitiéndole el anuncio, en un susurro que hice penetrante como un cuchillo:

—Esta noche vendré.

Me conminó:

—No lo hagas.

Se puso severa, repentinamente, y no sé si también disgustada.

A medianoche, la hora que de algún modo podía estar en sus cálculos, puesto que ella la dijo una vez, pasé por la calleja.

Su ventana, como todas las ventanas altas, era a distancia una sola plancha de madera, sin la menor abertura que trascendiera la luz de una señal y un estímulo.

Tanteé la puerta de calle. Era de hierro, de tan bien asegurada.

Me instalé al pie de la casa en ruinas y no podía siquiera permanecer en espera tranquila, porque los perros ladraban confusamente, como dando señales dirigidas contra mí.

No me atormentaba un resultado previsto desde la tarde. Pero procedía por testarudez y por mostrarle que estaba resuelto a una actitud enérgica y decisiva. Puesto que le había anticipado que armaría alboroto, quise ser fiel a mi palabra. Busqué una piedra de considerable tamaño y, haciendo con paciencia todos los

ensayos previos, habida cuenta de peso del proyectil, impulso de mi brazo y distancia a recorrer, la arrojé con absoluta precisión. Dio en la ventana, sin romper nada pero haciendo un resonante choque, y rebotó hacia tierra.

Pero a nadie, ni en la casa ni en las vecindades, pareció importarle.

Me fui.

Dejé un día en claro, con la pretensión de hacer patente a Luciana mi disgusto, y suscitar su llamado.

Como las horas de la mañana se entregaron al pasado sin mejorar las perspectivas del futuro, a mediodía pregunté si por descuido en la gobernación habían omitido pasarme algún recado. Tampoco en casa de mi huésped apareció papel o persona alentadora y, claro está, cejé, porque al hombre no le va mal hacerlo si es ante una mujer.

Hice retumbar la puerta de Luciana, con aires de «aquí estoy yo», sobre la hora de mis costumbres.

Con formalidad asimismo de hábito aceptado, el *cunumí* me pidió que aguardase en la calle a que avisara a su ama.

Después vino y me anunció que ella no podía recibirme.

Se me ocurrió que, de reconocerme en la calle, cualquier persona podría ver, en mis narices, puertas.

Acudí a la taberna.

Estaba espesa de parroquianos y de humo, por ser hora de aguardiente y vinos puros.

Tomé banco junto a la mesa más rala, donde tres ancianos bebían en silencio y ablandaban, con las encías casi desdentadas, tajaditas finas de matambre. Uno era legañoso. Otro, a mi lado, transpiraba como si se hallase bajo el sol. De la cabellera, resbalando por las sienes, o de la frente, recorriendo los surcos horizontales hasta caer por la patilla, se le extendían intermitentes chorritos de sudor, que luego bajaban por la escasa barbita hasta el cuello, donde se perdían, con rumbo al interior de la ropa, en hondas depresiones formadas por la piel arrugada. Cuando no era chorrito, sino una gota, lo que se deslizaba, quizá por su forma convexa, actuaba como una lente, y en su tránsito me hacía ver, atrozmente aumentados, ora un pelo, ora un puntillo negro, ora el rojo de una irritación del cuero. En cierta zona, al cabo del paso de tres o cuatro gotas, reconocí en detalle la costrita negra del que nunca se lava la cara. Con la lente líquida y corrediza que le daba tamaño, parecía moverse hacía afuera, como por salirse.

Como si mi estómago la hubiese visto, se puso agitado, convulso, y súbitamente,

en protesta, me devolvió algo, que me forzó a salir corriendo a la calle, mano en boca, por no ensuciar la mesa.

Punteó la risa —sonido— en no sé cuáles imprecisos sectores del bodegón.
El ridículo seguía llevándome a empujones.

Otra tarde, cuando terminaba ya el turno de un sol de esos que se van adentro del cuerpo, merodeé, irresoluto, haciendo ante la puerta de Luciana paseos extendidos que iba acortando en la ida y vuelta.

Más vale, aducía como pretexto, aguardar la noche, cuando no pueda mandarme al jardín, si me recibe.

Otro rodeo y ahí estaba yo, llegando, cuando la puerta dio los ruidos de hoja adentro y franqueó camino a un hombre.

Piñares. Me vino el nombre en el sobresalto.

Pero no: Bermúdez. Bermúdez de la cabeza a los pies.

Y Bermúdez no era varón de conformarse con el amor virtuoso.

En el recinto materno, yo estaba encogido, con las rodillas a la altura de la boca, incómodo por la espada y por el sombrero que no se avenían a una posición estable en el limitado y movedizo sitio. La espera me resultaba soportable porque poco me faltaba para nacer. Cuando el momento debido se produjo y eran tales las convulsiones que yo me deslizaba de espaldas hacia fuera, un individuo de reluciente casco de acero, aparecido de no sé dónde, se adelantó por el túnel hacia la luz. Se aquietaron las paredes interiores del recinto y yo tuve que permanecer comprimido hasta que se produjera una nueva oportunidad.

Yo, vestido de fiesta, todo de paño verde y bordados de oro, era invitado de honor a la función. La multitud espléndida acudía bulliciosa a la puerta, donde desaparecía sin que emitiese ya sonido alguno. Al trasponer esa puerta, mi anfitrión, que me llevaba cordialísimamente del brazo, extinguió su presencia. Entré. Estaba solo ante las ruinas de antiguos palcos, de un escenario con los bastidores, bambalinas y paños caídos bajo una lenta acumulación de polvo. Una noche cerrada de silencio. Al fondo, el telón decorativo, bajo una muerta claridad lunar, representaba una batalla inmóvil. Esas pintadas figuras de caballeros y de bestias acentuaban mi soledad. No quería verlas ni podía irme. Pero eran irresistibles. Torné a mirarlas y entonces se desprendió un jinete, un jinete de casco reluciente, que al galope de su cabalgadura atravesó el teatro suscitando una tormenta de ruidos. Al pasar, me cubrió de tierra.

Pero nunca, en la realidad, lograba considerar a Bermúdez como algo consistente. Si cobró bulto en la puerta de Luciana, pasó de sujeto a objeto antes de dejar de verlo. A mi juicio, constituía, simplemente, un objeto de amor de Luciana.

En la gobernación me esforzaba por aislarlo de los papeles y los muebles, mejor dicho, del aparato oficinesco, y no era posible. Cuando dirigía a él los ojos o el pensamiento no me servía más que para una noción: el capaz de ser amado.

Y esto sólo para que la idea fuese a chocar contra él y retornara a mí con las formas de la comparación: yo no.

Podía resignarme, sin embargo, a una de las posibilidades de desmentida: yo obtuve el amor completo y probado de mi esposa. Retenía su fe y su cariño.

21

Únicamente Marta, miel amorosa, podía ser la viajera del Plata.

Demoré aún en saberlo dos meses, en que anduve despegado hasta del deseo de recibir sus noticias. Nadie, nada me solicitaba, excepto la comida, que pedía más copiosa desde que no disponía de medios para pagarla. Estaba siempre con hambre y el mesonero se regocijaba de ello, provocando mi gula.

Un bergantín airoso, que de presencia no más proclamaba buenas noticias, trajo epístola de Marta. No se quejaba ya, al corriente de mis penurias económicas, y me ofrecía vender nuestra casa y huerta para mandarme dinero. «Lo primero, tu carrera, Diego», decía.

Húmedos los ojos de gratitud y renacida ternura, besé aquel papel donde se había posado la generosa mano.

Por aquel bergantín llegó caudal suficiente para la última paga del gobernador y la mía de diez meses.

En mi cuarto y a puerta cerrada, distribuí las monedas sobre la mesa y abrí caminos entre ellas. Cada sector aislado representaba el pago de una deuda. Del sobrante hice dos partes iguales: una para Marta; la otra, en reserva, para mi caja de latón.

La suma destinada a mi hogar era de casi dos mil pesos. Hecha la cuenta, le sustraje cien pesos para comprar un caballo regiamente empavesado de arneses. Pero me arrepentí. Los cien pesos quedaron de Marta y tomé ochenta, para una adquisición más modesta, de la caja de latón.

El gobernador se despidió con la fiesta del patrono, San Blas. En la víspera, dio un baile para la gente principal.

Yo me creía aguerrido para el encuentro con Luciana. Estaba templado por la comprensión y el sacrificio de Marta; me sentía sólo a ella debido y capaz de exigirme los mayores rigores para sostener esa actitud.

Pero Luciana no participó del baile. Los propósitos de despreocuparme de ella

quedaban postergados, me dije, hasta saber del motivo.

Estaba postrada por los penetrantes dolores de cabeza.

Como su mal se presentaba en forma aislada, un día entre muchos, supuse, ya con deseos de verla, que estaría en la jornada de San Blas.

No acudió a misa.

En el banquete de almuerzo, el asiento inmediato al de Honorio Piñares estuvo vacío.

La fiesta popular de la tarde, en la plaza, se daría con estrado para las autoridades y su orbe oficial. Anhelaba ya tanto verla como que me viese, muy próximos los dos, entre el haber distinguido de aquella colectividad, con infinitas ocasiones de intercambiar miradas, observaciones, ocurrencias.

Piñares se comportó como seguramente no lo hubiera hecho de tener en el estrado el control de la esposa. Durante las carreras de caballos fue del sector privilegiado al popular y volvió de él cruzando apuestas con comerciantes y militares subalternos. Yo no lo descuidaba para hallar motivos de odiarlo y despreciarlo. No me dio muchos, en verdad.

El baile popular, que siguió a las carreras, representaba la parte más tediosa del programa para la gente del estrado, pues debía limitarse a mirar. Sin embargo, nadie se retiraba, por protocolo y asimismo en razón de que al cabo del baile se encendían fuegos de artificio.

Entonces, desde lejos, observamos que las cabezas de unos se doblaban hacia la oreja de otros, y así la multitud se vio como un trigal recorrido poco a poco por el viento.

Un soldado se abrió paso hasta su oficial, que estaba en el estrado, y el oficial dio traslado en voz baja al jefe de regimiento. El jefe de regimiento habló al gobernador y peste a las personas que estaban a su alrededor. De ahí, la noticia reflujo, esparciéndose ya desde dos fuentes: el pueblo al extremo de la plaza, y la principal autoridad, desde los sitiales de honor.

Mientras la población se concentra en la fiesta, dejando la ciudad hueca, Rita Gallegos Moyano había sido golpeada y despojada de todas sus ropas, hasta de las prendas más pegadas al cuerpo.

La encontró, agazapada en una zanja, una indígena. Rita le rogó que le facilitara con qué cubrirse, pero la nativa, menesterosa, no disponía más que del trapo que llevaba encima. Sin embargo, se avino a buscarle una sábana o cualquier otro género que resultara suficientemente útil.

Golpeó varias puertas, pero los vecinos estaban en la plaza. Dio por fin donde quedaba una vieja criada. Pero ésta nada aceptó facilitarle sin autorización de sus amos, indudablemente por desconfianza, ya que el pedido venía de una indígena.

Quiso comprobar el caso por sus propios ojos. Guiada por la poco apurada intermediaria, fue hasta la zanja, constató que se trataba de una mujer blanca enteramente en cueros y, aunque nada respondió a los requerimientos de ayuda de la desdichada, procuró hacer lo que su entendimiento y honestidad le permitían.

Acudió a la plaza, buscó a sus amos hasta dar con ellos y les pidió permiso para disponer de una sábana. Lo insólito de la solicitud motivó que la señora reclamara mayores explicaciones, que la criada no tuvo reparo en darle con toda su voz, a fin de hacerse oír en medio del bullicio.

Aquella familia ayudó a la joven blanca desconocida, conduciéndola a su hogar; pero la perjudicó al no cuidarse de callar el suceso, que trascendió deshonrosamente apenas Rita fue puesta en cama por las criadas que habían quedado en la casa.

La primera curiosidad, que nació en un sector de la multitud a raíz del informe voceado de la criada, se encontró con la corriente de información posterior, y de este modo tuvo confirmación y se expandió con aditamento de la imaginación y el mal juicio.

No escuché todo el relato, que averiguaría después, de interesarme, y sólo pedí a mi informante que me dijese dónde estaba Rita y si había sido malherida. Renacía por ella mi afecto fraternal, con la exigencia de acudir sin tardanza a su lado.

Buscar el caballo me habría resultado engorroso y lerdo. Corrí por las calles y observé que otras personas, de distinta condición, procedían de igual manera.

Ante la casa de mi huésped se hallaba reunida multitud de curiosos, atentos a un espectáculo que seguramente no tendría lugar, pero de todos modos satisfechos con hallarse más cerca de quien había sido víctima del infame episodio.

Me abrí paso y murmuré entre dientes: «¡Carroña!».

Sólo por mi insistencia en golpear se me abrió la puerta.

Don Domingo se hallaba en la galería, asistido por sus tres hijas, todas quebradas en llanto, mientras las mulatas y negras les hacían coro de lamentaciones. El anciano imprecaba al cielo por su deshonor y alzaba los brazos en protesta de venganza.

Creí que Rita había muerto.

Pero no. Es que aumentaba la desesperación de su padre negándose a abrir la puerta, que tenía atrancada, y no aceptando ni ante las más terribles amenazas confesar quién era su ofensor.

La alteración cundía extremadamente y, juzgando que contribuía a su crecimiento tanta lamentación de las siervas, quise proceder con la energía que el anciano no acertaba a emplear y me puse a alejarlas a grito vivo.

Por esto ha de haber advertido mi presencia Rita, quien se hizo escuchar desde el interior de su habitación anunciando que a mí me recibiría.

El padre quiso introducirse conmigo, pero no se lo permití, instándolo con

razones y hasta con la fuerza de mis brazos a que me permitiese poner a su hija en una más razonable actitud.

La habitación estaba en semipenumbra. Me costó distinguir a la joven, en el primer momento, y antes de que pudiese comprender sus propósitos, ella había echado de nuevo la tranca y estaba a mis pies implorando: «¡Venganza, venganza! ¡Vengadme, don Diego!».

Era más de lo que pude prever. Esa humillación, esa desgarrada súplica me doblaron, falseando mis rodillas y tumbándome al suelo.

Allí los dos, el cuerpo del uno junto al del otro, por un instante sentimos la aproximación de nuestro calor y nos abrazamos para dar suelta a nuestra congoja. Yo lloraba por mis desilusiones, mis traiciones y, en último término, por la desgracia de aquella mujer que me asistía en medio de su quebranto.

Nos recobramos, al fin.

Sentados en el borde de su lecho, entre sollozos me hizo escuchar su historia. Había asediado a Bermúdez sin conseguir ocasión para enrostrarle sus reproches. Aprovechando la confusión de la fiesta, se aproximó a él y le exigió que caminaran hasta un lugar apartado para ventilar sus cuestiones. En una callejuela abandonada discutieron y él se manifestó resuelto a un distanciamiento definitivo. Le volvió la espalda y ella lo persiguió unos pasos golpeándole el lomo con sus débiles puños. Entonces le quitó el puñal de la cintura, dispuesta a matarlo; pero Bermúdez no le dio tiempo ni a alzar el arma. Le torció la muñeca y la volteó por tierra, donde la estropeó a puntapiés. Después la desnudo.

Al llegar a este punto, Rita no se contuvo más y tornó a clamar por venganza.

Yo vacilaba, sin responderle, y tratando de tranquilizarla, ya no por falta de coraje, sino con el súbito temor de que se pensase que algún vínculo secreto entre Rita y yo me impulsaba a tomar su defensa. Intentaba explicárselo, cuando ella, interpretando mi silencio por negativa, procuró persuadirme de esta ominosa manera:

—Os lo ruego, don Diego. No hagáis que muera mi padre a manos de ese infame. Arriesgad vuestra vida, que vale menos, por el buen nombre de una mujer.

Una agujeta al rojo vivo, muy adentro, muy adentro.

Me erguí. Ése, no el de antes, era el momento de llorar. Pero demandé serenidad a mi pensamiento, firmeza a mis actitudes.

Rita había callado, repentinamente. Todavía no veía brotar la sangre, no sabía cuán ancho y hondo había herido.

Avancé hasta la puerta y entonces ella tomó conciencia de su insulto. Me gritaba «Perdón, perdón», tratando de obstaculizar mi mano, para que no apartase la tranca. Pero apenas me costó zafarme de sus manoteos.

Un golpe de luz me dio en todo el cuerpo y ella quedó entre sus sombras.

El padre había cesado en su gesticulación. Esperaba mi pronunciamento, fuese consuelo o incitación a cualquier brutal empresa de honor y represión.

Le informé:

—Nada me ha dicho. Nada sabe o recuerda.

—¿Cómo? ¿Cómo?...

El anciano, que todo lo esperaba de mí y de esa entrevista, no entendía aún mi negativa a ayudarlo. Yo seguía hasta la puerta. Él me alcanzó y quería sofrenarme. Daba saltos de rabia que lo despegaban del suelo un palmo.

No consiguió retenerme.

Tomé habitación en la posada.

Bermúdez abandonó sus funciones y desapareció de la ciudad.

Cuando trascendió esa fuga, don Domingo Gallegos, alerta a todas las señales reveladoras del ofensor, pudo saber lo que su hija no denunciaba.

Entonces el anciano se convirtió en un buscador frenético. Revisaba rostros en la posada y en la taberna. Acudía diariamente al despacho vacante del oficial mayor. Se instalaba horas y horas en la calle donde tuvo casa Bermúdez, como acechando su salida. Todos lo compadecían, porque era notorio que el pillo había abandonado la ciudad sin ánimo de regresar nunca.

Alguien trajo la versión de que Bermúdez estaba en las misiones.

Don Domingo, jinete en manso zaino, exento de avíos de viaje y sin haber consentido escolta, partió hacia el sur.

Nadie pudo pensar con fundamento que el anciano regresaría alguna vez, ni siquiera que alcanzaría el destino que se propuso.

Luciana, la dama que más ventilaba sus vestidos, permanecía recluida en su casa según mis cuentas desde poco antes del día de San Blas: tres meses bien cumplidos. Mal pensé que se imponía penitencia: su daño en la cabeza no soportaba ruidos y en consecuencia había hecho de su hogar una isla de silencio.

Al enterarme de su postración me sentí inclinado a una visita de cumplido, hasta cierto punto por probar a cuánto llegaba la austeridad que yo mismo me impuse por aquel tiempo.

En esta favorable disposición de ánimo me tomó una epístola que declaraba: «Estoy tan sola que pienso menos en mí. Me pregunto: ¿Qué hace Diego por su prosperidad? ¿Se atiene a vagas promesas de parientes y amigos bien intencionados pero nada eficientes? ¿Podría serle útil una súplica de mi hermano ante S. M.? Diego: Por que estuvieras cerca, aunque no te viera, he vacilado siempre en ofrecerte una ayuda que puede llevarte a otro país, quizás a España. Ahora pido menos de la vida y

estoy resignada a que triunfes lejos de mí. ¿Harás el bien de visitarme?».

En un principio, la carta me causó vergüenza. En un arranque, le di fuego hasta que se consumió. Me adelantaba a cualquier mirada que, por un papel, descubriese que por mí mediaba o aunque sea ofrecía mediar una mujer. Menos aún por esa palabra: *prosperidad*. Prosperidad significaba algo más allá de lo discretamente razonable: equivalía a lo buscado por ambición.

Luego la reflexión se posó en el vocablo *eficiencia*. Supuestamente, el hermano poseía esa eficiencia que en los demás no llevaba trazas de abundar.

Y yo necesitaba un puesto cerca de Marta, por Marta, por mi madre, por mis hijos... para buscar mi pasado: el hogar. Ese hogar que me dolía porque yo lo había formado y obedecía a una estructura más remota aún, heredada de mis padres y de mis abuelos, ese hogar que me pesaba más porque no lo tenía.

Necesitaba, asimismo, a Luciana. El hogar estaba atrás; el traslado, adelante, pero muy a distancia. Debía tener un futuro más próximo, asible, inmediato, algo que se sometiera a mí pronto e incesantemente.

De aquella carta transcendía una Luciana apagada, arrepentida y triste, no imaginable sino en un lecho que no pudiese abandonar.

Sin embargo, cuando llegué, estaba en la sala, aguja en mano, lozana y tan afanosa que se disculpó por no abandonar la labor ante el anuncio de mi presencia, porque, dijo rápidamente, no podía soltar ciertos puntos, pero ya acababa.

En efecto, apenas tuve que aguardar, muy cerca de la puerta, sombrero en mano. La veía de perfil. Al ponerme de pie, con una sonrisa de fiesta y bienvenida, me dio de lleno el rostro, viniendo a mí: tenía un párpado caído, el derecho.

Mi pena por su desgracia se hizo suavidad y, si no exagero, ese respeto que a muchos veda juzgar las acciones de los muertos.

Había acudido altanero y fuerte, dispuesto a rechazar sus besos si me los brindaba, y también su oferta de ayuda, si calculaba que no tendría suficiente validez el respaldo de ese mentado hermano, del que hasta entonces yo ignoraba la existencia.

No logré localizar un tema de conversación, siendo como debía ser el primero su salud o falta de ella. Me parecía indiscreta cualquier alusión a su enfermedad, de tan visibles y deformantes consecuencias.

Luciana limpió el camino. Me preguntó si no había observado la inseguridad de su letra. Mintiendo, contesté que no. Pero ella manifestó sorpresa porque, dijo, el impedimento de usar los dos ojos le causaba enormes trastornos. Para ver de un modo completo lo que tenía al frente, debía ladear brevemente la cabeza hacia la derecha, y

el ojo izquierdo, que cargaba con toda la actividad, se le fatigaba y se negaba a servir.

Una noche, al acostarse, la escasa luz de la palmatoria procuró revelarle una araña gorda, redonda y despaciosa en el cielorraso. No pudo cerciorarse de que lo fuera. El marido, a su lado, y dormía.

Después de unas horas, despertó con una advertencia en el pecho. Encendió la vela. Miró a la puerta, por si había sido violada. No. Al techo, por aquello que podía ser araña. Oscuro y aparentemente sin cuerpos extraños. Al marido, por si había despertado con la luz.

La araña estaba en el cuello de Piñares, caminando con la torpeza más extrema, pero sin desprenderse de la carne.

Luciana, por el terror, no pudo más que cubrirse los ojos con las manos y llorar para adentro, sin capacidad de moverse para huir. De pronto, por la quietud de Piñares, creyó que ya lo había picado y que estaba muerto. Entonces le dio un coraje demente. Tomó la araña con la mano y la arrojó al suelo.

Un rato después, cuando Luciana tuvo fuerzas para despertar a Piñares, el animal seguía en el piso, vivo y sin daño. Lo mataron.

En la mañana fueron revisadas sus paredes, por si había dejado pareja o cría. Se encontró un nido de avispa pómpilo. La pómpilo lleva de alimento a sus crías, para todo el tiempo de la crianza, una araña suficientemente voluminosa. La adormece con aguijonazos y la deja en el nido.

Aquella araña estaba adormecida, pero consiguió escapar de las avisпитas antes de que éstas nacieran.

Desconozco si esta aventura efectivamente ocurrió, si bien era tan larga y Luciana la narró con tanta emoción y amenidad que vino, llano, el entendimiento entre nosotros.

Estuvimos muy pronto como tomados de la mano.

Bebimos mate dulce sin prisa, perezosamente.

Más avanzada la tertulia, me amonestó severamente por abandonarme a inoperantes influencias y tolerar ese confinamiento en un cargo que consideró inferior al debido a mi capacidad. Yo estaba de acuerdo y le dije, complacido, cómodo, contento:

—Bien, veamos qué favor puede esperar el doctor don Diego de Zama de una mujer.

—Ya verás —me contestó con resolución y de inmediato desenvolvió planes en torno de un hermano que, me hizo saber, era caballero y prestaba servicio en la corte.

Era una ilusión digna de ser bien acogida. Me puso ricamente abastecido de esperanzas.

En cuanto tuvo mi asentimiento para realizar la gestión, me prometió despachar

carta por el primer correo.

Muy luego escrutó el cielo, asomándose brevemente a la galería. Al verla alejarse, pensé que iba a considerar las perspectivas de tormenta o tiempo estable, por si aquella retrasaba la llegada del barco o éste la favorecía.

Otra era la razón. Me urgió:

—Tienes que darte prisa. Honorio vendrá pronto a cenar. Es tarde.

Me dio un golpe de sangre.

—¿Tu marido está en la ciudad? —pregunté desconcertado, reprochándole acto seguido, sin darle tiempo a contestarme lo que resultaba evidente—: No me habías prevenido.

—Pero... ¿es que has creído que estaba en la estancia?

Luciana era sorprendida de mi ignorancia y se reía de ella sin inquietud, tan buena e ingenuamente que me apacigué.

¿Se había hecho más niña, más cándida? ¿No concebía ya la astucia?

Me preguntó, aún:

—¿Cómo pudiste pensar que estaba en la hacienda, si yo no te lo dije en mi carta?

Dos días más tarde, las baterías dieron aviso de barco del Plata.

Piñares de Luenga estuvo en el puerto y subió a conversar con el capitán.

En la tarde, Luciana mandó a buscarme. Dije al criado de razón que iría, pero no lo hice. Me ofuscaban sus tácticas, más despegadas de mi seguridad que cuando mintió llevándome a una calleja nocturna y a la vecindad de un rival que me superó en capacidad de desprecio.

En la mañana me despertó un criado de la posada con este billetito excitante: “¿Tienes miedo de Honorio? No temas. Pero si no quieres venir, te ruego que me envíes una relación de tus títulos para comunicárselos a mi hermano. Sin duda, él precisará transcribirlos en la súplica”.

Llevé en la boca la relación de títulos.

Ya era yo un hombre a los manotones, privado hasta de la justificación del deseo.

Puesto que lo sabía, entraba tanto en mis previsiones como en mi voluntad encontrar a Honorio Piñares en su casa. Deseaba verme forzado al encuentro y, de ser preciso, a la lucha.

Sin embargo el más recóndito sentido de la precaución me indujo a elegir la hora vespertina y, claro está, no hubo tal enfrentamiento.

Dije a Luciana:

—¿Y si al preguntar por ti, haciéndome anunciar, hubiese estado tu marido en casa?...

—No temas —comenzó a explicarme.

—No temo —le repliqué, violento.

—Bueno; no temes —adujo, conciliadora.

Cuando me vio serenado, puso término a su argumentación:

—Él dice que los hombres son despreciables y que la mujer no lo advierte hasta estar casada. Cree que comparto su opinión y que todos los hombres me causan repugnancia.

Luciana hablaba como confiándole un secreto desagradable a la tela del bordado, sobre la cual inclinaba la cabeza.

A pesar de ese seguro que me ofrecía con la exposición del credo de Piñares, no quiso que la visitara hasta que él se retirase a la estancia.

Fue una temporada larga de un mes, asidua, no obstante que yo en un principio me propuse sostener nada más que una relación de superficie, por no resguardar la posibilidad de apoyo ante el rey.

Era una amistad serena, hasta que un día observe que el párpado caído respondía más noblemente a los requerimientos de sus naturales funciones. Subía hasta casi dejar el ojo descubierto del todo. Congratulé a Luciana con sinceridad, efusivo, y ella, sentida y accesible como en pasados tiempos, me dijo:

—Gracias a ti, al cariño y al sosiego que me das.

Quise que sólo respondieran mis órganos cordiales, pero secretamente, por esas palabras confiadas, se soltaron postergados impulsos. Dentro de mí, nada más.

Después, mientras caminaba, el seso me entregó servida la decisión de tomar una vez a Luciana. Lanzaba en exploración razonamientos supuestamente capaces de fortalecerme en mi anterior actitud prescindente, pero era como luchar contra una resolución de todo mi cuerpo, muy anterior y severamente imperativa.

Era ya una fiebre de hacerlo y su pujanza aceptaba no obstante conjugarse con la cautela que me dictaba el instinto.

Buscaba yo provocar, con medida, aquel amor comunicativo que me entregó Luciana en algún tiempo. Hice aventureras las palabras y, en los diálogos, Luciana se arriesgó por la picada que ellas abrían.

Ocurrió, una de las veces, que un lacito que lancé, como exento de propósito definido, me trajo caza mayor.

Le dije que la juzgaba mujer incapaz de afectos profundos porque no me explicaba que se hubiese privado de los hijos. Eso a la mujer escuece, pero supe atajarle una réplica directa mediante un tono zumbón, de humorada, y el desvío inmediato hacia un tema paralelo ajeno a ella.

Fingí enterarme a esa altura del sistema que usaban las indias mbayas para eliminar la perspectiva de un nacimiento, que consistía en ejercer presión con sus

propios dedos sobre ciertas partes del cuerpo. Esto distrajo a Luciana del planteamiento inicial. Me refirió que ella había presenciado, en el campo, el bárbaro procedimiento; era algo diferente: se sometían al curandero, que les aplicaba puntapiés en zonas delicadas con un ensañamiento tan brutal como eficaz.

Después de contármelo, Luciana recapacitó brevemente. Me preguntó, con tristeza, si yo pensaba que ella recurría a esos métodos u otro semejante. Le dije que no.

Entonces supe, por su boca, cuál era la causa de que no tuviera hijos. Supe, también, por qué Luciana no amaba a su marido.

El padre de Honorio era indiano. Regresó enriquecido a su tierra, dejando en América a su único vástago, de quince años de edad y administrador de estancia y casa. El muchacho sufrió atropellos que su débil existencia logró sin embargo soportar con estoicismo e incluso sobrepasarlos, asegurándose mando y fortuna. Pero el padre, tras haberlo desamparado tan niño, le impuso aún la carga del matrimonio sin consultar su opinión y preferencia. En España, el autoritario anciano convino con su propia hermana el casamiento de la hija de ésta, Luciana, con Honorio. De resultas de ello, Luciana, a los once años de edad, estaba comprometida en matrimonio con su primo, Honorio, de veintidós. Nada se le dijo hasta tener quince años de edad. Entonces se iniciaron los preparativos para la boda, concertada por cartas-poderes. A los diecisiete viajó a América para reunirse con su desconocido primo y esposo.

Cuando describía las costumbres de las indias mbayas, Luciana estaba tan suelta y animada, tan sin recato nombraba partes del cuerpo, que escuchándola tuve la sensación desagradable de que se confundía y me hablaba como si yo fuese una mujer.

Sin embargo, la historia de su matrimonio, que era penosa pero no susceptible de causar vergüenza, fue para ella como una entrega, obligada e irremediable, de algo que afectase su pudor.

Percibí sin tardanza que toda esa intimidad que había puesto en mis manos se mudaría luego en recelo y rechazo. Estaba autorizado, también, para temer su hostilidad.

Entonces, ignoro si conmovido o temeroso de que me abandonara nuevamente, me juré respetarla tanto como ella quisiese ser respetada.

El jefe del regimiento, teniente de gobernador hasta tanto se presentara el nuevo, justamente por la certeza de lo limitado de su interinato se puso ejecutivo y mostró poseer garra para serlo.

En realidad, su imperio se reveló de manera efectiva sólo en una cuestión: el pago del estipendio adeudado a los funcionarios y empleados de la administración real. Pero únicamente eso, debe reconocerse, podía ocuparle e interesarle, ya que,

exigiendo por los demás, demandaba implícitamente por sí mismo.

De tal suerte, la caja de latón, que tiempo atrás había recuperado mi confianza y estaba satisfactoriamente provista, por vez primera desde mi permanencia en la provincia resultó insuficiente para el caudal que debía atesorar.

La remesa en plata vino por barco temprano en la mañana siguiente de aquel infortunado diálogo con Luciana. Como el teniente de gobernador juzgó que el bienestar de quienes administran la cosa pública debe ser atendido antes que la cosa pública en sí, ordenó los pagos apenas entrado el dinero. En consecuencia, pude disponer prontamente de recursos que para mi hogar lejano representaban el cotidiano sustento y, repetido móvil, la moneda en mi mesa me ayudó a evocar a Marta.

El amor suave y manso que irradiaba de su recuerdo adquiriría una aproximación real, y de pronto creí saber con lucidez por qué: porque ese tipo de amor bueno animaba algo en mí o en mi vida allí mismo y no, en modo alguno, con relación a mi esposa, que quedaba atrás. Pensé que tal era la verdadera naturaleza de mi amor por Luciana y temí por Marta.

Bajé a comer. Bebí con desconsideración. En la siesta, dormido, me obstiné en una imagen lasciva de Luciana. Despertaba y, a causa del vino, mi cabeza caía de nuevo en la almohada. Terminé por amar esa imagen.

Vencido el sopor, me refresqué la cabeza con agua.

Estaba en paz. Mi dueña, perpetua e inalterable era Marta.

22

Discernía qué deseaba de Luciana y entendí que las dilaciones y entorpecimientos derivaban de mi facilidad para enternecerme. Poniéndome blando, me distraía del objetivo y la mujer se fortalecía, regodeándose en prolongar el placer de sentirse asediada.

No olvidaba cuán estériles resultaron antes mis aprestos de energía. Pero pretendía diferenciar dos épocas: la inicial, en que Luciana estaba desacordada y jugaba conmigo, y esta segunda, de paciente acercamiento y tensión amorosa que podría derivar en pasión por cualquier estímulo repentino.

Confié de un modo tan excluyente en una posibilidad ocasional, imprevista, de que me amara así, que tuve la ocurrencia de que podía ocurrir en aquella misma tarde, y precisamente por suponer tal cosa me quedé en el figón. No me hallaba fuerte, ese día, para amar con vehemencia.

En el figón bebía un capataz boyero y yo, solitario, lo escuché.

Juntaba tropas para su señor, Alfonso de Almeida, que acudía a tomar posesión, en Villa Rica, de la estancia de don Honorio Piñares de Luenga.

Aunque a hora tardía y por lo tanto ya inesperado, me presenté ante Luciana.

No la veía desde la noche anterior, cuando me reveló su doble parentesco con Piñares; pero este nuevo era ya otro tiempo, por mí presentido.

El párpado del ojo derecho estaba otra vez cerrado. No tanto, sin embargo, que impidiera el paso de una lágrima que acompañó la más franca del ojo izquierdo, totalmente empañado al encontrarnos, sin palabras.

Me tendió las manos, sólo las manos, y mantuvo alejado el cuerpo. Precisaba mi consuelo y el consuelo, es verdad, se siente más cuando la sangre lo comunica.

¿Tanta violencia se había hecho, al hablarme aquella noche, que su mal la atormentó de modo tan extremo? Esto le pregunté y me respondió que no, tenuemente negando con un movimiento de cabeza. De mañana, un mensajero del marido le había dado parte de cierto trámite que estaba por formalizarse: la venta de su hacienda en Villa Rica. Y bien, ya estaba concluida.

—Pero, ¿qué entraña esa venta de temible o doloroso? —demandé yo, desconcertado por su desconsuelo, con olvido de cuánto me había inquietado al saberlo en la taberna. Aún más, quise saber:

—¿Es que, acaso, estáis amenazados de pobreza?...

Luciana me apartó de esa idea, para agregar, en seguida, con pena piadosa, tranquila:

—No lo sabes, pobrecito.

No sabía yo que Honorio se había sentido acuciado por el mismo deseo de su padre: disfrutar en España de los bienes acumulados en América. Como no tenía hijo con quien compartir riquezas, recogía todas y renunciaba al cargo de ministro de la Real Hacienda, sin apetecer siquiera otro en la corte ni en lugar alguno del territorio español.

Luciana nunca me lo dijo, hasta entonces, por miedo de que, al tanto de que iba a ausentarse para siempre, me despreocupara de ella.

Dos pensamientos por igual optimistas, asimismo parejamente aceptables, acudieron al llamado de las decisivas novedades: Luciana vendría a mí, de propia voluntad, antes de partir. Hallándose en España, ella se haría acicate tenaz en pro de mi elevación de rango y nuevo destino de más lustre; sobrada prueba tenía yo de su habilidad para empresas diplomáticas.

23

Nunca, nunca más tuve un beso de Luciana.

La partida estaba organizada con tal minuciosidad que fue posible en el primer barco que bajó hacia el Plata, y con tanta anticipación que yo no entendía cómo pude

ser la persona más próxima a Luciana e ignorar lo que ya a muchos había trascendido.

Es que yo permanecí excesivo tiempo asimilado por Luciana y ajeno a la vida de mi contorno.

Quizá me hubiera convenido ser más curioso, no más acentuadamente, sino apenas algo curioso, cuando vi a Piñares en gestión ante un capitán de barco.

Ella impuso que nos despidiéramos en el jardín. «A la vista de todos», proclamó.

Pero no a la vista del marido, por completo posible, ya que, durante aquella semana final, lo distinguía o creía distinguirlo, cerca y preciso, o lejos y ligeramente confundible, en todos los lugares donde un hombre podía estar, como si en cada uno de ellos tuviese algo que componer o alguien a quien estrechar la mano. Recelaba yo de que, aún, antes de partir, se diera de frente conmigo y quisiera toserme. Por que no me viera, entonces, me escabullía de tal manera que tropezaba con él en cada piedra.

Luciana impuso lugar y se imponía a sí misma un tono de abnegación heroica, que yo consentía imponiéndome, a mi vez, el aire melancólico del abandonado irremediable. Mi doble fondo se regocijaba del viaje: no pasaría ya esos peligros de las convocatorias sin provecho.

En los dos todo era, en ese momento, ridículo y exterior. Yo lo entendía, pero Luciana no, de modo que acató mi simulación como verdad y quiso corresponderme volviéndose humilde, entregándome, por fin, la pulpa de sus sentimientos.

Me dijo Luciana que ningún otro hombre, como yo, supo buscarla sin pensar en la carne, y por eso yo había sido y sería siempre el predilecto de su corazón.

Me hizo tanto bien este juicio ajeno a la realidad que arriesgué todo por confirmarlo:

—El predilecto, sí. Gracias, Luciana. Pero ¿También el único?

—Eres tanto para mí, soy tan tuya y sólo tuya, que te hubiera dado lo que nunca me pediste, si me lo hubieras pedido.

Mordió un sollozo, me apretó arrebatadamente las dos manos y, sin facilitarme tiempo para la menor reacción, se alejó hacia las habitaciones.

Fue la única visita que concluyó sin protocolo. Me dirigí solo hacia la puerta.

Le creí que me amaba. No exigía simulación de la pureza. Aceptaba simular que podía ser impura. Por eso era fuerte: su juego era más sutil y perfecto que el mío.

Hacia el Plata, después a la mar y hacia España, donde nunca fui más que un hombre anotado en papeles, se extendería un pensamiento, una sensibilidad humana

accionada por mí. Alguien, en Europa, sabría quién era yo, cómo era Diego de Zama, y lo creería bueno y noble, un letrado sabio, un hombre de amor. Estaba dignificado.

Para Luciana, mi pureza constituía una noción antigua y permanente. Yo dudaba, aún, entre creerla pura o no. Podía elegir. Y elegí una fe redentora de su concepto y su honor.

Comprendí que ella era más candor y desesperación que mujer.

En todo caso, se negaba a ser carne y vencía. Era más libre que yo.

Quise ser testigo de la partida, pero me pasó inadvertida.

Al principio, trate de identificar a Luciana en el bergantín. Después, adosado sin peso a un fardo del puerto, me tomé como un anticipo de descanso.

Faltaba luz, por las nubes cerradas, que no cuidaban el cielo, sino el suelo, de tan descendidas. Las palmeras acongojaban sus verdes. El azul toleraba, sin batalla, la corrosiva infiltración del gris. Grávida de humedad, posesiva, la atmósfera había suspendido la vida. Surto en las aguas iguales, sostenía el barco una quietud sin memoria.

No lo vi zarpar. En cierto momento, ya no estaba y la gente se había dispersado del puerto.

Una presencia quedaba suprimida. Yo tendría, en adelante, mis tardes libres. Podría estudiar y holgazanear. La holganza es placentera.

Caminaba en dirección opuesta a las aguas, hacia la gobernación, donde ya no estaban el oficial Bermúdez y Ventura Prieto. Los dos tenían razones por qué vivir y no me interesaba su destino. Ya los había borrado y recordarlos no me producía ninguna impresión. No era forzoso, tampoco, que acudiera a mi despacho. El teniente de gobernador no pretendía orden más que en su cuartel. Nosotros, en la gobernación, no usábamos uniforme. Podía, pues, montar mi bestia e ir de caza por los montes pacíficos.

De quererlo, era posible que formara tropa para una incursión hasta las misiones, que tenía curiosidad de conocer. Con dinero contaba para ese gasto y un año más. Por igual tiempo había asegurado recursos para Marta. Entretanto, sin duda llegaría aviso de mi traslado, por la gestión del hermano de Marta en Buenos Aires o la del hermano de Luciana en la corte.

Sin levantar la casa, ya que relucía segura mi colocación en otra ciudad, en ese tiempo de espera de la providencia real los míos podrían venir conmigo. Marta, al fin, en mis brazos, y con ella el deseado hogar. No era fábula irrealizable: disponía de medios y el teniente de gobernador aseguraba regularidad en los cobros por muchos meses.

No obstante, no todo estaba bien.

Algo en mí, en mi interior, anulaba las perspectivas exteriores. Yo veía todo ordenado, posible, realizado o realizable. Sin embargo era como si yo, yo mismo, pudiera generar el fracaso. Y he aquí que al mismo tiempo me juzgaba inculpable de ese probable fracaso, como si mis culpas fueran heredadas, y no me importaba demasiado: disponía como de una resignación previa, porque percibía que, en el fondo, todo es factible, pero agotable.

Tampoco la fugacidad me inquietaba, porque es posible sacar partida de lo transitorio, disfrutar momento a momento. Era algo mayor la causa de mi anegante desazón, ignoro qué, algo así como una poderosa negación, imperceptible, aunque superior a cualquier rebeldía, a cualquier aplicación de mis fuerzas.

Es más, yo le temía a distancia. De momento, todo se presentaba con rostro favorable. Pero recelaba de otra etapa —¿lejana? ¿inmediata?— irrefragable, a la que yo llegara sin vigor, como a una extinción en el vacío. ¿Qué era eso tan peor? ¿La destitución, acaso? ¿La pobreza? ¿Alguna afrenta? ¿Tal vez la muerte? ¿Qué, qué era?... Nada, lo ignoro. Era nada. Nada.

Quise discernir el porqué de ese vuelco y advertí que era como si hubiese andado largo tiempo hacia un previsto esquema y estuviera ya dentro de él.

Necesité imperiosamente asirme de algo. El estómago vino en mi ayuda, reclamándome alimento. Acudí a la posada como en pos de la esperanza.

AÑO 1794

Me remontaba a la idea de un dios creador. Un espíritu que no hacía pie en nada, capaz de establecer las leyes del equilibrio, la gravedad y el movimiento. Pero su universo era una rotación de bolillas, mayores o menores, opacas o luminosas, en un espacio preciso, como recortado por el alcance de una mirada, en el cual el sonido resultaba inconcebible.

Entonces, por mis necesidades, el dios creador tomaba la figura de un hombre, pero no podía ser verdaderamente un hombre, porque era un dios, ajeno y remoto. Un anciano de melena y barba blancas, sentado en una roca, que contemplaba con cansancio el universo mudo.

Sus cabellos eran de siempre blancos. Había nacido anciano y no podía morir. Su soledad era atroz. Aciaga.

Como un dios no puede crear dioses, pensó crear al hombre, para que éste los creara.

Creó entonces la vida. Pero antes de crear al hombre, hizo las culebras, los gérmenes de la peste y las moscas, dio fuego a los volcanes y removió el agua de los mares. Precisaba extirpar el tormento y una cierta cólera que la soledad había puesto en su corazón.

Después realizó una obra de amor: el hombre, y lo rodeó de bienes.

Pero el dios fracasó, porque el hombre creó multitud de dioses que no miraban bien al primero, no sólo se repartieron el universo, sino que algunos de ellos impusieron hegemonías. El mayor fracaso del dios consistió en que podía ver al hombre, pero el hombre no podía verlo a él, no podía devolverle ninguna de sus miradas enternecidas de padre.

El dios quedó solo e irritado. Dejó que los frutos del bien se multiplicaran por sí mismos o por obra del hombre; pero no eliminó los males y desde entonces, para manifestar su presencia, se complacía en agitarlos, ora aquí, ora allá. Otros dioses advenedizos le ayudaban.

Quise ser padre. Ser padre nuevamente, con hijo allí mismo, donde yo estaba, que pudiese entregarme una mirada de cariño cuando yo pusiese en él mis ojos y mi desolación.

Emilia, la mujer que me atendía, una española viuda y pobre, que no me superaba en edad pero sí en carácter, se resistió y me insultaba en cada ocasión que yo volvía sobre mis propósitos.

Por cuidar apariencias, yo conservaba mi cuarto en la posada, aunque dormía en su rancho, con ella, naturalmente.

Una noche, lunar, muy pasada la medianoche, estábamos desvelados y sin gusto el uno por el otro. Emilia gárrula y yo con el pensamiento en mi teogonía, el oro del Perú y los caballos de las carreras. Ella hacía inventario de los parientes que había perdido, y en realidad, creo, no le quedaba ninguno. Este cálculo ha de haber sacado, porque de pronto se echo a llorar y me dijo que yo era su único amparo, que me quería más que a su marido difunto y otras confidencias plañideras y ablandadoras. Me beso mucho en la boca y esa noche fue la primera de la cuenta, hasta ser madre.

En el tiempo de las náuseas, ni yo la toleraba ni ella me soportaba. Sólo me daba acceso cuando le llevaba dinero, en oportunidades cada vez más ralas, porque mis disponibilidades eran ya muy magras y debía administrarlas con sabiduría.

El niño nació enteco, sin duda porque la madre había gastado todas sus energías hacia fuera, gritándome.

24

La ciudad era, un poco, diferente. Tenía tiendas y se feriaba todos los días. La sociedad no era una sola y sus diversas constelaciones se permitían no estar muy de acuerdo con el asesor letrado y otros funcionarios. A la vez, yo me permitía prescindir de la sociedad. El gobernador era mi secreto cómplice.

Muy orondo, le participé mi paternidad. Reía, escupiendo un poco, y me daba palmadas en los hombros. No era ofensivo y yo estaba alegre.

Luego cedieron sus expansiones ruidosas y procuró mostrarse benévolo conmigo, poniéndose en situación. Se le ocurrió que, con motivo de tener una nueva carga, yo estaba en condiciones de dirigir una súplica directamente al rey, a fin de plantear de un modo patético mis aspiraciones.

Yo, embobado, asentía. Creo que estaba olvidando mi ciencia jurídica.

Pero el gobernador reparó en su error muy pronto:

—No se puede.

—¿Cómo? ¿Por qué no se puede?

—¡Toma! Es bastardo.

Daba un puño contra la otra mano abierta.

Por haberme encendido y apagado tan rápidamente esa ilusión, supongo, el gobernador me buscó reparación y de un modo que, ciertamente, valía más que el trámite desplazado por imposible. Me ofreció suscribir él mismo una petición dirigida a Su Majestad y, arrebatado como era, por no distraer tiempo me arrastró tras de sí hasta dar con un escribiente.

El que hallamos, escribía.

—¿Qué escribes?

El gobernador lo interrumpió con su presencia y con la pregunta, no mal

intencionada, sino dirigida a saber si era cosa de importancia dentro de su labor. El mozo, un Manuel Fernández, no lo tomó así y, azorado, tratando de esconder sus papeles, confesó:

—Un libro, señor gobernador.

La sorpresa fue entonces para el gobernador. Pero aceptó la declaración bonachonamente:

—¡Ja, ja! ¡Un libro! Haz hijos, Manuel; no libros. Aprende de nuestro asesor.

Fernández me miro sin importársele mucho de mí y yo sonreí, dando muestras de participar de la chanza o lo que fuese que montaba el gobernador.

Después, el escribiente, con tono respetuoso, persuadido de lo que afirmaba, dijo:

—Yo quiero realizarme en mí mismo. Y no sé cómo serán mis hijos.

El gobernador vaciló un tanto antes de replicarle. Cuando lo hizo, eligió la salida ofensiva:

—¿Y los libros?... ¡Ja, ja! Peores que los hijos.

Yo también reí. Me sentía obligado, no convencido.

Fernández enrojecía, de vergüenza y de rabia. Casi estallando, se animó a decir:

—Los hijos se realizan, pero no se sabe sí para el bien o para el mal. Los libros se hacen sólo para la verdad y la belleza.

—Eso crees tú, eso creen los autores; pero no piensan lo mismo los lectores —fue la presta réplica.

Fernández que había hablado un momento antes con expresión tajante, dobló la cabeza. Yo advertí que no podía seguir discutiendo sin cometer falta contra el respeto debido al gobernador.

Éste aparentó ser magnánimo. Dijo: «Bien, bien», y se retiró, llamándome: «Vayamos, Zama».

En su despacho, se sentó en silencio, contrariado, disgustado, y me encomendó una desagradable misión, la de averiguar por qué Fernández escribía un libro en casa de la gobernación.

La familiaridad que me concedía el gobernador me autorizó a preguntarle, aún:

—¿Dispondrá hoy vuesa merced el pedido a Su Majestad? ¿Me procuro otro escribiente?

—No, no. Hoy no, don Diego. Otro día será.

Ese otro día no fue el siguiente, porque yo, por discreción, nada le hablé y él, por fingirse olvidado, nada tampoco.

Ni fue el subsiguiente, porque pareciera que él advirtió cuándo iba a abrir la boca para renovar el reclamo y lo atajó reclamándome, a su vez, el informe sobre el caso del escribiente, que yo no le había pasado.

Así se agravó la situación del hombre, porque esa vez que el gobernador se

acordó de él estaba irritado, y me ordenó que el informe fuese terminantemente desfavorable, de modo de poder exonerarlo.

Me propuse no hacerlo de esa manera, sino como me lo dictaran mi propia opinión y buena fe.

Simulé buena fe ante Fernández, al abordarlo: no le comuniqué que mi interrogatorio era peligroso, pues sus respuestas irían a un memorándum.

Le pregunte, amistosa y reservadamente, en la oficina que él ocupaba, por qué escribía en la casa de la gobernación, es decir, donde su tiempo debía estar consagrado enteramente al servicio del rey. Me respondió de manera ambigua:

—La disposición de escribir no es una semilla que germina en tiempo fijo. Es un animalito que está en su cueva y procrea cuando se le ocurre, porque su época es variable, pues unas veces es perro, otras hurón, unas veces es pantera y otras conejo. Puede hacerlo con hambre, o sin hambre, en ocasiones sólo si está muy reposado, en otras si le duele una herida del cazador o si regresa excitado de una jornada de fechorías.

Presté suma atención a su discurso y luego, asintiendo, dije:

—¡Aja!

Atraída en parte su confianza, le pedí que me mostrara unas páginas. Consintió en hacerlo y leí algunos párrafos con detenimiento, porque el pensamiento aparecía enrevesado.

Tuve que declararle:

—¡Pero esto es incomprensible!...

—Señor doctor, es posible que el primer hombre y el primer lagarto fueran también incomprensibles para todo cuanto los rodeaba. Yo no sólo escribo: hago mi creación.

Lo observé ligeramente admirado. Después pretendí aconsejarlo:

—¡Nadie lo aceptará!

Me cortó, arrogante:

—Vuesa merced, para escribir mi libro no tengo amo.

—¿Y la censura?

—Escribo porque siento necesidad de escribir, de sacar afuera lo que tengo en la cabeza. Guardaré los papeles en una caja de latón. Los nietos de mis nietos los desenterrarán. Entonces será distinto.

Pensé que era un egoísta. Pensé también que, quizá, dentro de ciento cincuenta años, al abrirse la caja, habría otras formas de censura.

Reproduje sus respuestas con toda la fidelidad que mi memoria consentía. Creí que de esa manera me ajustaba a la verdad y daba argumentos suficientes para el mal designio del gobernador.

Pero el gobernador no se conformó. Quiso que yo pusiese un dictamen y lo firmara como inquisidor.

Lo hice.

25

En la mañana inmediata, cuando consideraba que ya no podría darle motivos para postergar lo que él espontáneamente me ofreció, se había levantado otra muralla.

Estaba restablecido el protocolo que, en realidad, era el usual en todas las sedes de gobierno, pero que este gobernador desarreglado, desparejo de carácter, a veces de costumbres ordinarias, eliminó desde el principio de su gestión, al menos para mí y otros funcionarios de jerarquía.

Para entrar a su despacho ya no bastaba llamar a la puerta; era necesario solicitar audiencia. Me lo comunicó el oficial mayor.

Solicité audiencia. No la obtuve.

Por unos de esos secretos medios que todos conocemos cuando actuamos de transmisores o receptores, Manuel Fernández fue avisado de que se tramaba altamente contra él.

Acudió a mí. Conocía el informe. No me increpó ni pidió. No podía increparme. Me dijo que se haría soldado o cazador, aunque dudaba de que se le aceptara en el regimiento, porque habitualmente quienes ejercen la injusticia suelen completar su obra manchando de ignominia. Para que no procediera como Ventura Prieto, le dije que intercedería ante el gobernador. No me importaba su suerte de soldado, cazador o mendigo: quise recordarle que yo estaba en condiciones de comunicarme con el gobernador y contribuir a que se decidiera la suerte de una persona.

En audiencia, dije al gobernador que Manuel Fernández me había pedido que intercediera por él.

Se alzó de su asiento, dio una vuelta alrededor de la mesa y pasó a mis espaldas. Tornó a sentarse y me hizo esta caprichosa proposición: uno de los dos, Manuel Fernández o yo, tendría que renunciar al favor; si anulaba lo actuado contra el escribiente, no suplicaría al rey por mí; si me postulaba ante el rey, exoneraba a Fernández. Yo debía decidir.

Pregunté:

—¿Ahora mismo?

—No. Mañana.

Yo no quería decidir.

Quien escribe un libro, a veces, es capaz de acciones de desprendimiento: Yo presentía y anhelaba que Manuel Fernández, ese hombrecillo escritor de libros, me permitiera salir sin cargas morales de aquel enredo. Él podía asumir el sacrificio.

Le dije que el gobernador me había dado la alternativa y yo renuncié a ser favorecido; pero que el gobernador no podía creer en tanta abnegación y deseaba que Fernández supiese, antes que las cosas quedaran en firme, lo que yo hacía por él.

Fernández me contestó que le gustaban esos rasgos de abnegación y agradecía el mío, porque más importante era para él su modestísimo puesto que lo que podía ser para mí un ascenso.

No acertaba a replicarle ni aceptaba irme con tal respuesta. Le hice observar que no todo eran gangas en mi cargo, ya que llevaba más de un año sin percibir mis emolumentos y en cambio a él, en su modestísimo puesto, se le pagaba con lo que aproximadamente podía llamarse regularidad.

Me contestó que no puede llamarse regularidad el atraso de medio año.

Me reduje al desconsuelo y dilaté cualquier posibilidad de entrevista con el gobernador.

El posadero no me hizo servir ni con la mujer ni con la hija: me atendió él mismo, colmó mi mesa de excelente comida y me llamaba «señor doctor».

Sin sospechas, pensé que la llegada de barco y desacostumbrados viajeros, esa mañana, le habían procurado beneficios que lo ponían obsequioso.

Al término del almuerzo me sirvió licor verde y se sentó a mi lado.

Me dijo que no me reclamaba, todavía el pago de tanto alimento y lecho como yo le adeudaba, pero que precisaba mi habitación, la mejor del establecimiento, para un matrimonio que venía al país sólo el tiempo necesario para negociar una herencia. Después de que esa gente —que comía ahí, en una mesa próxima, y yo podía verla— se ausentara, dos o tres meses más tarde, la habitación me sería devuelta.

Irritado —mientras el posadero pasaba obstinadamente la palma de la mano por la superficie de la mesa, como suavizando algo que quizás era yo— le repliqué que pagaría muy pronto mis deudas y que ya tenía resuelto mudar casa, a una de familia de mi amistad.

Necesitaba, rigurosamente, vivir tomado de las posibilidades, porque las cosas —demasiadas cosas— se desprendían de mí. Yo iba quedando desnudo. Son terribles los azotes en las carnes desnudas.

Dije al gobernador que Manuel Fernández renunciaba al beneficio propio, sabedor del daño que a mis intereses podría ocasionar con sus pretensiones, ante la alternativa que se nos había dado. Encomié el gesto del escribiente, acotando que se mostró tan noble que me rogó no se supiese ni nadie lo mencionara. Lo único que pedía, de ser posible, añadí, era que en el decreto de separación del cargo no se le pusiesen tachas de honor, a fin de poder ingresar a una lejana guarnición militar. Lejana deseaba yo que fuese.

El gobernador me escuchó en silencio. Aplicó su «Bien, bien», y refrendó: «Bien. Ya se proveerá».

26

Emilia mondaba batatas. Su semblante mostraba un tenaz enojo, pero me atendía, tanto que no se preocupaba del niño.

El niño se desplazaba por el piso de tierra a impulsos de sus rodillas y sus manecitas. Las manecitas estaban muy puercas. Como sus narices segregaban sin que nadie se las limpiase, se le habían hecho dos surcos, hasta el labio superior. De esa manera, la piel se le irritaba y le ardía. El pequeño se frotaba y con la mano sucia de tierra revolvía aquello, dañándose más el lastimado cutis. De vuelta, los deditos con esa materia blanda, acuosa, hacían un imposible barro al asentarse en la tierra.

Ése era mi hijo.

Antes había reprochado a Emilia su desatención de la criatura. Esa vez no me animaba a hacerlo.

Yo estaba haciendo un largo argumento que rematé con el anuncio de que llevaría allí mi bargueño, mis libros, mi cama...

—Si traes cama es porque no puedes pagar la posada.

—Si traigo cama es porque quiero estar contigo todo el tiempo.

—Aquí hay una.

—La compartes con el niño.

Cuando no tenía respuesta, callaba, según su conveniencia, porque otras veces era muy locuaz.

Mondaba las batatas interminablemente. Les sacaba los puntos negros. Robaba las partículas amarillas de las mondaduras que no quedaban demasiado finas. Presumiblemente, cocinaría sopa.

Pregunté:

—¿Qué dices, entonces?

—Que no soy tu mujer. Por eso me consultas antes de proceder.

—¿No eres mi mujer? ¿No eres la madre del niño y yo el padre?

—Tu mujer es otra.

—Y tú, di, ¿eres acaso de otro?

—No.

—¿Entonces?...

Le asestó otro rumbo, inesperado y temible, a la discusión.

—¿Has traído mi dinero?...

Llamaba su dinero al que yo debía entregarle.

El niño desató su llanto, afuera, adonde había ido sin que lo advirtiéramos. Creí que esa interferencia me salvaría de responder. Pero no.

Yo presté atención a los sollozos de la criatura. Ella me llamó a la cuestión que le importaba:

—¿Has traído mi dinero? Contesta.

No podía decirle que no.

Me mostré repentinamente exultante. Procuré participarle mi nueva esperanza y con ella mi alegría. Pero un tema, razonablemente, me estaba vedado: mis ansias de obtener posición en otra ciudad. Transformé entonces el asunto diciéndole que el gobernador, de su propia mano, había suscripto ese día un informe al rey sobre el estado de mi caja y las de otros funcionarios de jerarquía que permanecían impagos.

Emilia, sin quererlo, hizo apuntar en los ojos el interés. Por disimularlo, se levantó y fue hacia donde lloraba el niño, como si en ese momento lo notara. Yo la seguí, acicateándola con lo que había notado que la seducía:

—Diecinueve meses —iba diciéndole, mientras caminábamos— llevo sin ver un real del tesoro. De aquí, de los propios, he tomado lo que suman tres enteros y poco más, en ese tiempo: unos tres mil quinientos pesos. Pero ya me debían de antes, de los propios, más de diez meses y de...

Me interrumpí. Habíamos llegado adonde estaba el niño, bajo los maderos donde dormían las gallinas, a esa hora, rebullen y descargan. El niño fue a estar debajo y...

Emilia procedió, murmurando su enojo y fastidio. Sacó al niño; le pasó por la cabeza el extremo de su falda, eliminando los excrementos y tornó a dejarlo en el suelo, un tanto apartado. En vez de extremar la higiene de la criatura, recurrió a sus instrumentos y se puso a limpiar el suelo mancillado por las aves.

La creí calmada y dispuesta a seguir escuchándome. Hablé con esfuerzo, porque ella generaba una masa de tierra flotante y el niño no había cesado de gimotear, aunque ya más quedamente. Algunas gallinas, perturbadas, galleaban con el cacareo, en un desafío tonto.

—Fíjate, pues, Emilia. Diez meses de antes, de los propios, más diecinueve son veintinueve, menos tres y medio... Veintinueve por mil, hacen veintinueve mil, veintinueve mil pesos. Ahora, veamos lo de las cajas reales. La cuenta es fácil. A razón de quinientos, diecinueve por quinientos... diecinueve por quinientos... No; mejor será contar por partes: primero diez por quinientos y luego nueve por

quinientos. Diez por qui...

—¡Vete! ¡Vete! ¡Loco, vete de aquí!

Me cortó.

Enarboló la pala, amenazadora y bufante. Di un salto atrás, precavido, distanciándome de sus furias. Pero seguía gritando: «¡Vete! ¡Vete!», y el niño, asustado, lloraba también con los gritos.

Me volví, resignado, conociendo que no lograría aplacarla. Caminé unos pasos y calló.

Entonces giré para decirle algo, aún. Estaba tensa, con las piernas abiertas. Había bajado la pala, pero tornó a alzarla por encima de su cabeza.

Desde esa distancia no podría golpearme.

La señalé con el brazo, en recriminación, y le dije:

—No esperes que vuelva si no me llamas. Nunca. Nunca, ¡eh!

Más bien consagré la mirada al niño.

Mi hijo. En cuatro patas, sucio hasta confundirse, en el crepúsculo, con la propia tierra. Un estilo de mimetismo. Por lo menos, poseía esa defensa, característica de las bestias.

En camino olvidé al niño y su belicosa madre. Era tiempo de hacer las cuentas, en razón de que la súplica del gobernador al soberano traería el traslado y una vez que estuviese en Buenos Aires podría reclamar el pago al propio virrey, porque sus cajas eran más fuertes.

De modo que, me dije, veintinueve por mil hacen veintinueve mil. Pero con menos tres mil quinientos ya percibidos de los propios, veinticinco mil quinientos. Diecinueve de las cajas reales, ah, y uno anterior de atraso veinte; veinte por quinientos, diez mil. Diez mil pesos más veinticinco mil quinientos, treinta y cinco mil quinientos. El cruce del mar, por la súplica y luego por la providencia real, el tiempo de preparación de mi viaje hasta el abandono del cargo, siete, ocho, nueve meses más. Nueve mil por quinientos... Mejor, diez, por mil quinientos, quince, y siendo nueve, trece mil quinientos. Treinta y cinco mil quinientos actuales y trece mil quinientos por venir... cuarentinueve mil pesos. Podría ser lerdo el trámite ante el rey y entonces se excederían los ocho y los nueve meses, para ser doce o catorce. Y en consecuencia, cinco meses más siete mil quinientos pesos sobre los cuarentinueve mil... ¡la gloria!

El gobernador solicitó mi presencia en su despacho. Estaba sonriente, afable,

rezumando filantropía. Me mostró el pedido al rey, escrito en pergamino y ya con su firma y sello. Era de abundante elogio a mi persona y títulos, hablaba de talento y muy finamente planteaba mis pretensiones.

Prendió en mí una dicha emocionada. Yo era un anciano abandonado a quien acudía una niña reconociéndolo como abuelo, sin que jamás la hubiese visto ni tuviera idea de su existencia. En la nieta revelada el abuelo podía reconocer todas las virtudes de la familia.

Ahí estaba el espejo olvidado de mis méritos y era esperanza y constituía promesa de una realidad casi, casi, al alcance de la mano.

El gobernador me desengañó:

—Su Majestad nunca atiende este tipo de pedidos la primera vez. Pero es necesario hacerlos. Después de un año o dos, lo renovaremos. Entonces sí lo considerará.

Al retirarme del despacho, me di tras la puerta con Manuel Fernández. Le pregunté qué hacía allí. Me dijo que el gobernador lo había hecho llamar. ¿Para qué? Lo ignoraba. Estaba temeroso, él. Yo también debía estarlo, pero no. Hasta un diálogo breve podría mostrar la punta de la madeja que yo hilé.

Decidí ocuparme en algo que me sustrajera de la oficina, siquiera aquel día.

Tenía mala fama mi bolsa, por desnutrida, no por cerrada, y esto iba contra toda posibilidad de que la gente enterada de algo más que mi nombre y mi cargo se aviniera a darme alojamiento estable en su casa.

Por eso en la noche había eliminado, de una lista mental, el nombre de todas las familias conocidas.

Olvidado de que dije al posadero que ya tenía elegida residencia, le encarecí información sobre quién estaría dispuesto a recibirme.

Hundía el dedo en la oreja, haciéndose cosquillas, seguramente para activar el cerebro; fruncía las cejas, obligado por el esfuerzo, y finalmente me dijo:

—No me atrevo a recomendar a su merced.

En otro tiempo, sólo dos años antes, le habría dado indigestión de puntazos, cuando menos de mandobles. Pero había vendido espada y estoque meses atrás.

Sin embargo, lo increpe, de palabra, claro está.

Se confundió mucho y me explicó que no quiso decir que fuese yo la persona dudosa para recomendar, sino que no se animaba a recomendarme las condiciones de cierta familia.

Por un terco afán de darle giro rápido y airoso al diálogo, le exigí que me indicase de quién se trataba. Si el posadero temía por mi impuntualidad en los pagos, a esa

gente iría yo, a perjudicarla invocando nombre y recomendación.

No sólo su nombre —Ignacio Soledo— me resultaba nuevo, sino su figura, de persona estropeada quién sabe si por los años, la enfermedad o el vicio.

Le hice notar que, creyéndome ya conocedor de sobra de cuantos habitantes blancos tenía la ciudad, aún me había faltado hasta ese momento, darme con él. De ningún modo complació mi curiosidad, limitándose a decirme que apenas pisaba la calle para acudir a los oficios religiosos.

En sentido inverso de su reserva pretendió saber de mí más de lo que, quizá, podía considerarse correcto. Tomó mi cargo como su garantía, pero quiso saber con precisión el monto de mi sueldo y, una vez que se lo dije, se disculpó de su curiosidad, diciéndome, con una sonrisa amistosa que no llegó a persuadirme, que nunca tuvo ocasión de tratar a persona tan importante, aunque sí a muchos comerciantes y marinos adinerados.

Me declaró que la casa era segura y yo le contesté que así lo creía, puesto que, a pesar de hallarse casi al borde de la piña, toda la ciudad se reputaba de tranquila y sólo se sabía de atentados menores, la generalidad ratería de indios a la luz del día, sin destrozo ni mayor perjuicio para nadie.

Mi aposento no se hallaba, como en la casa de Gallegos Moyano, alineado con los demás sobre una galería interior, sino que disponía de puerta a la calle, directa, y detrás, de una recámara, comunicada con un patio que daba a los fondos. Era oscuro y húmedo, y estaba agobiado de muebles miserables, que indiqué al señor Ignacio podía retirar, porque yo traería los míos.

Convine únicamente arriendo de los cuartos. En cuanto a las comidas, le dije que las tomaría en la posada y que sólo en caso de quedarme en mis habitaciones, por causa de mis estudios o algún trabajo que me absorbiera demasiado, le rogaría que me hiciese servir allí mismo una refacción liviana.

Halló razonable el modo de organizar la satisfacción de mis necesidades, se disculpó y partió, dejándome solo en la recámara, que estaba vacía.

Al cabo de unos momentos regresó. Traía una campanilla y la puso en mis manos. Me dijo que él lo vería poco y que la casa tenía muy escasos habitantes: su hija y tres sirvientes, dos hembras de color y un mulato fiel, que por ocasiones se ausentaba prolongado tiempo. Si yo agitaba esa campanilla, acudiría a servirme una de las esclavas.

Después de la última noche en la posada, conjeturé que mis únicos apuros inmediatos serían los de disponer de medios para pagar casa y comida, hasta la llegada de algunos fondos.

No.

El gobernador jugaba el juego del espolón y el desconcierto.

En mi despacho, hasta entonces privado y exclusivo estaba alguien sentado a una segunda mesa: Manuel Fernández.

Se puso de pie. Mostraba en el rostro que estar ahí no era su voluntad. No me lo dijo, claro está; pero se disculpó por su presencia en aquel recinto de antiguo consagrado a la asesoría.

El gobernador había dado con la forma de humillarme sin desmerecer el cargo: Manuel Fernández pasaba a ser, desde aquel día, mi secretario, y un secretario, aceptablemente, puede poner su mesa pegadita a la de quien sirve. Así estaba, rozando la mía. Lo observé; se lo dije. No era, tampoco, un abuso suyo.

—El gobernador mismo, ayer de tarde, dirigió la instalación.

Necesitaba saber si Fernández me había traicionado, en fin de cuentas, traicionado con la verdad.

—Esto se decidió ayer, ¿verdad?, cuando tú entraste a ver al gobernador. Lo sé, lo sé. Pero, dime, ¿repararon entonces el caso, el tuyo y el mío?

Nunca hasta entonces lo traté con ese tú de superioridad. Lo copiaba del gobernador, para imponerme a él de entrada. Cómo lo sentía de fuerte en mis puños porque el tú abusivo era una introducción a la violencia.

No había motivo. Fernández, tieso de excitación, pero asimismo muy soberano en su necesaria aceptación y tolerancia de mi primer atropello, me informó:

—Puede que el señor gobernador halla repasado el caso. No lo sé. Pero de cualquier modo, no conmigo. No me permitió hablar. Todo lo tenía dispuesto.

Fernández, a su vez, ignoraba mi tramoya.

Estábamos relativamente, con partido igual, sin nada que cobrarnos el uno al otro. Por lo menos, yo no reconocía deudas.

Hice transportar mis muebles y mis libros.

Me facilitó el acceso y ayudó en la instalación una esclava de color, al parecer africana, pero de un lenguaje que era una mixtura de portugués y español y ocasionalmente, en la búsqueda de un medio de expresión, se apoyaba en el guaraní.

Por ella y por ese desconocimiento absoluto que hasta el día anterior había tenido de su amo, me sentí como acogido en un país distinto. Nada más autorizaba tal impresión, pero era suficiente.

La esclava me dejó solo, con la humedad y mis cosas, las cuales me resultaban, en ese momento, como unas pacientes compañeras de viaje, una especie de mulas arrastradas por mí, y no yo por ellas. Volvió, en seguida, con una jarra de agua límpida y, al retirarse, clausuró la puerta que daba al patio.

Cuando tuve necesidad de ir a los fondos, consideré prudente no introducirme solo a través de la casa. Aguardé aún, por si la esclava reaparecía, enviada o de propia voluntad, pero de cualquier manera en cumplimiento de una acción cortés corriente con un recién llegado.

No se produjo tal cortesía dentro del tiempo que podía esperar sin causarme molestias a mí mismo.

Agité la campanilla. Las paredes absorbían el sonido sin suscitar nada en el exterior.

Más fuerte. Un silencio sostenido, parejo y lejano.

Con mayor imperio aún.

Unos ligeros pasos en la calle —nacientes, máximos frente a la puerta, en merma, mermando hasta no saberse más de ellos— resaltaron la falta de ruidos humanos en el interior de la casa.

Abrí a la calle. Aún no era de noche. No podían haberse recogido ya.

Sacudí la campanilla, por tres veces seguidas, detrás de la puerta de la antigua recámara. Larga, espaciadamente.

Algunos pájaros, muy pocos ya, piaban en los árboles del patio.

Franqueé, pues, la puerta y sin despegarme mucho de ella, quedé en el patio, medio por hacerme visible, medio por escrutar.

Un conejo asomaba la cabeza entre unas matas —tal vez desde rato antes— y la hurtó rápidamente a mi mirada. Una gallina inspeccionaba esmeradamente el suelo y lanzaba picotazos como de tijera.

Fuera de estos dos animalejos, nada se movió ante mi presencia.

Todo estaba quieto: las plantas, la tarde y yo; menos la gallina, indiferente.

Iba a dar voces. Me pareció demasiado para ese ambiente. Recordé que la campanilla permanecía en mi mano. Miré en derredor.

En una habitación apartada, hacia el final de la galería que corría enfrente, desde la semipenumbra crepuscular y a través de los opacos vidrios, me miraba impasible, una joven.

Contuve en movimiento que ya daba a la campanilla. Fui a hablar. Las palabras venían a mi boca y con ellas un impulso para que mi mano las acompañara en ademán caballeresco. Pero no salieron y mi mano permaneció caída. Nada invitaba a hablar, a saludarse. Hubiera sido como destrozar algo.

Me retiré, confundido, cerrando la puerta tras de mí.

Permanecí sentado, calculando el nacimiento de la noche, a fin de pasar, encubierto por ella, a los fondos.

Decidí hacer sólo dos comidas y que una de ellas fuera la colación convenida con

Soledo. En vez de desayuno, mate; de tarde, mate.

Pero de mañana nadie golpeó a mi puerta con oferta de mate, ni de una pavita con agua caldeada.

Al dirigirme a los fondos, descubrí la cocina. No tenía la vida que, desde ella, suele comunicarse al resto de la casa, en todas las casas, con la presencia del sol y antes todavía.

Me atreví a pisar el umbral. Estaba abandonada, sin lumbre las hornillas, escasos los cacharros y aun desfondados los más.

Sin nada para que hiciese ejercicios mi estómago, pase a la oficina.

Sin aplicarme a razonamientos, comprendí que Manuel Fernández era hombre de fiar, que no estaría enteramente de mi lado, pero más que en pro del gobernador, sí.

Como primera misión en su carrera de secretario del asesor letrado, le encargué vigilar el pergamino que pedía por mí hasta verlo subido al barco.

Se sobreentendía que yo ponía mayor seguridad en él que en la conducta del gobernador. Sé que me lo agradeció, desde adentro, sin permitirse hacerlo trascender.

Si de noche y tan de mañana en torno de mis habitaciones quedaba establecido el vacío, hora de pedir la refacción liviana, y por consiguiente barata o gratuita, era la del almuerzo.

Me desembaracé de las timideces y fui al patio a dar canto y llamada de campanillas.

De algún pasillo que yo no distinguía, en la parte primera de la galería, zona aproximada de la sala y la ventana donde descubrí a la mujer blanca, emergió una morena moza, viniendo hacia mí.

Estaba triste, como una persona vejada que ya se ha resignado.

No era la que me atendió a mi llegada. Le pregunté por aquélla.

—¿Sumala? —me preguntó a su vez.

—No sé —le dije—. Parecía de África, quizá del Brasil.

—Sí, Sumala —confirmó con un suspiro—. Ahora estoy yo.

Me resultaba indistinto que fuese Sumala o ella quien estuviera para atenderme; sin embargo, algo me instó a interrogar acerca de Sumala.

—Ha muerto —me declaró.

Un trozo de carbón se había encendido en mis manos.

Quise desprenderme de Sumala, esa mujer vigorosa que me sirvió una vez, y posiblemente murió a unos pasos de mí. Creí que podía interpretarse sin esfuerzo aquel silencio de la tarde anterior y el abandono de la cocina.

La morena moza se ofreció a servirme. Con la mano indiqué vagamente que no la

precisaba. Ella hizo una reverencia para retirarse y recordé que yo mismo había llamado con la campanilla.

Le pedí agua. Una garrafa llena.

Comí en la posada, el almuerzo y la cena. Pediría la colación en el siguiente mediodía.

Tora, la morena era servicial. Grande de cuerpo, parecía forzada, obstinada y torpe. Quizá de estos atributos derivaba su apelativo. Torpe, por lo menos, se me figuró cuando de mañana, obediente a mi campanilleo, pude pedirle agua caliente para cebarme mate, dijo que sí y podía creerse que no, que no me había entendido, porque no regresaba.

Me asomé al patio, dominio, según las trazas, de los pájaros y de algunas errabundas aves de corral.

Tora venía de nuevo de la parte anterior de la galería, pavita en mano.

Verla con esa procedencia me dio como una aprensión, es probable que una aprensión estúpida, pero tal y como si todos se hubiesen retraído ante mi presencia concentrándose en una habitación. Allí todos: el maduro huésped, la hija, el mulato y Tora. Tal vez, también, el cuerpo exánime de Sumala. En un rincón, el fuego donde cocían sus guisos.

Interrogué a Tora. Por qué traía el agua de las habitaciones y no de la cocina.

—Se vive allá, su merced —dijo, extrañada de mi pregunta, y señalaba con un dedo y con todo el brazo. Ésa era la explicación, que amplió sin que me costara esfuerzo. La casa se extendía en otro cuerpo; ese otro cuerpo se comunicaba con mi patio mediante un pasillo.

Nada más que esto había entonces y nada de sospechoso para urdir intrigas.

Mi fácil conformidad me hizo suponer que yo no observé actos mortuorios, ni supe de la salida del cadáver, porque todo había ocurrido en la otra parte del edificio.

La refacción liviana, a mediodía, lo fue tanto que parecía exenta de peso; una rodaja de queso y otra de chipá, el pan de mandioca. Por vino, mate.

De tarde, en consecuencia, tuve agonías de estómago que me llevaron temprano a la posada, donde los vecinos de mesa conocieron la flaqueza de mi almuerzo por el ruido de las tripas.

—*Pururú* —dijo alguno y otro sonrió, asintiendo, confiados los dos en mi supuesta ignorancia del vocablo indígena.

Aunque lo hubiese desconocido, *pururú* hacían ellas, allá dentro, y yo las

entendía.

Al día siguiente, di vuelta la manga, haciendo la comida fuerte en el almuerzo. El hambre con el sueño se apaga, me dije, previendo la cena insuficiente que me traería Tora.

Acerté en punto a las proporciones de la comida, aunque no al disimulo que podía prestarle el reposo nocturno. Dormí bien dos horas o más; después el apetito volvió tan brioso que me hizo despertar con el imperio de una orden o de un grito.

Bebí un vaso de agua. Se adormeció la protesta y pude reposar de nuevo.

Pero sólo unos minutos.

Candela en mano, fui a la cocina abandonada.

Encendí fuego. Busqué mi pavita y preparé mate.

Lo sorbí despacio, sentado en una banqueta ante la puerta de la cocina.

Era la hora secreta del cielo: cuando más refulge porque los seres humanos duermen y ninguno lo mira.

Tan despejado como el universo celeste estaba yo.

Pensé en Marta, sin pena.

El pasado era un cuadernillo de notas que se me extravió.

28

El sol estaba manso. Yo también.

El rancho de Emilia se hallaba con otros que, vistos en conjunto, por encima de la altura de los techos, semejaban haber caído, en desparramo, como dados salidos sin ley de un cubilete. Yo lo miraba desde más arriba, desde una barranca próxima, que no podía decirse que cortaba la calle, porque calle trazada no había, pero interfería la línea ideal trazable desde la puerta del rancho.

Esperaba, tranquilo, ver a mi hijo. Tenía reparo de sombre y, de asiento, un tocón vetusto. Fumaba.

Yo suponía que el pequeño iba a salir como la última vez que lo tuve ante mí, arrastrándose, fascinado por el movimiento amarillo de un patito nuevo o el destello de algún fragmento de vidrio, le daría una y otra vez con la manecita hasta hacerse un tajo. Entonces prorrumpirían la sangre y su llanto. Yo esperaba presenciar todo eso. Esperaba su lloro, no porque deseara su sufrimiento, sino por sentirlo viviente, audible.

No aparecía, sin embargo.

Transcurrido un tiempo, puede que una hora o más, la madre salió cargada con un tacho de desperdicios. Se los arrojó a las gallinas, que se abalanzaron sobre ellos

luchando por engullirlos. Pero los perros siesteros también querían su parte y desafiaron los picotazos por llegar a las sobras. De nada les valió el riesgo: eran cáscaras de vegetales, nada de carne.

Esto supuse, viendo que volvían sin masticar, sin un hueso entre las mandíbulas.

Emilia cargaba con mi hijo y con la miseria.

Lo entendí claramente, pero sin remordimientos.

La criatura continuaba adentro, quizá dormida. Pensé que era mejor así. Una gallina famélica, en trance de procurarse el sustento, tanto mete el pico en las descarnaduras de un hueso vacuno como en el ojo de un niño, si éste anda solo e indefenso por el suelo.

Me levanté del tocón. En ese instante, Emilia asomaba de nuevo a la puerta de la cocina. Aun a distancia, advirtió el movimiento. Hizo pantalla con la mano sobre los ojos. Me reconoció, quizá, porque arrojó al patio otras basuras, se introdujo en la cocina y clausuró la puerta.

Regresé a paso lento. Fumaba. Había almorzado con abundancia.

La caja de latón estaba vacía. En la bolsa guardaba lo suficiente para pagar diez comidas. El posadero no traía la cazuela si no veía en la mesa las monedas, que yo depositaba cuidadosamente, al sentarme.

Me retiré temprano, alto pero inválido el Sol, como en toda la jornada.

Coloqué sobre la mesa unos libros, algunos abiertos. Agité la campanilla.

Tora acudió, por saber mis necesidades, y después me trajo un huevo hervido, con una tajada de *chipá*.

Lo comí con gusto; pero el huevo, después de unos minutos, deja en la boca ese recuerdo que preferíamos no tener. Por no tenerlo y beber algo, tomé la pavita y salí al patio, para ir a la cocina. Por la galería de enfrente pasaba una mujer blanca, vestida de verde, con una sola peineta en la cabeza, muy serena. Sus pies asentaban sin ruido en el ladrillo.

Desapareció por donde yo suponía que estaba el pasillo, en el encuentro, siempre oscuro, de dos alas del edificio.

No me vio. Coincidió tan exactamente su paso con mi salida que, tal vez, yo quedé a sus espaldas al dejar la habitación.

Esto pensaba, sin haberme movido de mi puerta, porque esperé hasta el final que ella se volviese hacia mí, para ver su rostro y tener ocasión de saludarla.

Como el patio había recobrado su aire muerto de siempre —que la presencia de aquella mujer, debo reconocerlo, tampoco consiguió alterar— tuve la idea de asomarme al pasillo para observar el sector de la casa adonde mi huésped, con manifiesta descortesía, nunca me había llevado mi invitado.

Iba a hacerlo, pero algo me contuvo. Fue nada más como si la atmósfera se

hubiese puesto pesada y limitara mis movimientos. Percibí que, a pesar de todo, no estaba solo.

Miré hacia donde *supe* que debía mirar: detrás de la misma ventana de antes, una joven blanca me miraba con quietud, sin fijeza, como sin interés.

Algo, la sorpresa o no sé qué, me impedía reaccionar con naturalidad. Cuando quise asentarme en mí mismo, la primera sensación fue de inelegancia, con la pavita en la mano. Me agaché para dejarla en el suelo, en el rincón de la puerta. Al alzarme, la joven ya no estaba.

Entonces me esforcé por captar rápidamente algo que había visto, y que temía que se escapara de mi cabeza sin haberlo precisado. No era algo aún palpable o real. Era... una ausencia. Sí. Lo que faltaba, tras los vidrios, era un vestido rosado. La joven vestía de rosa.

La otra mujer, la de un momento antes pasó ante mí, estaba vestida de verde.

No era, pues, la misma. No tuve tiempo de mudar ropa.

Me encerré en mis habitaciones. Me desagradaba la idea de atravesar el patio para ir a la cocina.

En absoluto merecía ser juzgada como suceso extraño la aparición sucesiva de dos mujeres blancas en la casa. Soledó me dijo que sólo había una, su hija. Pero eso fue en determinado día y posteriormente bien pudo incorporarse otra, en tren de permanencia fija o como mera visita. Podía ser una mujer de ayuda, quizá necesaria a raíz de la muerte de Sumala.

El razonamiento me procuraba conclusiones lógicas. Sin embargo, el episodio me obsedía como una impostura necesaria. Algo de falso, elaborado, se me ocurría que andaba en todo eso. Más que en nadie ahincaba mi disgusto en el señor Ignacio, que había cortado todo vínculo conmigo desde el día de nuestros tratos.

Manuel Fernández mostró condiciones por lo menso para la mitad de su secretaría: un buen secretario no sólo guarda los secretos de su jefe, sino que sabe penetrar en los ajenos que pueden interesarle.

Vigiló la entrada del pergamino en un saco, el traslado del saco al bergantín y la recepción y registro, para el rey, por un oficial del barco. Tomó nota, además, de que el barco había traído un cofre del tesoro y, preguntando a quienes lo cargaron, pudo enterarse de que era muy liviano, pero esto, me dijo, podía ser porque las monedas fuesen de oro y no inferiores.

No eran de oro y fueron para los inferiores. El gobernador exhortó a quienes teníamos más títulos a no fomentar las habladurías adversas al rey. Para eso era necesario que los empleados de menor cuantía, los menos celosos del honor de Su Majestad, percibieran lo suyo. Nosotros tendríamos que esperar nueva remesa.

Al gobernador no le resultaba lesivo pertenecer al genérico nosotros, porque

poseía bienes y rentas propias dentro de la misma provincia.

Pero al posadero trascendió sin detalles la noticia de que la casa de la gobernación había sido enmonedada aquella mañana y quiso su dinero, es decir, el mío.

No comprendía por qué a unos se había pagado y a otros no, cosa que yo tampoco pude explicar bien, porque de hacerlo traicionaba las directivas del gobernador. Algunos comensales dejaban de masticar, para escuchar mejor, como si se tratase de un negocio de estado al que se encontraran abogados, aunque más no fuese, de oídas. Yo los veía pendientes de mis palabras y de la actitud del dueño y me encrespaba.

El posadero se retiró refunfuñando. Reventé en un puñetazo sobre la madera y en un «¡Maldita sea, gente palurda!», que devolvió al posadero y lo empujó al asalto, que quedó contenido por dos o tres prudentes que se interpusieron. Yo bramaba, levantando el puño y diciéndole cosas sobre su sandez, sin que nadie se atreviese a coartarme ni tuviera el comedimiento de aplacarme. El sujeto —yo lo veía degollador de reses, manchado de sangre— repetía como un rezongo: «¡Dejadlo conmigo!», y un hombre flaco y encorvado le decía: «Que te condenas, Miguel». Y a cada «Dejadlo conmigo», otro «Que te condenas, Miguel». Di otro puñetazo y él otra arremetida, que los demás refrenaron, y partí.

Me dolía la mano. Estaba trémulo hasta las piernas.

El régimen de la taberna era invariable y mísero; embutidos, carne asada, sopa de mandioca y pan de mandioca. La taberna era, naturalmente, para beber, no para hacer las comidas regulares y quien pretendiese alimentarse allí habitualmente pagaba sin ahorro respecto de la posada.

En la noche, pues, comí matambre, carne asada, pan y sopa de mandioca.

Manuel Fernández se complacía en demorar una exigua ración de vino.

Me saludó, respetuoso, sin acercarse.

Lo llamé. Trajo su vino.

Dije injurias del posadero. Fernández debía de saber por qué. Me dijo que la razón y el derecho estaban de mi parte.

Con disimulo, hurgó bajo el costado derecho de su capa. Extrajo una bolsa pequeña, que colocó en la mesa, ocultándola con el sombrero. Escarbó en el costado izquierdo; apareció en su mano otra bolsita, algo más reducida, que fue a acompañar a la primera.

Alzó a medias el sombrero, lo suficiente para que yo mirara adentro.

Me dijo:

—Elija su merced la que desee y prefiera.

Lo miré en los ojos. Estaba ebrio.

Tomé la menor.

Me dijo:

—En paz.

Yo no entendí el sentido de su escueta afirmación: «En paz»; pero le contesté que estaba de acuerdo.

—En paz —repetí.

En mi habitación di llama a una vela. Me senté a la mesa.

Tomé las monedas en dos puñaditos y abrí las palmas. Luego fui agrupándolas en una sola pila, de mayores a menores. Tres dejé aparte y las puse sobre el dorso de mi mano derecha. La luz de la vela les daba de lleno. Yo las contemplaba espiando su inexistente movimiento.

Era un rito estúpido. Pero yo precisaba mirarlas hasta no verlas.

Lo conseguí. No pensaba ya en ellas, al cabo de un rato. Entonces reapareció en torno, con su humedad y su noche, la habitación, prolongada en sombras hacia atrás, hacia la recámara sin muebles.

Apuré dos manotazos, por tapar las monedas, por que no se viesen. Una sacaba medio cuerpo bajo el meñique, dos habían saltado lejos.

Miré a la recámara. Nada podía tapar ya a quienquiera que me estuviese espiando. Mi corazón empujaba.

Tumbé la silla, con estrépito, quizá para ahuyentar a intrusos.

Fui hasta la puerta sin dar la espalda. Tomé un hierro, tranca de postigo. Luego la vela. Con cautela, el hierro presto, pasé a la recámara.

Nadie.

29

Era de temer que por su préstamo, Manuel Fernández pretendiese privilegios o bien que, hallándose sobrio, se arrepintiera de haberme facilitado casi tanto como la mitad de su dinero.

Yo estaba dispuesto a resistir cualquier intento de que le devolviera lo suyo demasiado pronto.

No obstante, procedió aquella mañana con esa corrección indicadora de que el préstamo fue *ayer y allá*, a don Diego de Zama y no el asesor letrado, su jefe.

Él sabía dar; yo sabía recibir.

A mediodía, lo invité a que comiéramos juntos en la taberna.

Aceptó, con una palabra de agradecimiento.

Salimos a la par de la gobernación.

En la plaza, que pasábamos, distinguí entre las mujeres de la feria a Emilia. Ella no había reparado en mí.

A sus pies, atadas en junta por las patas, yacían cuatro gallinas. Con las gallinas, mi niño.

Hice seña a Fernández de detenernos. Él no sabía por qué; pero se atuvo a mi indicación.

Contemplé a mi criatura, sentadita en la tierra roja, con rastros de haberse revolcado en ella y sin embargo fresco el rostro y saludable el cuerpo.

Mi hijo.

Las gallinas.

¡Claro estaba, pues! De aquellos desperdicios que arrojó Emilia ante su puerta, los perros no sacaron ni un hueso de ave porque la infeliz mujer tenía que reservar sus gallinas para la venta, confirmándose con un alimento de hortalizas y cereales.

Tuve el raptó de acercarme y dejarle en la mano la mitad de mis monedas.

Pero, me dije, ella vive y yo quién sabe si pueda hacerlo sin dinero.

Precisaba comunicar lo bueno para que no me atosigara lo malo.

Indiqué a Fernández:

—Ése, el echadito ahí, ese tan robusto, es el mío.

El niño, para él, nacía en ese momento.

—Me gusta —dijo.

Creí que me formularía algún cumplido. Pero permaneció en silencio, observándolo, y no dudo que también pintando una composición más completa con el niño, la madre y las gallinas.

Quise participarle mi orgullo, para que no pensara demasiado sobre la situación de la mujer y mi vástago, y le dije:

—Será un héroe. Vayamos.

Lo arrastré tras de mí.

Me siguió meditabundo.

Luego, me dijo:

—¿Cómo saber, desde ahora, que será un héroe o que al menos tratará, o que aceptará serlo, dada la ocasión?

Me disgustaba esa manera de hablar de Fernández. Procuré mostrar suficiente autoridad, siquiera, autoridad de padre.

—Yo lo he decidido. Será un héroe.

Meneó la cabeza, negando, no victorioso, sino convencido.

—Nadie puede decidir la conducta, las esperanzas ni la totalidad de las posibilidades de otro.

Me excitaba, con sus reflexiones negativas y su tranquilidad para pronunciarlas.

Extraje la bolsita. La hice sonar y le dije:

—Yo lo ayudaré. Ya veremos que ha de ser mi hijo, si héroe o nada.

Era una fanfarronada y debía pagarla.

En la mesa aparté la mitad de las monedas. Las puse en manos de Fernández con encargo de entregárselas, en mi nombre, a Emilia. Él la había visto esa mañana, sabía quién era. Le indiqué cómo llegar al rancho.

A mediatarde, suspendimos la tarea de oficina. Fernández derivó hacia los pagos de Emilia, con mis monedas. Yo acudí a mis habitaciones.

Faltaba desde la mañana.

Pasé al patio, que estaba para mí. Despaciosamente, dueño, preparé fuego en la cocina, herví agua y llevé la pavita bajo una planta. Saqué una banqueta e, instalado con comodidad, sorbí con placer el jugo cálido y verdoso.

Miraba distraído hacia el fondo de la galería.

De pronto, apareció Ignacio Soledo.

Verme y retroceder, sin saludar, es todo lo que hizo.

Me causó indignación. No podía entender por qué se retraía ya hasta ese punto, privándome incluso del saludo.

Preferí suponer que no me vio y, al llegar al patio, cambió de propósito, volviéndose. Pero me sentía como sometido al aislamiento, por un designio incomprensible, de él y de su gente.

Por eso me devolvió el alma la aparición de Tora, armónica, vital, tanto que podía olvidarse la oscuridad de su tez viéndola caminar hacia uno.

Me traía un billetito, del señor Ignacio. Aducía apuros de dinero y me rogaba que le anticipara una porción del importe de mi hospedaje.

Es decir que me había visto en el patio, pues de lo contrario no habría enviado a Tora tan temprano por mí.

Como con ganas de promover desafío, pregunté a Tora por qué Soledo no me dirigía el pedido personalmente.

—Mi señor está en cama —me explicó la mujer.

—¿En cama?

—Está enfermo, su merced.

—¿Desde cuándo está en cama y desde cuándo está enfermo, quieres decirme?

Yo no podía creer ese argumento e indagaba, para que se desvirtuara. La esclava me dijo con naturalidad que llevaba ya dos días en el lecho. Busqué hacer que se enredara más en su embuste:

—¿Puedo visitarlo?

Titubeo un instante. Luego declaró:

—Delira y grita. Es feo de ver.

—¿Cómo entonces, escribió este papel?

—Lo dejó escrito el día de la muerte de Sumala.

Su defensa era correcta.

Vacíle a mi vez, y a esa altura recordé que había observado que Soledó, al asomar al patio, llevaba puesta al cuello una chalina gruesa, lo cual, por cierto, resultaba desacostumbradamente en esa época del año y con un día tan fuerte de sol. La razón puede estar en los otros, pensé, haciendo la conjetura de que, posiblemente, el señor Ignacio escapó a la vigilancia de la hija y las esclavas e intentó salir al aire, abandonando sus planes al darse conmigo. De ser así, resultaba admisible que huyese al verme, sin atinar siquiera a saludarme, pues me habría juzgado un enemigo de sus propósitos.

Quizá por mi abstracción, suponiéndome en duda por el contenido del papel, Tora me dijo algo convincente y decisivo. Una mujer, a quien ella nombraba misia Lucrecia, le había entregado el billetito un momento antes, con ruego de que yo diese cumplimiento a lo pedido, por serles de extrema necesidad a causa de la dolencia que aquejaba a su señor.

No pregunté quién era misia Lucrecia. Di por sabido que se trataba de la mujer de vestido verde que pasó en la tarde anterior. Quedaba confirmado, pues, que otra mujer blanca se hallaba en la casa, aparte de la hija de Soledó.

Más persuadido por la intermediaria y su aclaración que por el billetito, entregué una suma de mis monedas que me redujo de nuevo a una estrecha situación.

Por lo menos, pensé mientras Tora se alejaba, he pagado techo por un tiempo y aún habrá Soledó de cuidarse de pedirme más, por este favor del anticipo.

En medio de la satisfacción y la seguridad que me deparaban tales pensamientos, se interpuso este otro, salido sin esfuerzo ni advertencia de oscuras capas de mi ser: alguien sabía que desde la noche anterior mi bolsa estaba más gorda.

Podía contradecirme con sólo recordar que el billetito, según Tora, fue escrito dos días antes. Sin embargo, me extrañaba que hasta esa tarde no me hubiera sido presentado.

Borré toda impresión que me inspirara recelo al advertir que sólo yo estaba al tanto de cuán magros eran mis fondos y, en cambio, los Soledó estarían convencidos de que era hombre de recursos, al que resultaba natural dirigirse en cualquier momento, con la certeza de obtener plata sin dilaciones y en la cantidad pedida.

Di un chupón al mate, despreocupado, de nuevo satisfecho de que se me confundiese con persona solvente y necesaria.

Del rancho de Emilia, Fernández trajo a la oficina un semblante triste que pintaba, para mí, un reproche. Era una cara condolida, cuando me rendía cuenta del cumplimiento del encargo. Me pareció insolencia y me reprochaba haberle dado tal misión. Pero era mi secretario y alguien tenía que hacerlo por mí, ya que Emilia

estaba fuera de mis obligaciones y de mis deseos, y hasta cierto punto, de mis necesidades.

A mediodía le pregunté si almorzaría en la taberna, con ganas de que dijese que no. Me dijo que permitiera un convite, de puchero de gallina, preparado por la mujer que lo servía a él.

Acepté. Fui a su habitación, en una casa humilde donde dos piezas más también estaban arrendadas a empleados subalternos.

Mientras masticaba, me vino una sospecha:

—¿Es regalo de Emilia?

Se ruborizó. Dijo:

—No.

Nada más: no. No le creí. Deje la presa en el plato. Insistí.

—¿Es un obsequio? ¿Te la dio ella para que la cocinaras y me invitases?

—No, señor. Es compra.

—¿La compraste? ¿A quién? ¿A Emilia?

Asintió con la cabeza, como confesando una culpa.

—¿Por qué? ¿Por qué a ella?

—Por ayudarla señor.

Me limpié los bigotes. Nada tenía que objetar.

Seguí mascando, muy callado. Después le dije que yo no podría ayudarla más hasta que llegase plata de España o del Perú. Le conté cómo había invertido poco menos que la totalidad del resto de mi caudal.

Nada comentó Fernández.

Después de un rato, me preguntó, como preguntándose:

—¿Qué haremos?...

—¿A qué viene ahora ese qué haremos?

—Señor, también yo he quedado sin blanca. Cuanto había en mi bolsa lo gasté anoche en vino.

—¡Vino! ¿Todo para ti solo?

—No señor. Hice un convite general.

—¿Eso has hecho? —yo le reprochaba como si me hubiese estafado.

Él estaba sumamente avergonzado. Todavía le quedaba qué confesar.

—Después hice algo más.

—¿Algo más? ¿Y qué? ¿Puede saberse? Anda, dilo.

—Hice el convite general y más tarde...

—Sí, dilo.

—Hice otro convite general.

Lo contemplé como si en ese momento lo descubriera. Fernández podía ser mi hijo o el hijo, un hijo bueno, de cualquier hombre de bien.

Comí una batata y empecé a beber el caldo.

Él no comía. Lo animé, ayudando el gesto con la cuchara, a que me siguiera. Ese caldo, esa comida presente merecía atención; no ya lo ocurrido, irreparable.

Con un esfuerzo, tímido, como diciendo puede que entre, me dijo aún:

—Señor doctor... eso no es todo.

No tomé muy en cuenta sus palabras. Sin cesar en los tragos de caldo graso, le repliqué:

—Sí, sí. Lo sé. Después del primer convite general y del segundo convite general hubo un tercer convite general.

—No, señor. No es eso.

Recobraba su serenidad austera.

—Bien. ¿Qué hay? —le dije mirándolo a los ojos.

—Cuando he preguntado qué haremos, me preguntaba qué haremos por la señora.

—¿Cuál señora?

—Con perdón: la señora Emilia.

—¿Y qué intereses tienes tú en ella?

Fernández hizo un gesto y ademán de defensa, de negar que pusiera interés alguno de orden personal.

—¿Qué hemos de hacer? —retomé la palabra—. Nada. Ni tú ni yo, nada. Nada podemos.

Fernández dijo:

—Es cierto, nada.

Y se abandonó, tan presto como era imposible imaginarlo cuando planteó asunto tan ajeno a su incumbencia.

Con Fernández jugaba a ser bravo. Fernández simulaba ceder.

30

Así era de desgranada la edificación por aquellos extremos de la ciudad: entre la última casa y la del señor Ignacio, arriba de cincuenta varas; hacia el otro extremo y hacia atrás, no menos de treinta hasta dar con paredes habitadas; enfrente, cara contra cara, con espacio nada más que para el paso de los carruajes y las bestias, una, dos, tres casas, alineadas con pulcritud.

Ni puertas ni ventanas quitaban hermetismo al conjunto parejo de las tres casas, porque de ordinario permanecían clausuradas. Sólo por una de esas ventanas, baja y ancha, se miraba el mundo. Casi rasaba el suelo. Una mujer sentada en la habitación podía mirar al exterior y ser vista hasta medio cuerpo.

Una mujer estaba sentada, de tarde, cuando yo volvía, y me miraba porfiada, con ojos de expectativa. Yo la miraba un momento, casi por constatar que de nuevo se

había instalado allí, y luego me palpaba los bolsillos, buscaba en la faja la llave, me daba ocupación, por desviarme de ella.

Era una mujer con más edad que de cuarenta años, de pelo negro, duro y rizado a cortos intervalos. La melena, tal vez sin preparativo alguno, le caía de arriba en línea oblicua abriéndose hacia los costados, como si evitara el contacto de la cara, que nadie podía desear.

—Tora, ¿quién es esa señora que se sienta todas las tardes junto a la ventana?

—Siempre lo ha hecho.

—No te pregunto desde cuándo lo hace sino quién es.

—Siempre se asoma. Desde que nací.

—¿Y tú tienes recuerdos desde que naciste?

—Desde antes, su merced.

—¿Te burlas de mí, Tora?

—¿Cómo podría, su merced?

Se desnudo el brazo hasta más arriba del codo. Me mostró un antiguo y cicatrizado hundimiento de la carne.

—Tengo otros en el cuerpo. Nací con ellos. Un blanco, enojado, quiso matar a mi madre con una cadena. Yo estaba adentro de mi madre; no había nacido.

—¿Y lo recuerdas?

—Sí, su merced.

Tora me dijo que esa mujer debió retirarse a un convento porque ningún hombre la tomó por esposa en el tiempo debido, pero no lo hizo. Sus padres murieron. Después fugazmente, se aposentaba en la casa de un caballero, supuesto hermano, que venía del interior.

Se le acabaron a Tora las referencias. Debía de saber más, pero no podía decírmelas todas sin esfuerzo de memoria. Por eso tal vez, hizo esta acotación:

—No es más rica que mi amo.

—Y tu amo, ¿es rico?

—No. Es pobre.

Al decirlo, recordó algo más: el señor Ignacio pretendió remediar la soledad de la vecina. Le aconsejó que vendiera la casa y pasara a vivir en la suya. De esto hacia mucho tiempo. A la mujer le molestó la propuesta y don Ignacio dijo que pretendía conservar casa propia para recibir con comodidad a ese individuo que antes de morir los padres nadie conocía como hermano. Desde entonces, no existían relaciones entre las dos familias.

Por curiosidad de saber si en realidad Soledad traicionó con aquel plan algún

secreto designio de hombre sin mujer, pregunté:

—¿Eso que me cuentas ocurrió antes de la muerte de tu ama?

Tora no estaba sorprendida al decirme:

—Mi ama no ha muerto.

Tomó como natural mi ignorancia. Pretendió seguir hablando de la mujer que miraba la calle. No la dejé.

—¿Dónde vive tu ama? ¿Dónde está?

Desde esta respuesta, Tora habló como si se defendiera de una acusación, alarmada de mi excitado interés:

—Está aquí, su merced. El ama está en la propia casa.

—¿Es la mujer que ha llegado ahora?

—Ninguna mujer ha llegado, su merced.

—Cómo que no. ¿No es acaso la mujer que hace dos días vestía de verde?

—No lo sé, su merced. Quizá no.

—Pero, ¿puede ser?

—Sí, su merced; puede ser.

—¿Y la otra entonces? ¿Quién es la otra, la mujer joven?

Tora me pasó, con la mirada, su acusación de sacrilegio:

—Su merced. Sumala ha muerto. El cuerpo de Sumala está en la tierra.

Me mordí. No debía seguir hablando con Tora de esa cuestión compleja y delicada.

Mis sentidos me decían que en la casa había dos mujeres blancas. La esclava afirmaba —sin malicia, creo— que sólo era una y no hija, sino esposa del señor Ignacio.

Mentiras, mentiras, me dije, disgustado e impotente. Casa de embustes y de embusteros.

De ser burla, era excesiva.

Ausente Tora, quise hacer lo que nunca hacía: leer, escribir alguna carta. Me dije que debía hacerlo, consagrar mi tiempo a algo de mi directo interés, y no a situaciones confusas de un hogar que no era el mío.

No obstante, el patio me llamaba. Tomé un libro, abriéndolo en cualquier página.

El patio llamaba, llamaba.

No me importaba lo que leía. No lo entendía. Pensé que era la primera vez en mi vida que me daba con ese libro. No precisé constatar lo contrario: era un manual de leyes muy usado por mi, de siempre. ¡Es que el patio llamaba!

Y yo sabía que no estaba tras la puerta, sino en mí, y que cobraría vigencia real sólo cuando yo estuviese en él.

Salí. Era un desahogo. Ahí estaba, con sus ramas ensuciadas de blanco por los

pájaros, con sus luces grises del crepúsculo. Allá, al fondo, en la galería, con las albas manos cruzadas sobre su falda amplia, de pie, sin que al parecer ningún sentimiento, ninguna ansiedad la agitase, estaba la joven.

Me miraba.

Me miró un instante y se volvió, correcta y suave, hacia el pasillo en sombras. Un instante más y ya no estaba.

Corrí al rincón sombrío donde, según mis presunciones, se abría el pasillo. En ese lugar oscuro no había más que el encuentro de dos muros, muy adentro del alero y por eso siempre sin luz.

Miré hacia el patio, desasosegado. Anhelaba que el día no terminara demasiado pronto. Debía hablar con Soledad, pero antes buscar por mi cuenta, constatar, para que ese hombre reservado hasta la desesperación no me engañara.

Recorrí el muro unos pasos por la galería del norte.

Llegué a una puerta que me era conocida, pues correspondía a la sala donde me recibió Soledad.

Las posibilidades eran mínimas; en no más de cinco metros por una u otra galería debía estar el pasillo. Era el único sector que yo no distinguía con claridad en sus detalles desde los lugares del patio que antes no intenté exceder.

Los cinco metros de la segunda galería, hasta donde la luz daba de lleno, no tenían más que una puerta cerrada, inconfundible con la que sería propia en un pasillo, si es que a alguien le daba la voluntad de poner puerta a un pasillo.

Después de esta puerta, siguiendo por la galería frontera al ala donde se hallaban ubicadas mis habitaciones, se abría una ventana. Detrás de sus cristales vi dos veces a la joven.

Estaba abierta. Miré, sin prudencia. Daba a una habitación vacía, como rota al fondo, porque le faltaba la puerta en el muro posterior. Más allá podía presumirse un patio o un jardín, con plantas altas. Imposible descifrarlo, porque anochecía. Las sombras caían en su interior como telarañas impregnadas de hollín. Miré hacia arriba, como por ver quién las descolgaba. Aquel cuarto no tenía techo.

Entonces comprendí. Toda el ala del edificio se hallaba abandonada. Por alguna de las puertas, posiblemente la que dejé atrás, se podía pasar al otro cuerpo de la casa.

Me volví. Probé la puerta. Sus goznes estaban secos y descuidados. Hacían ruidos de ratas, pero mantenían la obediencia. La puerta franqueaba el acceso a otra habitación hueca, sin techo.

Pasé por ella.

Un jardín fuerte de vegetación opaca. Por delante, lo cerraba un ala con galería, dormida. Enfrente, otro sector alineado de habitaciones, con seres humanos capaces, para mi alivio, de encender candiles y hacer bajo su luz una costura, un testamento, el amor o la muerte.

Mi expedición no debía adelantar ni una vara más de terreno.

Cerré la puerta por fuera, cuidando de dejar tan juntas las dos hojas como las había hallado.

Ya no precisaba explicaciones de Soledó y me fastidiaba pensar en una plática con él.

Al pasar, observé la ventana.

Una mujer, a veces, venía a ella. Se instalaba en la habitación vacía y me dirigía sus miradas.

En mi habitación noté abiertamente la noche, por las amasadas tinieblas, la humedad y las exigencias de mi estómago.

Agité la campanilla, a puerta abierta primero, en el patio en seguida.

La esterilidad del sonido me convenció de que, en verdad, había pasado con exceso el tiempo de pedir refacciones livianas.

Pero esto y el pensamiento de lo reducidas que venían las raciones me llevaron a un terreno de reflexiones irritantes. Si se me atendía dos de cada tres veces que llamaba, mal y tarde, esa mujer no me quería bien, no intentaba conmigo siquiera ese acercamiento que sugiere una confitura, un plato de comida abundante o dispuesto con gracia, nada. Quizá las colaciones eran controladas por el marido o quedaban a criterio y maña de la esclava. Tal vez ella no tenía suficiente mando. Éste era, según mis conjeturas, el nudo: una mujer extremadamente inferior en edad al esposo, limitada por la autoridad, incluso la tacañería de este, muy posiblemente también, por los celos.

A pesar de lo aceptable de esta hipótesis, me vino una ráfaga de duda, porque cuando pude verla más próxima a mí, la ocasión en que ella pasaba por la galería, me produjo la sensación de ver a una mujer madura, de cuarenta años o más, aunque no tuviese la edad del marido. No entendía por qué, entonces, en su miradero de los cristales y aun esa tarde, de pie en la galería, pude creer que trascendían de ella no sólo los encantos de los años mozos, sino el recato de una adolescente y hasta el aire compungido y resignado de una joven enclaustrada prematuramente.

Fernández me invitó a pescado, en su habitación.

Fruncí la nariz justamente como si me diera en ella el tufo. Fruncí porque en la provincia es comida inferior y los nativos dicen pirá, pescado, y escupen. Fruncí además porque la reiteración en darme de comer me pareció bondad disimulada de Emilia.

Se lo dije a Fernández:

—Tu pescado es de Emilia. Que yo sepa, Emilia no vende ni cría peces; pero

puede adquirirlos.

Fernández sonrió con el modo de quien ha cumplido una buena acción sin aguardar recompensa y se hace objeto no sólo de la ingratitud, sino de la torpeza del beneficiado.

Dos indicios me mostró en su cuerpo: azules ojeras que le caían con largueza hacia los pómulos y la herida de una evidente dentellada en tres dedos de la mano izquierda.

Había pasado la noche de pesca. Se sustrajo a la taberna por el arroyo y por el sustento, en fin de cuentas el sustento suyo y mío. Por algo más, tal vez. Cuando estuvimos ante la enorme fuente, dije: «Es mucho y bueno» y pregunté: «Pero, ¿es todo?».

Fernández confesó que no. Había entregado la mitad de la pesca a Emilia.

La mujer vespertina, esa especie de guardiana de la calle, sufría en su apostadero, viéndome llegar. Ignoro si lanzaba su mirada hacia mí por entregarme o recoger algo.

Me pareció gracioso el lance.

Con disimulo verifiqué que la vida humana, en el lugar, parecía casi extinguida. Era la costra de la Luna con cuatro casas, un hombre caminando entre ellas y una mujer de voz desconocida presta a soltar señas con los dedos, con los brazos, con su agitación, quizá.

En vez de doblar del medio de la calle hacia mi casa, lo hice en dirección a la suya. Conocí que eso deseaba, por su rostro, que al instante se me figuró más lleno de carnes flácidas, ablandado, de lo que en realidad estaba.

Habría dado, a lo sumo, dos pasos más cuando la vi alzar las manos a la boca, con horror, y comprendí de pronto que el peligro me acosaba.

Miré atrás.

Un caballo se me iba encima. El jinete le rompía la boca a tirones por desviarlo y, casi sobre mí, el bruto caracoleó y quedé en salvo.

El suelo, allí, es de tierra roja, con base poco menos que inconsistente. Abierto, casi despoblado, era el sitio pista llana para los jinetes y carruajes que emergían de la piña. El transeúnte no podía escucharlos hasta tenerlos sobre él, si caminaba muy distraído. Casi cabía decir que más los anunciaba a distancia el polvo alzado que el ruido.

Tomé el episodio como una advertencia de males. Me aparté entonces del camino que ya llevaba en derechura hacia la mujer y su ventana.

Era temprano y yo holgaba.

Preparé mate y pude disfrutar, en el patio, la formación del crepúsculo.

Distantes, escuché golpes de llamado sobre una puerta. No me concernían: eran voces de periferia.

Se repitieron. Presté atención y localicé rumbo.

Por tercera vez. Era mi puerta. Nunca nadie había golpeado por mí en aquella casa.

Antes de salir, me compuse la vestimenta y me peiné la barba.

Abrí.

Era una niñita, una mulatita de ocho a diez años. Daba placer verla, tan criatura, raramente aseadita, con un azoramiento que le salía por los ojos, como si se hubiera defraudado su esperanza de que persona alguna acudiera al llamado.

Con simpatía le pregunté a quién buscaba e intentó explicarse, pero levantó unas dos veces el brazo como para impulsar las palabras necesarias y éstas no salieron.

Entonces trató de poner en mis manos un papelito con tal torpeza y prisa que cayó al suelo. La pequeña no reparó en eso, pues seguramente consideraba cumplida su misión; echó a correr y pasó la calle. Entró a la casa de la mujer ventanera.

El papelillo a mis pies cobró significado.

Contenía dos líneas escuetas, dos preguntas: si podía ayudarme y si yo aceptaba el diálogo por escrito.

Resultaba risible. Esa mujer sugería una casta relación propia de adolescentes y enamorados.

Me devolví al mate pretendiendo gozarlo simultáneamente con la risa interior que me daba esa aventura que no busqué.

Me decía: no, no; y pensaba que, pretenderme, era excesiva pretensión suya.

Imaginaba a Tora, mujer plena, grata de ver, llevando escondidamente billetitos románticos a esa fofa e involuntaria célibe y era tal la diversión que la escena me causaba, que lamenté no tener compañero próximo para festejarla.

Sin embargo, creo, exageraba en un solo sentido para encubrir todo cuanto la primera pregunta había removido de mi vida precedente.

De nuevo alguien me ofrecía ayuda. *Otra mujer* se sentía autorizada para dispensarme protección. Yo era, pues, un visible hombre frágil.

No se trataba sólo de eso. Es que insinuaba reproducción de la urdimbre de Luciana, aquel trámite afanoso que hubo de naufragar, no sé, porque pasó a ser para mí como un pariente desaparecido. Luciana y su gestión se reproducían con aquel papelito, pero ya, meramente, como un simulacro, una burla del tiempo al través de esa fealdad que me buscaba.

Como en otras oportunidades, toda una masa de reflexiones lógicas quedó desplazada por una intuición que apareció sin anunciarse, pero muy nítida: esa mujer quería ayudarme con dinero.

Pensé si debía aceptar o no. Indagué la causa de tal vacilación. No era por un

escrúpulo, no. Ya no. Vacilaba porque, desde el acopio de mis conocimientos, Tora me advertía que esa mujer no era más rica que su amo, siendo el amo pobre.

Comprendí que mi conducta debía ceñirse a las perspectivas del presente, sin quejas ni frenos de mi vida anterior.

La opción a esa mujer, sin embargo, no prometía mayores beneficios. Y este presupuesto afirmaba la decisión inicial del pronunciamiento por no.

El último *mainumbig* depuso su silente y absorto aleteo ante las flores y supe entonces que era preciso ceder sitio a la noche en el jardín.

No alcancé a encender el candil de mi habitación. Nudillos tiernos daban contra la puerta.

La mulatilla, más oscura en la calle oscura, permanecía callada, mirándome con el sufrimiento del que no se resuelve y lo apuran.

Procuré ayudarla:

—¿Me traes otro recado?

Inclinó la cabeza sin responderme. Se miraba los pies desnudos y no podía tenerlos quietos.

No era eso. Le pregunté entonces:

—¿A qué has venido?

Pero tuve que repetir la pregunta, porque de una vez no se decidió.

—¿Por qué viniste? ¿A qué? Anda. Dilo.

—No lo sé. Me mandó ella.

Una vocecita tímida, que daba por sobreentendido quién era ella.

La mujer miradora no soportaba demoras en la correspondencia. Pedía respuesta.

Indiqué a la pequeña «Aguarda» y fui a mi mesa. Di luz. Busqué un papel, pluma, tinta... Pero ignoraba qué iba a escribir.

Dudaba entre una larga epístola dilatoria, que no obstante entretuviera anhelos, por si me viese precisado a solicitar su apoyo, y unas líneas lacónicas y expresivas como las recibidas, desahuciándola.

Miré por si la niña se hubiese ido, librándome de la obligación inmediata. Allí permanecía, sumisa y débil, con su poquita vida sirviendo sin saberlo las avideces sensuales de una mujer malograda.

Concretamente tuve la respuesta en la cabeza. Ella preguntaba si podía prestarme ayuda y si aceptaba relación mediante misivas. Para contestar las dos preguntas bastaba una palabra: No.

Puse: Sí.

Entregado el papel y cerrada la puerta, volví a mi mesa. Había arrojado con tal prisa la pluma, como por evitar que el arrepentimiento viniese con la demora, que manche con tinta algunos de mis papeles blancos.

Observé las gotas oscuras, aún frescas.

En frío, muy consciente de lo que hacía, las aplasté llenando de tinta mi mano y de salpicaduras otros papeles. Quería extender la suciedad, que todo estuviera sucio.

Sopesé la bolsa; quedaban unas moneditas.

Eran suficientes.

Salí en busca de mujer.

31

La bolsa y el estómago vacíos, me atuve a invitación de Manuel Fernández que, sobre la hora del almuerzo, aún no se producía.

En consecuencia, me insinué:

—Has descansado, se ve. No tienes ojeras.

—Sí, señor doctor. He dormido de firme.

—Entonces, anoche no hubo pesca.

—No, señor doctor.

—¿Y se ha descompuesto ya lo que pescaste anteanoche?

—Sí, señor doctor. Ya ayer nada del sobrante podía cocerse para la cena.

Según las trazas, no prosperaba con mi indagación.

Seguimos aplicados a los papeles.

Como no podía comer, no me apresuré por levantarme del trabajo.

Pero Fernández, tomándose una libertad que en circunstancias diversas hubiese castigado, me dijo:

—Señor doctor, creo que es hora.

—¿Hora?...¿Hora de qué?

—De comer. Nos espera cazuela de gallina.

Por disimular el contento, dije:

—¿Otra vez gallina? Dispendioso estás, Manuel.

—Señor, esta vez es de regalo.

—¿Puedo saber de quién?

—Sí, señor doctor. Es de la señora.

—¿La señora Emilia quieres decir?...

—Sí, señor doctor. La señora Emilia.

No averigüé más.

Fuimos a comer.

Por no hablar de la gallina, en la comida busqué de tema la composición de aquel libro que nos relacionó. Pregunté a Fernández por él, de su naturaleza, que yo

ignoraba, aun habiendo leído una hoja, porque no la entendí, y de sus progresos, pues sospechaba que lo tenía relegado, alerta como estaba de que no le convenía gastar tinta y tiempo de oficina en escribirlo.

Dejó que extendiera con abundancia las preguntas, tal y como si yo las descargara sobre él y tuviera peso que se avenía a soportar como un castigo.

Después, contrito, me declaró:

—Lo regalé a un viajero. No sé quién es ni de dónde venía. Se quejaba en la taberna del atraso del barco, que lo retuvo tres semanas en la ciudad, y en las tres semanas no pudo dar con un libro, como no fuese de asuntos religiosos. Yo tenía el mío, los siete cuadernillos ya compuestos, en el banco, a mi lado. Le pregunté si quería leerlos. Los revisó. Me contestó que sí, pero que le faltaría tiempo, pues debía partir demasiado pronto. Le dije que eran suyos, que podía llevarlos para siempre y disponer de ellos.

—¿Cómo has podido hacerlo? ¿Te atemorizó a tal punto la investigación o es que el gobernador mandó que te desprendieras de tu obra?

—No, de ninguna manera. Eso ocurrió más tarde. Puedo decirle cuándo.

—¿Cuándo?

—El día que llevé su dinero a la señora Emilia.

Fernández estaba corriéndome hacia cierto punto. Yo no podía considerarme avisado entre tanto necesitara compartir su mesa.

Tal vez no me importaba lo que pretendía sugerirme.

Se incorporó a mí, no obstante, una molestia por Fernández que era como si lo tuviese dentro de mi cuerpo.

Por desembarazarme de él, de la necesidad de él, decidí aplicarme a un galanteo exigente a la mujer de la ventana.

Allá estaba ella, tras los vidrios, cunado enfilaba yo la calle y di en el plan de llamar a su puerta y hablarla; pero, viéndola más de cerca, no pude.

Al ir a cerrar mi puerta, que ella parecía ver como el cofre de sus bienaventuranzas, hice ademán de mandarle, por los aires, un beso.

Una hora después o poco más, la mulatilla me traía dos cartas.

La primera se encubría de circunspección, pero rezumaba férrea fe en que yo estaba ya tomado de su mano. Reclamaba que le dijera cómo podría serme útil, muy al tanto al parecer de las razones capaces de movilizarme. En el párrafo siguiente venía lo que tomé como cobro de esos prometidos favores y era su tono protector persuadida de no hallarse expuesta a sufrir rechazo, aun introduciéndose en mis intimidades. Decía que me cuidara con celo, con ojos abiertos, en esa casa malsana, y

que ella se ocuparía de mantenerme alerta. Pensé que aludía a la humedad de la habitación y sobre todo de la recámara.

Esta epístola parecía anterior a mi pantomima amorosa. Le seguía esa segunda que sin duda absorbió la hora inmediata a mi llegada. Era la carta de una enamorada con las esencias del primer beso aún sobre los labios.

Esas cartas representaban para mí una complicación necesaria. Las leí de apurada, como para enterarme del curso de una negociación, e hice de los papeles cenizas y del contenido memoria de archivo, guardada para ocasión precisa.

Otra suerte ha de haber imaginado mi enamorada para sus mensajes, porque pasado un tiempo que habrá creído suficiente a fin de que yo escribiera mi respuesta, mandó por ella, con la presencia muda, pero elocuente, de la criatura.

Hice unas líneas: «Tengo la cabeza partida de dolor. Mañana escribiré con la extensión que debo y el apasionamiento que me posee».

Muy en seguida estaba la mensajera nuevamente delante de la puerta.

No abrí. Temía una medicina casera.

Por no escuchar el llamado persistente de la mulatilla, menos que por mandatos del estómago, pasé a la cocina, a través de la noche, a encender fuego.

Cuando la combustión quedó en estabilidad de brasa, volví a mi habitación por la pavita.

Estaba sobre la mesa, junto a la vela ardiente. Me encaminé a ella directamente, sin ocupar la cabeza en nada que no fuese el deseo de caldear agua para el mate. Sin presentimientos, sin aprensiones.

No en la propia recámara, sino al entrar en la habitación tuve la certeza de que acababa de caminar junto a alguien. Una presencia corpórea, pero indefinida, quedó atrás, a unos pasos, replegada sobre la pared sin luz.

El ruido secreto de una fuga sigilosa.

Yo detrás. No a la caza. Por ver.

Un instante último bajo la luna y luego acogida por el rincón oscuro.

Divisé sobre la cabeza la peineta, la peineta única.

Seguirla era introducirse en el recinto privado de Ignacio Soledo. Se me soltaban los bríos por ir a increpar.

Soledo estaba ya en pie, según las noticias de Tora. Su mujer, mentida hija, espiaba, me espiaba, quizá bajo su imperio, quizá por saquearme.

Ése era el peligro de la casa, no la humedad.

Había sido prevenido y no acerté a entenderlo.

Permanecí al borde de la recámara, en el nacimiento del patio.

No veía sino la imagen de la fugitiva, tomado por ese golpe de reflexiones veloces.

Hasta que observé que había pasado ante mí, leve, una figura de mujer, sueltos los bucles sobre los hombros.

Iba allá, hacia las sombras, como si fuese una de ellas.

Bucles, no peineta: mi mansa, pasiva y lejana amiga del mirador sin techo junto al pasillo.

Dos, entonces. Dos mujeres.

Esa indignación por el espionaje, ese recelo de asalto nocturno se mudaron, con el paso de la segunda, por otras impresiones.

Era una fascinación. Había circulado como invitándome a seguirla. Y yo presentía que el término de su camino no eran ni el amor, ni la dicha, ni la bonanza.

32

Dormí con exceso, hasta muy adentro de la mañana.

Tenía que apresurarme a llegar a la oficina y, como al primer campanilleo Tora no acudió, partí sin beber mate ni haber logrado la menor ocasión de aclarar la doble presencia nocturna. Más tiempo, claro está, me hubiese demandado una plática con Ignacio Soledo. Quedaba, pues, la reclamación de explicaciones, para la hora vespertina.

De tal modo decidí mis procedimientos mientras me vestía, pero ya en la calle y más tarde en el despacho se aplicó a rodearme aquella figura segunda del tránsito sin peso por la galería. Era amable de pensarla, si bien con algo de engañoso, o de vacío, o de absorbente, que no me daba sosiego. Era como la belleza de la perversión, tentándome, y yo en resistencia. Nació y creció en mí una furia silenciosa, pero de tanto ímpetu como un golpe de sangre.

¡Me dije que por esa mujer yo mataría a Soledo!

El horror.

El horror del absurdo que nos atrapa.

Éste era el horror de la fascinación.

Una consagración plena a su imagen, sin sensualidad, con tristeza. El deseo brutal de capturarla, de verla más que un momento. Quizás eso, nada más, y por eso la inducción al crimen, innecesario, tal vez.

Los horrores, en mis adentros, despojándome de la realidad de esa oficina de todos los días, con Manuel Fernández por delante, físico, no alterado, aun con el ruidito inagotable de su pluma, que únicamente en ese punto reaparecía, al verlo de nuevo a él.

Me llevó a comer.

Yo estaba aturdido.

Hablaba, y mi pensamiento se proyectaba a la noche, la noche próxima, en dependencia de la anterior.

No comía ni me tentaba la comida ahí en el plato. Más claro aún: mi estómago, sin aportes desde el almuerzo de la víspera, la pretendía, pero sin el apoyo de la voluntad de mis manos, de mi cabeza.

Manuel Fernández se expresaba con vehemencia. Yo estaba débil, decaído. Lo veía y lo escuchaba como si él estuviera dentro de un bloque de agua.

Me dijo, impaciente, «¡Por favor!», y yo puse oído atento a sus palabras, porque escucharlas mejor me aliviaba, me confortaba.

Él declaraba propósito y resolución de tomar en matrimonio a Emilia.

Dije que sí, que estaba bien.

Se animó, nos animamos.

Me dijo entonces que, con mi autorización, reconocería como propio a mi hijo.

También dije que sí y me pareció que ese hombre había conquistado una felicidad abnegada y su rostro lo hacía saber.

Yo estaba contento por él, por Emilia, por mi hijito sucio. Estaba contento por mí, que cada vez quedaba menos ligado a la gente.

Reí, bajito, con una risa liviana, continua, de dientes entrecerrados, como sin motivo, como la risa de un niño idiota.

Rugué a Fernández que me llevara a la taberna.

No esclavo del aguardiente, sino con el aguardiente a mis órdenes, obediente a mi reclamo de impulsos, de coraje, aguardé la noche.

Una vela daba testimonio de que alguien no se avenía a mi ausencia.

Arrojé un puñado de tierra sobre los vidrios. Brutal, petulante.

Acudió al mirador transparente, con sus pelos tiesos y su cara blanda. No entendía si era reto, agresión o endecha.

La conminé, con un ademán, a que me abriera la puerta.

Desapareció la luz de la ventana.

Se presentó, a guiarme, después del crujido de la puerta desplazada hacia adentro.

Aparté de un manotón la vela, que se apagó en el aire y fue a dar al suelo.

La tomé con vehemencia.

Así, sin verla, podía besarla. Mucho, tanto como ella necesitara.

Después la eché al suelo, creo que con gusto.

Ella estaba ligera de ropas, como preparada.

Me alcé, sacudiéndome el polvo.

En la oscuridad pude distinguir que se corría, arrastrándose, hasta la pared. Sentada en el piso, se respaldó en el muro. Jadeaba.

Le dije:

—Preciso plata.

Ella jadeó un momento más, respiró tomando aliento y me preguntó cuánto, con una sola palabra, cuánto, como no puesta entre signos de interrogación.

—Cincuenta pesos —dije, y supe al instante que pedía una suma ruin, sabiendo también que ya no podría pedir más porque yo no ardía ni la mujer jadeaba.

Me dijo «Lo tendrás» y para mí ese anuncio tuvo el poder liberador de un saludo.

Tanteé la puerta, que había quedado sin tranca, y salí a la calle.

Al entrar a mi habitación, quedé pegado a la puerta, de espaldas: ante mí, en la profundidad de la casa dormida y silenciosa, la imagen, que yo presentía errabunda, de la joven del encanto temible; detrás, con su fealdad concreta y el vínculo adquirido conmigo esa noche, la que no podría ver sin rechazo en la claridad diurna.

Creí que la puerta de la recámara estaba cerrada y yo, por consiguiente, aislado y seguro. Pero al acostumbrarme al ambiente de tinieblas, muy pronto, distinguí al fondo la forma de las plantas corpulentas del jardín.

Corrí a cerrar.

No obstante, si alguien estaba adentro desde antes, había quedado encerrado conmigo. Quise iluminar para un registro. No conseguía darme maña con el yesquero.

Escuche un ruido sordo y rítmico.

Tiré puntapiés hacia donde me pareció ubicarlo. Puntapiés al vacío.

Estaba más cerca... ¡encima de mí!

Lo palpé. Creí que era mi corazón.

Pero ya no era ahí, sino en la madera, en la madera de la puerta, un llamado. Un llamado meticuloso, quedo.

Me resistía a abrir y seguía, cayendo sobre la puerta como un consejo: A-bre, a-bre, a-bre.

Un irresistible mandato.

Separé de un tirón las dos hojas, como para entregarme, como descubriendo el pecho a las balas.

Allí, ante mi puerta, el que llamaba, el niño rubio, espigado, descalzo, andrajoso. Allá, en medio de la calle, de tres caballos a la estampida, uno enredaba entre sus piernas un cuerpecito breve, que se entregó con un confuso manoteo, pero sin un quejido.

De un salto estuve entre las bestias y los jinetes que desmontaban. El niño rubio

corrió a mi lado.

La niña, la mulatilla, terminaba de caer y era un cuerpecito blando confiado a la tierra. Mi atención apartó dos cosas: los labios entreabiertos con la dolorosa sonrisa de quien no puede reír, y en torno de su mano abierta contra el suelo, cara a la Luna forrada de nubes, monedas sin brillo, yertas, pero íntegras en su redondez, constantes en su objetividad, ajenas a la tragedia.

Las monedas, yo, la pequeña muerta, estábamos serenos y silenciosos. Los tres hombres juraban, maldecían, y el niño rubio los acompañaba, gesticulante, diciendo no sé qué. El caballo asesino mantenía nerviosas las patas delanteras y relinchaba reventando de furia, tal vez dispuesto a seguir atropellando, ahí, más allá, en todos los caminos.

Me retiré. Arrastraba tierra con las botas, porque no conseguía alzar los pies. Si mis brazos hubieran sido más largos, también las uñas se me habrían llenado de tierra roja.

Desde mi habitación, volcando la cabeza sobre la mesa, escuché voces altas, lloros altos, después el llanto atenuado, atenuadas voces, hasta extinguirse.

Uno, dos caballos arrancaron. Llegaron otros. Partieron.

No sé más, porque luego la noche, bienhechora, vino a mi cansado cuerpo.

Soñé que una mano fresca de mujer me acariciaba la frente; ese frescor se transmitía a todo mi cuerpo, hasta entonces, tal vez, con calenturas, y el adelante era el frío el dueño de mi carne, por lo que alguien me echaba encima un poncho delgado de lana.

33

Desperté en la madrugada.

Había afuera, en el patio, un derrumbe de sol, que ponía gozosos y parleros a los pajaritos. Me sacudí. Encima tenía una prenda ajena.

Un poncho de lanita suave.

Pensé que podía habérmelo puesto Tora; pero, con la duda sobre algo imprecisable, me volvió el frío.

Clausuré la puerta abierta al patio. Hice del poncho cubrecama y busqué el lecho como una cueva donde esconderme.

Dormí hasta tarde.

No abandoné la habitación mientras no presentí ausencia de luces en el exterior.

Me encontré con la Luna, que era una mujer gorda y desnuda, sentada en el horizonte.

Fui a los fondos.

En la huerta, busqué algo para masticar, pero estaba sumido en extremo desamparo y carecía de frutales.

Tomé mate en la cocina.

No pensaba en la niña muerta. Ya estaba lejos.

Recordé al niño rubio. Reaparecía, al cabo de cuatro años, en circunstancias incomprensibles. No consagré mi mente a él con exceso.

Yo estaba como separado de todo, en la cocina, solo, olvidado. Podía morir allí sin que nadie lo notara. No me preocupaba cesar. Pero, me dije, sería terrible que en el trance gritara de dolor —o de miedo— y nadie me escuchara.

Estaba aislado, sitiado, indefenso porque me habían desarmado los contrastes. También los presentimientos.

Volvía a mi habitación como recogiendo tinieblas y ya con la facultad —podía creerse— de verme desde afuera. Pude verme convertido gradualmente en figura de duelo, por adhesión de las sombras, pelusa de murciélago, en el curso de mi camino.

Al pisar la recámara supe que todo eso podía desaparecer.

Podía desaparecer conmigo.

Iba a darme con algo, con alguien, y yo comprendí que estaba en trance de elegirlo o elegir su muerte. Pero confundía eso con la propia muerte y era una noche triste, en la que, creo, no resultaba penosa la elección.

Se había aposentado un vaho de mujer.

Ella estaba en la recámara y esta vez no huiría.

Di fuego al candil. Necesitaba verle el rostro.

Yo procedía con una serenidad desventurada, como obtenida en préstamo para aquella ocasión.

Ardió el pabilo.

Ella también me aguardaba, sin alterarse, impávida aun cuando aproximé la llama a sus bucles, por ver si era, y sí.

La atmósfera se puso lechosa; pero atiné a mantenerme erguido, dejar al paso el candil en la mesa y buscar el descanso.

Desperté y era de noche: contra la pared daba el resplandor impuro de la lámpara.

Alguien me había arropado y yo no quería voltear la cabeza porque percibía su presencia junto al lecho. No por evitar verla, sino porque quién sabe qué me advertía de una decepción.

Me pasó la mano —agua fresca— por la frente u deduje que era la misma caricia de la víspera.

Ella.

Volteé la cabeza.

Decepción, sí. Decepción.

Peineta. Edad sin flores. Un afecto compasivo, una piedad amorosa y sacrificada, en los ojos. Todo muy definido, sin reservas, sin misterio.

—No es —dije, sacudiendo la cabeza y hablando como si estuviera solo o ella nada significara.

—Soy —me dijo— con amargura.

No podía fingir y embaucarme, aunque poseyera tanta clarividencia para entender mi desengaño por aquellas dos palabras: «No es». No podía mentirme: también su voz era la de una matrona cuando dijo «Soy».

Yo, rechazando su afirmación, cerraba obstinadamente los ojos, como para aislarme con la íntegra angustia del no encuentro.

Hasta que ella me dijo, insinuando el dolor del bien perdido:

—Ah, bien lo sé. Otra mujer puede desear quien, como vos, se ve buscado y atendido sin que lo solicite. Otra mujer debiera ser la que esta noche se arriesgara por asistiros y, enajenada de soledad, se pone en vuestras manos. Joven tendría que ser, tal vez más hermosa de lo que yo soy ahora, clara la voz, suaves los bucles, suave el color de rosa de su vestido...

Era como advertirme que me había sometido al encanto de aquella otra figura entrevista, para mí su posible hija, para ella su efectiva rival.

Pero he aquí que también la presente alcanzaba los poderes de la fascinación, y esto por la voz, que cobró un tono grave, doliente e inasible, aunque cercano, como yo lo quería. Le entregué mi atención como predispuesto a un canto revelador que viniera del bosque. Porque cuanto me decía era sencillo y comprensible, pero yo lo recibía como si tuviera doble fondo y, en él, la explicación, todas las explicaciones.

Me apretó una mano por encima de la manta. Procuraba ser más persuasiva al proponerme:

—Ah, si un hombre quiere... Se puede ser la una y ser la otra. Él consigue ver a una mujer como es y como la desea.

¿Eso había hecho yo en los días anteriores? Recelaba de que me lo dijera. Recelaba de eso y de algo más. Y ella, continuando su pensamiento, dijo:

—Pero sólo si él ama a esa mujer. Porque si se aferra únicamente a la que *ya no* es, ama una fantasía peligrosa. De ella vendrán un día, para él, la destemplanza, la desazón, tal vez, el horror.

Eso, justamente, era. El horror, esa noche no revelado aún como horror, ya me había capturado.

Entonces lo negué, por negarle poderes sobre mí a esa mujer que tan certeramente penetraba en mi interior:

—¿Cómo puedo yo, cómo podría nadie abandonarse voluntariamente al horror?

Como respuesta, me clavó estas palabras:

—Si queréis ver con miedo mi pasado es para transferir el temor de vuestro propio pasado.

Tuve la sensación de estar discutiendo con esa fantasía peligrosa que ella había mentado.

Esa sugestión, con ser muy fuerte, no alcanzó a espantarme y conseguí hacer un esfuerzo de discernimiento a fin de colocar sus palabras dentro de lo normal y lo posible. Pensé que nada más pretendía que intimidarme, para que yo aborreciera la imagen de la joven y la amara a ella. Sin embargo, rechacé la tentación de discutir la verdadera naturaleza de esa figura lozana de las apariciones vespertinas. Sí reclamé por su tacha a mi vida precedente. Exclamé:

—¡Mi pasado no es indigno!

La miré al rostro, por ver si la afectaba el impacto de mi estallido, y eso no ocurrió. Estaba serena y con su serenidad ahuyentó las sospechas que me condujeron un momento a la exasperación.

Parecía haber estado aguardando con paciencia el desenvolvimiento de mis ideas. Me contemplaba. Creí que, prevenida de que no aceptaba su opinión, me hablaría ya con ese acatamiento a mi persona que su presencia en mi cuarto dejaba suponer.

Pero no. Dijo:

—Todos, casi todos, somos pequeños hechos. Elaboramos presente menudo y, en consecuencia, pasado aborrecible.

Me tomó de un hombro, aferrándose con la mano abierta, y me dijo:

—Tengo miedo de elaborar culpas, para que el pasado no sea más poderoso que el futuro.

No eran para mí reparos nuevos, pues podían confundirse con los de toda mujer que formula la última vacilación antes de su entrega pasional. No obstante...¿por qué me penetraban de tan inquietantes impresiones? Cuando hablaba de sí misma, ¿no podía creerse que hablaba de mí? ¿Por cuál razón su lenguaje era tan extraño y enjuiciador? ¿Por qué motivo se pronunciaba de una manera tan conceptual e inoportuna para una situación semejante?

Todo era demasiado ambiguo, pero no me parecía que la ambigüedad estuviera en ella, sino que emanara de mí mismo y que esa figura femenina, a mi lado, no fuese verdadera, sino una proyección de mi atribulada conciencia, una proyección corporizada por los poderes de mágica creación que posee la fiebre.

—Tengo miedo —repetía aún con tristeza y se me ocurrió que esa tristeza no le pertenecía, que era mía y muy añeja.

—Tengo miedo —decía, y yo también tenía miedo y quise decírselo sin la vergüenza de las palabras. Con mi mano busqué la suya y la tomé y estaba ardiente, y esto me hubiera confortado si no se hubiese deslizado en mí la sospecha de que mi mano derecha tomaba mi mano izquierda, o la izquierda a la derecha, no podía

saberlo.

No podía saber si había mujer, no podía saber si dialogaba con ella. Yo no sabía, no conseguía saber si todo eso estaba sucediendo o no.

Y en medio de este desorden y esta incertidumbre, me pareció que ella se volcaba en un intento desesperado de borrar lo dicho, de anular el caos que había establecido con el razonamiento.

Me besó como para hacerme llagas. Me besó infinitamente.

Tomaba, con aquellos besos, mis fuerzas.

Era de una sensualidad dominadora y, sin embargo, capaz de cavar y dejarme vacío hasta hacer que ya no la deseara.

Sólo mis labios tomaba y a través del beso, como en una absorción, parecía llevarme allá, adonde no sé, ni nada hay, nada es. Todo se negaba.

Mis fuerzas se agotaban antes de donde es posible la voluntad. Terminaban... Terminaban... Sin sobresaltos, ya sin sobresaltos, quedamente, terminaban.

Y todo era... un acogedor y dilatado silencio.

34

No de la primera semana, sobre la cual forzosamente tenía que declararme inhábil para juzgar, sino de las inmediatas puedo decir que ignoro si se me escapaba el entendimiento o es que yo prefería no entender.

Me dejaba estar, en el lecho pegado a la ventana y por la ventana la mirada alcanzaba una palma y un retazo exiguo de maleza. Consentía que se me administrase la sopa de mandioca y la otra, más rara, de tuétano, como a un niño, por cucharadas que me llevaban con solicitud a la boca.

De noche, en esa estrechez, veía acostarse juntos a Emilia y Fernández. A veces de día, un rato, y después ella hacía sus tareas cantando. No siempre supe que eran Emilia y Fernández, sino un hombre y una mujer. Esto pude percibirlo bien.

Una tarde en que ella me daba la sopa, levanté los ojos, tanteando, y estaba tan servicial y sin enojo que me atreví a decirle:

—Emilia...

Pero creo que mi voz, de inactiva, no salió, y ella no pudo ver sino mi esfuerzo por hablar y eso cierto de que la reconocía.

Llamó a Fernández.

Él traía en brazos a mi niño y mi niño estaba limpio y lleno, y parece que el llamado los sacó de una mutua diversión que les había dejado regocijo en el rostro.

Emilia y Manuel me consideraron con voces bajas y, creo, temerosas de esperanzas antes de tiempo.

Por ese respeto cauteloso que les vedó acercarse, no vieron el llanto bueno en mis

ojos.

Compartí su mesa. Comidas virtuosas: judías, mandioca, queso, la polenta, *mpaipig*, el *mbeyú* de choclo.

Virtuosa era también su coyunda, con sacramentos del cura que pretendió dármelos en artículo de muerte.

Mi niño fue bautizado Diego, por mí, y Luciernes, por la madre, había pasado a ser de nombre Diego, de apellido Fernández.

Caminé, de ensayo, hasta la barranca. Anduvo a satisfacción la prueba más brava que me impuse, de llegar, ascendiendo, hasta el sitio donde una siesta me instalé por ver la ruindad de mi segunda familia.

Di con el tocón vetusto y me fue útil para un respiro, complacido de la hazaña.

Miré hacia abajo, hacia el rancho.

Ellos, ellos dos, seguían mi proeza con un gozo prudente.

Manuel abrazaba a Emilia por los hombros. Ella se dejaba tener, confiada, y nadie podía decir que fue una mujer irritable y puerca. Cinco años mayor que Manuel, eso sí, seguía y seguiría siendo.

Persona alguna, me dije, puede realizar *mi* amor, *mi* bondad, *mi* sacrificio, pero puede proceder por mí. No obstante, si me lastima, sin celos, que Manuel lo haya hecho, es que no he perdido la compasión ni la magnanimidad.

La prueba inmediata fue más severa: hasta una calle y una casa apartadas, por el norte, de la piña.

Indagué.

El señor Soledo, su esposa misia Lucrecia, un mulato y una esclava, Tora de apelativo, partieron con destino al Brasil entre cuatro y cinco semanas antes.

Ése era el inventario, con una sola y única mujer blanca.

Mi cuerpo agotado soportó peor el retorno.

Demoré más de lo que podía tener tranquilos a Emilia y Manuel.

Yo me sostenía en los barrotes de una ventana, por darme descanso antes de otro trecho de marcha, y vi venir a Manuel, seguramente echado a las calles por buscarme. No intenté seguir caminando. Él me ayudaría.

Era, aún, mi secretario. Sentí deseos de instarlo con ademanes a que se apresurara. Yo necesitaba saber si él había guardado para mí algún mensaje de Marta.

AÑO 1799

Vicuña Porto era como el río, pues con las lluvias crecía.

Cuando las aguas del cielo tórrido se derramaban sobre la tierra, se hinchaba la lengua larga de la corriente, mientras Vicuña Porto escapaba de aquellos suelos asiduamente mojados.

Entonces, si una vaca se perdía, culpa se echaba al río, el lamedor de la gula incesante, y si un mercader moría, en la cama destripado, ya esa culpa era de Porto.

Con cada año —e iban dos— Vicuña Porto aumentaba: era un hombre numeroso y la ciudad le temía.

Temerosa vivía de él, mas sin alzar el garrote, hasta que vino el incendio y tomó una cuadra y dos y tres, y cada cual escuchaba abrasarse aquellos palos tal y como si fueran huesos.

La ciudad se decidió y quiso cazar a Vicuña.

Pero unos decían que era el tiempo de su llegada y otros el tiempo de su partida, y nadie podía decir si estaba o no en la ciudad; se dio inútil batida en ella y luego se puso en pie una columna de guerra, contra Vicuña y su gente, para alcanzarlo en su guarida y para alcanzar su muerte.

Pedí plaza en la legión.

Nadie sabía por qué.

Nadie vio nunca a Vicuña, ni sospechaba su traza. El nombre era de él y nadie se lo había dado.

Vicuña... y un tiempo ido. Vicuña... y el corregidor. ¡Yo conocía su nombre y conocía su cara!

35

El gobernador me tomaba una mano con las suyas y no cesaba de despedirme, incrédulo de mi partida hacia el norte, tan contraria a la anhelada de siempre.

Me dijo, por fin, con la solemnidad del cargo en las mejillas, que «Su Majestad celebraría este retorno a las armas y más el triunfo, que sabría compensar».

Ésta era la promesa necesaria, coincidente con la evidencia de que una arriesgada empresa de armas, en bien del sosiego de la población, me pondría en la mano del monarca, para que él me colocase donde a mí mejor me acomodara.

El triunfo sería una ronda, dada con séquito. Vicuña Porto no podría disimularse como hacendado, colono o peón de yerbal. Donde diésemos con él, yo sabría reconocerlo.

Había atendido a mi servicio, en la época del corregimiento. Desleal, alzó indios, promovió rapiña y nunca se dejó apresar, hasta extinguirse el ruido de sus correrías, por otros rumbos que tomó y pacificaron las tierras a mi cuidado.

El jefe del regimiento no me otorgó mando. Me dijo que tendría yo entera autoridad, pero el pelotón llevaría a su frente a un oficial del servicio activo y de las propias tropas.

Era un desdén, el del jefe, embozado de respeto. Una cautela, me dijo, por darme seguridad y un mínimo de cuidados, puesto que los soldados, en campo crudo, se volvían ariscos y remolones.

Del cuartel partimos los dos, el oficial, capitán Parrilla, y yo, con mínima escolta. El grueso, de veinticinco hombres, había marchado adelante, más de mañana, por lo mucho de las caballerías, diez caballos de recambio por cada uno, y del ganado vacuno para alimentación.

No hubo pues revista ni gala alguna, que yo hubiese apetecido, tal vez por que me viese mi Diego.

Una vaca indócil de larguísimos cuernos gastaba sus fuerzas por escapar del hato y cuatro soldados fingían ser impotentes para reducirla, buscando ocasión de dar rienda a los caballos y salir del ritmo quedo de la marcha.

Nos acogieron, pues, el polvo y un parcial desorden.

Pasamos adelante. Parrilla malhumorado.

Me volví en la silla. Quería advertir a la ciudad que regresaría a ella sólo de paso. Una cabeza, la de Vicuña Porto, me franquearía ese mejor destino que no me depararon méritos civiles, intermediarios ni súplicas.

Pero entre nosotros y la ciudad estaban de por medio los soldados y las bestias. Nada más me quedaba, como posibilidad, que mirar adelante.

Adelante, entonces.

36

Después del terreno llano, último límite de las cabalgatas menores que realizaba la gente de la ciudad, comenzaba el bosque, que orillamos.

El sol nos daba en la cabeza con sus teas. El bosque parecía liviano, acogedor y fresco, pero quedaba allí, al costado, al margen de nosotros o nosotros al margen de él.

Después, parecía seguirnos; no cesaba de fluir a nuestro lado.

Me adormecía, me amodorraba, e Hipólito Parrilla era hombre de no hablar, según su conducta hasta ese punto.

No era así. Mientras no estuviéramos cerca de la laguna dulce, procuraba no darse sed, con la charla y el polvo que se introduce en la boca abierta.

Allí nos hizo beber. Primero los hombres, después los caballos, más luego las vacas, en orden de importancia impuesta por los primeros.

No permitió mate ni asado. Exigía rendimiento en la marcha mientras estuviésemos con las fuerzas sin gastar.

Los soldados mascaban charqui molido. Yo no quise hacerlo, tan pronto.

El capitán era muy desparejo de carácter.

De día mantuvo el rigor tan extremo que no fue posible tomar el menor confortativo cocido. Al anochecer nos instalamos en las ruinas de Pitun, donde se hizo asado que él y yo tuvimos en fogón aparte, atendido por uno de los hombres. Con el estómago notoriamente abultado, se puso alegre, y como yo no podía seguirlo en su humor, pues me envolvía el sueño, se sumó a la rueda de tropa.

Cantó con los soldados y autorizó el aguardiente.

De mañana, cuando sonó el clarín, si se miraba en derredor, resultaba notoria la merma de hombres.

Fueron buscados.

Yacían en las zanjales que los curas hicieron, un siglo atrás, para impedir que los indios se fugaran a los bosques.

Parrilla ordenó azotes para todos los ebrios. Pero eran menos los sobrios, de modo que el castigo fue leve y corto para cada uno, a fin de no postergar en demasía la marcha.

También esta vez me aparté de los soldados, por no presenciar un fustigamiento tedioso y notoriamente injusto, ya que constituía castigo por lo que el propio jefe había autorizado.

Antes de entrar a Ypané, Parrilla se puso de pie sobre su caballo, al estilo indígena, y arengó a la tropa, advirtiéndole que si en ese pueblo se repetían los desarreglos los azotes iban a ser, ya no en las espaldas, sino más abajo, para que la cabalgata fuese una tortura.

Pensé que más hubiera convenido un discurso dirigido a imponer a los soldados del plan de la expedición, pues, me pareció, ninguno lo sabía de fijo.

Yo me sentía muy desacomodado. Parrilla, que pudo ser mi camarada, hasta cierto punto mi igual, no se interesaba por mí y era un individuo desconocedor de lo que deseaba, hosco unas veces, expansivo otras, y siempre con exceso. Con la tropa comulgada yo tan poco que nada hice por cruzar la mirada con uno solo de los soldados. No atendía a ellos, excepto a cuatro o cinco que se pusieron ante mis ojos

sin que los buscara yo: el asistente, el cuidador de mis caballos y algunos más.

En Ypané, Parrilla se obstinó en una injustificada desconfianza. Resultaba notorio que Vicuña Porto no podía hallar refugio en pueblo tan escaso de dimensiones, tan pobre y pacífico.

Insatisfecho con el informe del cura y el administrador, que adujeron saber de oídas de la existencia de tal bandido, pero que nunca lo habían visto ni él les hizo víctimas de fechorías, Parrilla dispuso que se reuniera la población de blancos e indígenas ante la iglesia.

Ordenó traer también a los que trabajaban las tierras, y allá fuimos, en piquetes de cinco hombres, por diferentes rumbos.

Era tiempo de siembra de no sé qué. Los indios abrían sólo la flor del terreno, con blancos huesos de vaca o de caballo, porque no disponían de instrumento más adelantado, ni creo que lo conociesen. Otros, atrás, sembraban y unos terceros, que les seguían por los casi imperceptibles surcos, iban cubriendo la simiente, asimismo sirviéndose de precarias herramientas.

Pero antes de que llegaran estos últimos, se abalanzaban sobre la tierra los pájaros, en disputa con los hombres, y les robaban las semillas. De cada cinco quedaban tres. Yo veía esas tres comidas por los insectos y los gusanos, que vendrían luego de que pasaran los chacareros y las aves voraces.

Le pregunté por el rendimiento de las cosechas —su pan— a uno de los indios que arreábamos. No me entendió.

No era necesaria la respuesta.

Años atrás me la había dado Ventura Prieto, aunque nunca me habló de eso.

37

Por la tarde entramos a la región de los indios mbayas.

En consecuencia, cesamos de ser vanguardia del pelotón. Parrilla mandó adelante a un baquiano, solo, según costumbre, para que no fuera distraído por conversación alguna.

Yo estaba sediento y con la boca como llena de fariña.

La vegetación denunciaba un estero.

Creí que Parrilla daría orden de desconcentrarse para beber; muy al revés, al observar que algunos de los caballos de muda intentaban zafarse del montón por mojar la boca, dispuso que se les contuviera.

Condescendió a explicarme:

—Pueden ser aguas insalubres.

Un argumento persuasivo, para quien no fuese yo, porque ya me estaba dando el recelo de que el capitán imponía mayores sacrificios de los necesarios, con el fin de moler mi resistencia, sólo por eso.

Vino entonces mi provocación.

Le pedí el frasco de aguardiente. Yo no me había provisto de uno.

Bebí dos tragos, sin devolvérselo. Otros dos, cuatro. Dos más, cuatro, cinco, seis.

Después me picaba el cuero cabelludo y yo, locuaz con el capitán que me observaba molesto, le decía que era por el sol.

Le pregunté si su familia tenía blasones. Me contestó que sí. Le dije que en el escudo de la mía figuran el árbol y la torre. Nada comentó. Entonces quise saber si en el escudo de los Parrilla figuraba el utensilio de cocina de ese nombre.

Parrilla estalló en un fustazo en la grupa de mi caballo. El caballo, alcanzado como yo de improviso, dio dos corcovos fuertes y al segundo me botó por tierra.

Parrilla desmontó y vino antes de que yo terminara de alzarme. La cabeza me ardía, de aguardiente, de rabia.

Me tomó de los hombros ayudándome en el impulso por levantarme y yo al hacerlo manoteaba por darle en la cara y él me dijo con un tono sincero y vehemente: «¿No puede un hombre inflarse y errar, arrepentirse y ser perdonado?».

Detrás de nosotros, a unas cien varas, trotaban los caballos de muda. Los soldados venían a continuación de los caballos de muda.

No podían saber qué había ocurrido.

Tal vez creerían que se trataba de un accidente, un mal paso, una ofuscación repentina del bruto que yo montaba.

Se puede, sí, se puede, cabalgar al trote, un jinete junto al otro, sin mirarse entrambos el rostro.

38

El Sol en el último cuarto de ciclo, se suspendió la marcha.

Nuestro cobijo nocturno serían los pastos.

Ayudé a pisar el terreno y esa fue la primera vez, en el curso de la marcha, que me mezclé con los soldados.

Estaba desabrido, disgustado. Pretendía hallarme muy lúcido, cuando en verdad el embotamiento me hacía ver como flotantes a los hombres que se cruzaban conmigo en el ir y venir de la tarea.

Durante esa limpieza, la víbora, si no muere aplastada por el caballo o no consigue escapar, se defiende atacando.

No quiso morder abajo, ni en la cuartilla ni en la caña. Trepó por la pata del animal y pude darle cuando iba por la rodilla y aun más arriba, porque se enderezaba a morderle el pecho.

Pero de nada tuve conciencia hasta sentir los corcovos y verme en riesgo de sufrir otra afrentosa rodada.

Se me escaparon las riendas y me prendí de las crines.

El caballo, mordido, se tendía en galope y la víbora había perdido apoyo y quedaba colgando del pecho, prendida por el diente. Chicoteaba su cuerpo largo sobre las costillas de la víctima y era el peligro —estimulante de mi pavor— que se soltara y, viboreando un segundo en el aire, fuera a enroscarse en mi pierna.

El cuadrúpedo tropezó, rodé por encima de su cabeza y acudieron a auxiliarme.

A Parrilla y a mí nos armaron un rancho de paja, porque amenazaba lluvia, constriñéndonos de tal modo a un indeseado acercamiento mayor.

Por mis necesidades, antes de dormir, me interné en lo oscuro.

Me siguieron un momento los perros, que montaban guardia, olfato alerta para descubrir, por el tufo, la proximidad de las fieras. Después de olerme, me dejaron avanzar. Reconocimiento cumplido. Mi olor sería el santo y seña para el regreso.

Estaba en situación algo incómoda para valerme, cuando escuché el quebrarse del pasto seco a mis espaldas.

Pasos.

Una humedad en mis sienes.

Pasos, pesados, como de bestia de bulto.

Me clavaba, sin embargo, reduciéndome a la indefensión, la sensación del extravagante trance, que, me decía, superaré en un segundo, con que se retarde un instante, porque si huyo así, me verán llegar de un modo que... Y los perros detrás y...

Pero ya no podía huir.

Me volví y el tiempo de girar la cabeza me bastó para saber que no era la pisada de una fiera, porque le faltaba cautela.

Un hombre.

Un hombre tranquilo.

Me dijo, como si su ocurrencia fuera jocosa:

—Todo el campo para nosotros dos y hemos dado en elegir el mismo sitio.

Cuando era tiempo de que regresáramos, me pidió que no lo hiciéramos todavía.

Me dijo:

—Señor doctor, no hay luna, llamaremos la atención si damos lumbre con un yesquero. Mi rostro, en este momento, no es visible. Conviene pues que diga mi nombre.

Yo esperaba ese nombre y ya lo sabía:

—Vicuña Porto.

No reaccioné. Adivinaba un puñal en sus manos.

Era él, si él decía serlo, exponiendo con ello la vida. Además, su voz me trajo la presencia de mi mesa, mi despacho, mi caballo, mi espada, mis faenas en otra tierra. No era irrazonable que estuviera allí, si justamente lo buscábamos por esos lugares. Pero no entendía cómo pudo acercarse sin ser visto y menos de qué modo logró identificarme en medio de la cerrazón nocturna.

Como él se había descubierto, sin duda aguardaba ver cómo procedía yo y yo no acertaba más que a tener algún golpe traicionero mientras me corría de admiración por mi singular destino de ser el que cayese en sus manos.

Puesto que yo no hablaba, él, entonces, me acució:

—¿Ocurre acaso que no me conoce el señor doctor, que no conoce a Vicuña Porto?

Me apresuré a decir que sí, porque mediaba el tono de su pregunta entre la burla y la advertencia.

Y como dije que sí, él comentó, como si lo sintiera:

—¡Me conoce, vaya! ¡Qué lamentable es esto!

Presentí que me echaba las últimas palabras, antes de inmolarme.

Me tiré atrás, de un salto, por escapar, no por sacar arma. Pero me dio el raro presentimiento de que así me entregaba a mi victimario: alguien a mi zaga, con un cuchillo, presto a degollarme. La queja de Porto debía de ser una orden para el otro...

Fue por eso que, apenas reulé, reboté adelante, y esta maniobra pareció a Porto ataque. Tiró el pie a mi paso, caí de boca y se me volcó encima, apresándome con las piernas mientras me ponía una punta afilada en la nuca.

Clamé:

—Piedad.

—Desármate —me ordenó.

Le dije dónde tenía el cuchillo.

Como lo encontró donde yo le había indicado, en la bota, pareció comprender que no tuve el propósito de atacarlo: aflojó la presión de las piernas y no sentí más que la agudeza del metal clavada en la nuca.

Pero no abandonó su posición de jinete y me daba trompazos en la cabeza, diciéndome al mismo tiempo: «No me conoces, no me conoces... Su merced no me conoce».

Se sacó la gana de golpearme. Se alzó.

Quedé, derrumbado, en el suelo de pasto.

Lo sabía arriba, de pie, vigilando mis movimientos.

Al cabo de un tiempo, nos apaciguamos los dos.

Como por respirar, quizá por probarme, dio un rodeo, sin perderme de vista.

Miré hacia el fogón. Estaba lejos. Si intentaba huir, Vicuña Porto me alcanzaría, puñal en mano.

Al mirar vi que en el campamento, alguien se erguía junto al fuego. Una figura negra y estática contra la lumbre.

Luego desapareció.

Reapareció, rodeada de canes, justamente como si supiera dónde podía encontrarme.

Vicuña Porto se acercó de un salto, advirtiéndome nuevamente: «No me conoces, eh. No me conoces».

Pero no se fue. Permaneció a mi lado.

Ordenó que me levantara y camináramos al encuentro del que venía.

Admiré su temeridad. Pensé que enfrentaría al soldado para darle muerte. No se me ocurrió qué podría hacer después conmigo.

Marchábamos a la par.

Los perros adelantaban.

El soldado lanzó el llamado de prevención:

—¡Señor don Diegoooo!...

Vicuña Porto respondió por mí:

—Ahí vamos, yaaaa...

Vicuña Porto era uno de los soldados de la legión a la caza de Vicuña Porto.

39

Gasté parte de la noche en tramar el medio de denunciarlo sin ponerme en peligro.

Inventé muchos, que se me antojaban fáciles y nada riesgosos apenas subían a la superficie de mi pensamiento, pero en seguida dejaban saber sus inconvenientes.

De mañana, mi primera ansiedad fue ver a Vicuña Porto, por si en la noche nos había dejado, eximiéndome de tal manera del peso del encubrimiento y de su permanente amenaza.

Estaba ahí, indistinto entre los demás, casi manso, podría decir, cuando descubrió que tenía encima mi mirada.

No quise exponerme por imprudente y me aparté.

Durante los aprestos, escudriñé atentamente semblante y traza de los demás, por si algo revelaba la existencia de secuaces del temido. Podían serlo todos, tal vez ninguno. Todos eran parejamente rudos, sucios, recios, vigorosos, sanos. Yo había tardado dos días en saber sus características más visibles y en toparme con sus caras.

Hipólito Parrilla, mate en mano, que seguía chupando aun después de haberlo secado, se desfogaba en órdenes superfluas, ya que cada uno estaba perfectamente al tanto de su misión de rutina y la cumplía, sin prisa, eso sí, pero tampoco con mayor apuro porque el jefe lo mandara.

Recién amanecido, el capitán ya no se tenía de excitación. Lo fastidiaba la perspectiva de internarse en dominio de indios armados, aunque en teoría ellos fuesen vecinos amistosos de los españoles.

De verlo tan excedido de enojo, me entró el sabor de mi secreto: yo, el que sufrí resignadamente la afrenta de su ira, era el único enterado de que Vicuña Porto galopaba en pos de su perseguidor.

Venganza. Regocijo.

Podía callar dos, cuatro, ocho días más sin penar por mis flaquezas.

Contaba con la disculpa, valedera ante mí mismo, de que difería la denuncia por cobrarme la mano que Parrilla me puso encima, burlándome, calladamente, de sus esfuerzos, que lo llevaban, sin razón, más allá, cada vez más allá.

40

Hacia el este, la tierra derivaba en insensibles lomas, que, en gradual crecimiento, a la distancia tomaban el azul aéreo de las sierras.

Al oeste, a veces ante nosotros, progresaba el pajonal, alto, suficiente para encubrir a un hombre en toda su estatura.

Fue indispensable destacar tres vigías, que marchaban distanciados entre sí quinientos pasos y a unas trescientas varas delante de nosotros.

En cierto momento vi retardarse a uno de ellos. Caracoleó su caballo y él dio con el brazo la señal de alarma.

Rápido apresto a la voz del jefe, que serpenteó velozmente alrededor de la tropa.

Antes de que Parrilla hubiera terminado de revistar a su gente, el vigía cambiaba la alarma por aviso de temor infundado.

Nos acercamos, al galope corto.

Del pajonal habían salido dos indios altos, bien formados, sin cejas, con una raya de pintura azul que les marcaba la frente y bajaba por la nariz. Cada uno llevaba su lanza.

El baquiano nos explicó que en sus manos no pasaba de ser arma inofensiva.

Eran indios guanaes y de consiguiente pacíficos. Usaban la lanza a fin de cazar venados y avestruces y defenderse de las fieras. Para cazar precisaban cabalgadura. Iban a sumarse a la población mbaya con el objeto de disponer de caballos.

Se agregaron, pues, a nuestra tropa.

En una loma apacible, la toltería procreaba la silueta reiterada de sus unidades. Por su altura, conquistaban un fondo de nubes finas y alargadas que el sol, declinante, hacía suavemente rojas.

Los indios sirvieron de emisarios, enviados por Parrilla.

Regresaron abriendo y cerrando los brazos en el aire. Los toldos, querían decir, se hallaban vacíos.

No les creí. Parrilla tampoco.

En previsión de una celada, se adelantó un piquete con las armas dispuestas. Al volver confirmó la observación.

Los guanaes palparon las cenizas junto a las viviendas y dijeron que habían sido abandonadas poco tiempo antes. En consecuencia, sentenciaron, los mbayas tenían una fiesta, más hacia el lado del sol, o se apostaban en algún sitio escondido, aguardándonos o temiendo una represalia de los indios caaguaes, sus enemigos.

Parrilla ordenó formación de combate y tuve conciencia de su aturdimiento porque, con tanta caballería de recambio y ganado vacuno entre nosotros, ningún ordenamiento era posible. Además, porque avanzar con la noche prevenida para arrollarnos en menos de una legua representaba peligro cierto de entregarnos en confusión al cerco de los indígenas.

Yo lo entendía de esa manera, pero no discutí la orden, más que por incapacidad de resistirla, porque la aventura presentaba una nueva dimensión.

Desde la partida y el impulso de revalidar títulos merced a una hazaña, no había aprobado mi conducta, ni disfrutado de hacerlo, como en aquel momento.

Creo que no pensé que podía morir.

Pensaba en la lucha.

Dejamos a retaguardia la toltería y en más de media hora de marcha cautelosa

nada de alarmante distinguí ni, al parecer, observaron nuestros vigías.

El avance se había ido produciendo por una insensible cuesta. Al llegar al lomo, los vigías de detuvieron.

Paró nuestra columna.

Ellos no avanzaban ni nos pasaban noticias.

Parrilla arrancó, en un ímpetu, y yo no acepté quedar postergado.

Llegamos y miré lo que en silencio miraban los vigías.

Abajo, como a media legua, otra agrupación de toldos, con el signo vital del fuego en hogueras caudalosas y esa inestabilidad de las figuras que en torno indicaba cuerpos en movimiento. Pero no los que forman el número de una tribu, sino muchedumbre.

Parrilla ordenó reanudar la marcha.

Tomamos francamente el declive.

Se había evadido la ilusión de la lucha. Para mí.

Para el capitán Parrilla, tal vez, no. Puede creerse que siguió alucinado por el fantasma de la batalla. Olvidó mudar la orden de formación de combate y, aunque ésta fuese puramente quimérica, importaba una exhibición de armas que resultó mortal. Yo tampoco lo noté.

Creo que la noche, puesta a favor de los indígenas, se descargó en pocos momentos.

Sólo se veían, a distancia, las móviles llamaradas de los fogones.

El ulular nos golpeó de repente.

Un rato antes yo había enganchado el trabuco en bandolera y no acerté a recordarlo.

Estaba desarmado cuando percibí que los alaridos se volvían una masa próxima, flotante y continua, como una cinta en derredor de nuestro grupo.

Nada percibí entre los nuestros, ningún sonido.

Todo venía de afuera.

Pero el cuerpo múltiple que formábamos con soldados, caballos y vacas tendió a reventar y yo, que estaba en un extremo, me sentía impulsado a ese muro envolvente y atronador.

Cesó.

Los indios se retiraron.

Entonces fue el tiempo de escuchar los gritos de dolor, las llamadas de socorro revueltas con los relinchos y mugidos que exhalaban las pobres bestias espantadas o heridas tapando por momentos las voces humanas.

Los indígenas se habían replegado, presumí yo, preparando otra embestida.

Los dos guanaes los conocían mejor. Se ofrecieron a pasar a las líneas enemigas para explicar que no llevábamos propósitos bélicos.

Parrilla, por una vez, no se sintió suficiente para resolverlo todo. Yo estaba a su lado. Me consultó. Dijo que deseaba castigar a los indígenas. Le hice notar que no sabíamos cuántos eran nuestros atacantes y desconocíamos el terreno que ellos mostraban tener de aliado.

Parrilla aceptó mi opinión.

Quizás era también la suya, pero precisaba quien tomase, siquiera en parte, la responsabilidad de la claudicación.

Los guanaes regresaron con un emisario mbaya.

Se aceptaban nuestras explicaciones, se lamentaba la sangre española perdida y se nos invitaba a participar de su fiesta, una celebración de victoria guerrera obtenida a expensas de los monteses.

Parrilla les hizo decir que nos honraba el convite, pero que no podríamos aceptarlo porque debíamos atender a nuestros heridos.

Partieron el mbaya y los guanaes.

Mientras se cumplía la negociación no era posible un reconocimiento ni encender fuego.

Teníamos que permanecer en guardia.

Los lamentos me golpeaban el rostro.

Pensé en las lanzas. Una de ellas que viniera a mí en la oscuridad, me diera en el estómago y yo pudiese tomarla con las manos, sabiéndola agente de mi muerte irremediable. Pero no en la frente. No en la boca. No en los ojos.

Los negociadores regresaron con un hacha encendida.

El cacique Nalepelegrá exigía que, al extinguirse la tea, estuviésemos con él en la fiesta todos los sobrevivientes ilesos y los heridos en condiciones de montar a caballo. Era un mandato de vencedor.

Enterado de que presumiblemente algunos de nuestros hombres estaban muertos, nos hacía saber que, por la larga amistad de mbayas y españoles, no les arrancarían la cabellera. En la mañana podríamos enterrar sus cuerpos enteros. Ellos se lamentarían con nosotros de la muerte de nuestros compañeros de armas y una hija del cacique, en señal de duelo, permanecería encerrada en su toldo tres días, con espigas de pescado clavadas en los brazos.

La tea era de cortas dimensiones. Se hizo necesario apurar.

Tres muertos. Los heridos, cinco, dos de ellos con la crueldad de la lanza, tres quebrados por los pisotones de las bestias espantadas.

Vicuña Porto mantenía su total salud y energía.

No era una fiesta, sino pelea.

Pero como una batalla pensada y ritual.

Llegamos a los toldos sin anunciarnos ni ser recibidos de manera especial.

Nos incorporamos a los espectadores: niños, mujeres, ancianos, sentados en el suelo sin mostrar inquietud, pasión ni compasión.

Procuré discernir esa función bárbara. Los indios se golpeaban unos a otros, en batalla de puñetazos que no eximía al parecer, a ningún mayor ni adolescente.

De momento no pude creer en la eficacia de los golpes: no admitía mi entendimiento que, en cuanto nos hubieron batido, se produjo entre ellos la discordia. Pero vi narices sangrantes, labios partidos, ojos estropeados. Uno de ellos se detuvo, terminó de aflojar un diente, lo arrojó al suelo y buscó adversario, con el que en seguida estaba nuevamente en pérdida.

Más allá, las cuatro hogueras. Entre ellas, un sitio en claro.

Algo se amontonaba en ese lugar. Me distraje de la contienda mirando con detenimiento.

Cabezas con el cuello destrozado, cueros cabelludos con los pelos asentados por los coágulos de sangre, miembros recientemente seccionados. Los trofeos.

Mientras, la riña había quedado en suspenso, aunque todavía encendida en algunos sectores. Cierta número de indígenas procuró apaciguar a los bravos que sostenían la acción. Éstos los agredieron. Me pareció que otra vez se generalizaría la pelea. Pero no.

Entonces se acercó un indio muy sucio por la tierra y el sudor de la lucha.

Nos dijo que esa parte de la fiesta había terminado y era tiempo de beber.

Dijo su nombre, Nalepelegrá, y dijo que deseaba conocer el nuestro.

Parrilla dijo «Capitán Hipólito Parrilla», poniéndose rígido, como en actitud de saludo ante un superior, aunque sin saludar y por consiguiente mostrándonos que no se humillaba. Nalepelegrá le tocó las mejillas con las palmas abiertas.

Di un paso adelante. Nalepelegrá reparó en mí. Se acercó. Dije mi nombre sin añadir títulos, sin forzar la posición de cuerpo. El cacique pasó los dedos por mi barba. Tenían un olor fuerte, que me quedó pegado.

Creí que entonces repartiría la bebida. Pero no aún.

Se mantenía a la espera. Yo no sabía de qué.

Parrilla me miró, buscando ayuda, por si de nosotros dependía la situación.

Nalepelegrá pateó el suelo. En un instante se convirtió en un caballo. Piafaba.

Mis carnes se sintieron martirizadas por el terror; pero no podía, no debía moverme.

Vicuña Porto, sin pedir autorización a su capitán, se adelantó ante el cacique, tocándole la frente con la mano izquierda.

Nalepelegrá se aplacó.

Vicuña Porto dijo «Gaspar Toledo», su nombre en la milicia, y el jefe de los indios levantó la mano a sus barbas.

Entendimos.

La ceremonia se repitió con los restantes soldados.

Después bebimos chicha de miel.

Mucha.

Yo necesitaba matar la sed y dormir pesada, bestialmente.

El Sol era un perro de lengua caliente y seca que me lamía, me lamía, hasta despertarme.

El perro había mostrado conmigo la mayor fidelidad, despertándome el primero de todos. Quedaban por el suelo, para su lengua, muchos durmientes.

Indios, soldados, el capitán...

Me alcé hasta sentarme. Contraí las piernas y dándoles firmeza asidas con los brazos, volqué sobre las rodillas la cabeza, que no aceptaba mantenerse erguida.

Pero funcionaba.

Me hizo presente que la caballada estaba dispersa y sería agotador reunirla. Que las vacas habrían huido a los bosques y las que no, estarían en poder de los indios, tal vez carneadas.

Que habían sido carneados tres de los nuestros.

Quise dolerme. No pude.

No sabía cuáles eran. No los conocía. Los vi mal, de noche.

Consideré que tendríamos que darles sepultura.

Quedarían allí, al pie del cerro, con una cruz y una piedra encima.

El viento voltearía la cruz.

Alguien, después, sacaría la piedra.

Tierra lisa.

Nadie.

Nada.

Me sacudí, sin moverme.

No podía ser. Eso no podía ser para mí.

Era preciso regresar, no exponerse más.

Abandonar la búsqueda.

Parrilla no se avendría a hacerlo, injuriado su honor militar por los indios y sin haber apresado a Vicuña Porto, sin haber oído un rastro de él.

Vicuña Porto.

Denunciarlo. Volver.

Levanté la cabeza, apenas, para que los ojos buscaran.

No estaba entre los tumbados.

Parrilla dormía. De espaldas, abierta la boca, torcida la cabeza.

Despertarlo. Decirle. Llamar, los dos, a los seis, ocho, soldados dormidos, los más próximos, e ir por él.

Si.

Debía hacerlo. Llamar a Parrilla, decirle...

Pensaba todas las acciones, pero no conseguía moverme.

Tenía rodeadas las piernas con los brazos, el cuerpo como embalado. Para que lo transportaran, no para desplazarme. Hubiera sido terrible que alguien me exigiera que lo hiciese poner de pie, al cuerpo.

Apareció un soldado, no sé por dónde. Otro, un tercero, que era Vicuña.

Miraban, tal vez por ver cuándo se enderezaba el jefe.

Puse la frente sobre las rodillas.

Dormir... Dormir...

41

Nalepelegrá nos quitó las vacas diciéndonos que pagaría por ellas más de su valor. Este pago fue decirnos que las vacas fugitivas de todas las haciendas del norte se refugiaban en los bosques de y-cipó.

Nos aconsejó sacarlas, hacer un gran rodeo, llevarlo a nuestra tierra y abandonar la búsqueda del hombre blanco, porque, dijo, todos los hombres blancos son igualmente malvados, menos el capitán Parrilla, yo y cada uno de nuestros soldados, a los que mencionó por sus nombres o algunos aproximados. Se envanecía de haberlos aprendido.

Carecíamos de carne fresca.

Un día comimos charqui.

Otro, pescamos. Logré un *manguruyú* quizá de cinco arrobas.

Por acercarnos al agua, descuidábamos los bosques, nos hundíamos en pajonales y de tal modo perdíamos de vista las poblaciones indias, donde, recordó Parrilla, podía estar amparado Porto.

Vivíamos en cohesión. Parrilla se apegaba mucho a Vicuña porque lo vio conocedor del carácter indígena al conformar al cacique.

Éramos menos, escaso también el arreo de caballos de muda.

Estaba decidido a denunciarlo, sin hallarme resuelto a hacerlo en ocasión precisa, pues ninguna, imaginada en detalle, alcanzaba a taparme lo suficiente y yo aguardaba que se diese de un modo real con todas las circunstancias viables.

La meta, al principio incierta sobre el último límite de las tierras de indios catequizados, se había extendido por el dominio de los mbayas y nos llevaba ya hacia el país nororiental de los guanaes. Parecía correrse, ser un objetivo móvil, y así era en verdad, puesto que iba con nosotros. ¿Por qué? ¿Para qué?... Yo desconocía las motivaciones de Parrilla y nunca me atreví a entablar con él una plática que, tal vez, me hubiese dado indicio, tal vez mayor violencia y malestar.

Sin embargo, podría olvidarme de Vicuña y verlo soldado, Gaspar Toledo. Él, sin esfuerzo, se parecía extraordinariamente a como pudo ser un Gaspar Toledo cualquiera, soldado de Indias.

Entonces, pensando que él se hallaba entre nosotros y nosotros padecíamos necesidades, fatigas, tropiezos y muertes por encontrarlo, se me ocurrió que era como buscar la libertad, que no está *allá*, sino en *cada cual*.

Quizá Parrilla había postergado la persecución de Vicuña hasta componer nuestra provisión de víveres, preparando charqui o bien carne salada, porque sal gruesa poseíamos aún en cantidad.

Nos desviamos del rumbo norte sin que explicara por qué. Pero lo entendíamos.

No fue sin suerte, si es que perseguía el bosque de *y-cipó*.

Para que las vacas salgan, se quema el bosque. Nalepelegrá dijo que no lo quemáramos y Parrilla estaba extrañamente influido por Nalepelegrá.

Se me antojó que era una vegetación excesivamente cerrada para que las vacas pudiesen penetrarla. Parrilla opinó que podían entrar por donde nosotros no sabíamos. Le dije entonces que buscáramos esa entrada o parte menos espesa.

Gastamos el resto del día.

Justo al fuego, en la noche, los ojos de Parrilla eran una recriminación y un insulto para mí. No me importaba: yo tenía razones superiores por qué vivir, no meramente las de honor.

Nos levantamos de madrugada a la orden de horadar el bosque.

No todos poseíamos hacha. Quienes no, trabajamos con el cuchillo.

Corté bejucos, que parecían poderosas sogas con que estuvieran atados los árboles entre sí.

No era necesario abatir árboles porque si alguno se interponía en la brecha al eliminar las enredaderas que lo ligaban a sus vecinos caía con el impulso de nuestros

brazos. Era suelo *suzú*, fofo, y las plantas apenas arraigaban.

Entramos no sé cuántas varas. Se perdía la luz que al principio recibíamos de afuera, a la altura de nuestros cortes. Yo la buscaba arriba y había otras palmas sobre la horqueta de los árboles que nacían del suelo. Palmas *pindó* y plantas desconocidas, helechos, flores, formaban otro bosque, aéreo, a veces tan denso como el que perforábamos.

Yo veía nuestra situación como la de quien quisiera penetrar en el dibujo de un bosque sobre el cual se ha hecho el dibujo de otro bosque, y a mayor altura, pero ligado al primero, el dibujo de un tercer bosque confundido con un cuarto bosque.

Vicuña Porto macheteó una vez a mi lado. Muy mudo, sudoroso y afanado.

Golpeó un bejuco, el mismo que trabajaba yo a poca distancia; el hacha resbaló y los dos metales, cuchillo y hacha, chocaron.

Pensé que era una provocación, y no.

Huraño, con esfuerzo, me dijo que fue una torpeza de su brazo y que lo dispensara.

Se alejó.

Otro día, el inmediatamente posterior, me buscó y se puso a mi lado. Cortábamos con desnudo, como por mostrar el uno al otro que no le importaba más que abrir el bosque.

Me agoté y, resollando fuerte, interrumpí.

Él también.

Entonces me dijo:

—Tengo mis pecados, pero no todos los que achacan a Vicuña Porto. No existe el Vicuña Porto que dicen. Ni lo soy yo ni lo es nadie. Es un nombre. Y el mío es Gaspar Toledo. Soy Gaspar Toledo, un año largo llevo siéndolo, y no quiero ser otra cosa.

Se golpeaba el pecho cuando decía que era Gaspar Toledo.

Yo lo escuchaba escuchando todos los ruidos del contorno, por saber si Parrilla llegaba, por hacerlo partícipe sin mi intervención de aquella confesión no pedida.

Estábamos solos, los dos, en un maldito hueco, que habíamos cavado junto a lo largo de la tarde.

Vicuña Porto no habló porque se le saliesen de la boca culpas y protestas de virtud. Buscaba comprometer más mi complicidad por la persuasión, convencíendome de su inocencia.

De modo que en cuanto terminó de hablar y comprendí que nadie nos escuchaba, le dije:

—Lo creo.

Me propuse descubrirlo esa noche.

Acechaba la hora del reposo, para acercarme al oído de Parrilla.

Cuando todos estuvieron echado en los cueros, simulé dormir y realmente me adormecí, sin entregarme plenamente. Era ese gusto del descanso, que el cuerpo adquiere en cuanto la posición y el silencio se hacen propicios.

Estaba fresco el ambiente, amenazador de lluvia, después de dos días de viento sur. Los soldados ya no construían, para mí y el jefe, rancho ni cobertizo alguno.

Me cubría el cielo gris y me arropaba la voluptuosidad del sueño, tentador, que me tomaba y no, aflojaba, volvía, aflojaba, volvía ganancioso cada vez...

Algo fino como un látigo, pero con vida, se introdujo sutilmente por el cuero que me embolsaba.

Culebra.

Sobre mí, arrastrándose de prisa.

La impotencia, el calambre total.

Llegó al estómago, se envolvió en sí misma y allí quedó.

Yo evitaba respirar, por no moverme.

Después me aflojé.

Ella buscaba calor y sabía dónde hallarlo. Yo conocía sus costumbres y entendí que, sin agitarme ni atacarla, no sería mordido.

Si llamaba, quien intentara despojarme de ella la excitaría y mi carne iba a pagar su rabia.

Con los ojos muy abiertos, contemplé el curso de la Luna más de media noche.

El sueño vino como una secreta invasión.

Dormí, creo que unos momentos, y desperté con la muerte en las sienes, consciente de haberme movido involuntariamente.

Ya no había peso sobre mi vientre. Fue la serpiente la que se movió, al abandonar su tibio nido nocturno.

Amanecía.

Me libré de la tiesura, volcándome, feliz, sobre el lado del corazón.

Quise hacer un sueño sin miedos, aunque no fuese más largo que unos minutos.

Me despertó Parrilla.

Reanudábamos la marcha y los hombres habían aprestado ya las caballerías.

La espada del capitán no podía tajar el dibujo.

La noche de tensión y desvelo me puso débil y sumido, más flaco y liviano, creí. Pensaba que al caballo no le debía costar ningún esfuerzo cargarme.

La zona boscosa se prolongaba de una manera pobre, como correspondiendo a mi naturaleza de ese día. Después de la riqueza y la potencia del bosque de *y-cipó*, una pradera quemada por el sol o el fuego establecía la transición a un enfermizo naranjal agrio.

Los perros, hasta entonces dispersos en nuestra vecindad, adelante o atrás, repentinamente se organizaron en cuadrilla, en la que más de tres se esmeraban por hacer punta, y nos abandonaron. Flanquearon un momento el bosque y en seguida se perdieron en él.

Se me antojaron ratas en fuga del barco que se hunde. Si hubiera podido, habría atajado el desbande, porque era como un signo de mi naufragio, tal vez, de nuestro naufragio.

Otra cosa representaba para Parrilla.

Dio el ¡alto! y con cinco hombres a retaguardia se puso en la pista de los perros.

No me contuve y galopé entre la polvareda que el pelotón dejaba. Era como lanzarse por la borda.

Alcancé a Parrilla, vibrante en el esfuerzo por recuperar el terreno que me llevaba de ventaja.

Un sitio despejado, rico de pastos.

Una vaca y su ternero.

Ocho, diez perros al acoso de la madre, y los otros a distancia, lengua afuera, ansiosos, pero contenidos.

Parrilla nos indicó que los dejáramos hacer.

La vaca se defendía con sus cortas pero fuertes coces. Los canes le mordían los garrones y le saltaban hasta los lomos.

El ternero quedó desamparado. El grueso de la jauría, inactivo hasta ese momento, lo arrolló y, desgarrándole el cuello, lo mató. Ésa era su presa.

Sin disputa, los perros nos dejaron la vaca, que uno de los hombres aprisionó con un lazo.

Yo no intervenía en la operación y contemplé el ternero y sus cazadores: un trozo de carne invadido por gusanos famélicos en manojos hirvientes.

Opiné que constituía para ellos demasiado banquete.

Parrilla, tal vez con el mismo pensamiento, aunque más activo, desmontó, látigo

en mano, para dispersarlos.

Se resistían, gruñendo.

Uno, enardecido por el hambre vieja y la sangre caliente de su presa, se volvió metralla de mordiscos en el aire y de un salto derribó a Parrilla.

Cincuenta pasos.

Largué el caballo, por atropellar.

Una limpia hoja de metal se clavaba desde abajo en la panza del perro y revolvía.

De un tirón frené mi bestia.

Parrilla se desembarazaba del cadáver, que le había caído encima inundándolo con el jugo de las venas.

Comprendí que podía entregarle a Vicuña: Parrilla sabía ultimar a los perros.

Me desprendí del caballo. Creo que necesitaba despojarme de todo lo que fuera *la idea*. Caminé al encuentro de Parrilla.

Le dije:

—Capitán, Vicuña Porto está con nosotros.

Cesó de escurrirse la sangre de las ropas. Con una mano se aprisionó la otra, tal vez porque la tenía mordida del perro, tal vez por no pegarme.

Pero me golpeaba con los ojos.

—¿Dónde? ¿Cuál es?

Se lo dije.

—¿Cómo puede?... ¿Cómo puede ser?

Parecía aferrarme de las ropas, por metérseme adentro y saber con certeza, pronto.

—Es. Estuvo a mi servicio, cuando fui corregidor. Es. Me amenazó a los dos días de marcha.

Todo estaba claro. Todo, ya. Me sentí recónditamente limpio.

Parrilla se desligó de mí con una mirada que me mostró que en su pecho no había gratitud.

Montó. Muy de prisa, al pasar, ordenó a los soldados que sacrificaran la vaca.

Atravesó el bosque, y yo detrás. Como si quedara pendiente una respuesta suya y yo la buscara.

Porto estaba salido del pelotón, como expuesto, como predestinado.

Se me ocurrió que Parrilla le volcaba el caballo encima. Pero no. Lo había desviado a tiempo y sin embargo quedaba insinuado el amago.

Creo que le hizo seña de que lo siguiera, y podía creerse que lo tomaba por ser el que más cerca tuvo al precisar un hombre.

Permanecí a distancia, expectante, sin entender su maniobra.

Parrilla pasó ante mí seguido de Vicuña Porto; el capitán había impuesto, con el

ejemplo, el trote rápido, y Porto se amoldaba a él.

Muy luego vi neto el artificio.

El capitán frenó en seco, hizo un caracoleó veloz y, desconcertando a Vicuña, se dio tiempo y maña para sacar la pistola y ponerlo en trance de rendición.

El solapado descubierto espoleó y consideré que ya estábamos derrotados, porque en un instante se convirtió en algo que se proyecta hacia la distancia y sabemos que ya nada lo ataja y ha de quedar fuera de todas nuestras posibilidades.

Un disparo, y el caballo se pronunció en la costalada.

Porto brincó en el aire y cayó de pie, mano al cinto.

Estaba solo en la tierra tensa y desnuda. Desvalido. Más lejos que toda la fuerza de su brazo y la venganza o defensa de su cuchillo.

Reapareció en mi conciencia el capitán. Él, Vicuña y yo formábamos un triángulo. Cada extremo con su rencor.

Supe que todavía yo no podía considerarme seguro.

De igual modo que si la protección o el peligro dependiesen de un factor ajeno, traté de encontrar la tropa, que estaba ahí, perturbada, por salirse del orden como si el orden fuera un corral.

Alguna indicación de Parrilla hubo, no sé.

Se corrieron hasta él cuatro jinetes.

Luego, en dos parejas, avanzaron por dos de los lados del triángulo. Una, hacia donde se hallaba Vicuña; la otra, hacia mí.

43

El insidioso *carachai*, en pandilla, me picaba el cuello, la cara. Cuando la nubecilla buscaba herirme la frente, yo ni podía ver, porque tapaba un profundo espacio, ante mis ojos.

Las manos no me servían ni para la defensa contra el mísero insecto: estaban ligadas por una cuerda a mi espalda. Las extrañaba. Como ausentes, y por sentir las mías con una hacía presión sobre la otra.

Falto de manos, debía sostenerme en el caballo ajustando las piernas a sus costillas.

Quizás en la invisible herida de cada picadura se había depositado un grano de polvo, que me daba un ardor mordiente y vivos sofocones de sangre.

La nariz destilaba levemente y me ensuciaba el bigote. Una mosca se pegó un momento a aquella materia y procuré espantarla con soplidos hacia arriba, pero no se iba. Después la ahuyentaron los jejenes.

Imagué la entrada a la ciudad.

Toda la carne del rostro hinchada. Cochinos de nariz, los bigotes y los labios, y

adheridas a ellos, las moscas, aprovechadoras y ominosas.

Detrás, mis manos, ineptas.

Para las gentes, tan derrotado, repugnante y ruin Vicuña Porto, el bandido, como Zama, su encubridor.

Los vigías dieron la alarma, que para mí estaba presente desde algunos momentos antes.

Un apeñuscamiento de variable forma, remoto y móvil.

Pensé en un ejercito indígena, una jauría de cimarrones famélicos, una manada de animales salvajes...

Pensé que, tal vez, Parrilla me dejaría morir con las manos atadas.

Sin embargo, acudió a mí la esperanza con la apreciación de que, quien fuese que viniera, hombre o bestia, marchaba de sobra en descubierto para merecer que se le presumiera enemigo.

No obstante, si se trataba de nativos en plan de agresión, podían contar ellos con la vecindad de la noche, que apenas mermaba su seguridad en el desplazamiento y para nosotros constituía estorbo y clausura espesa.

El capitán hizo alistar a los hombres y mandó a los vigías que avanzaran tanto como pudieran para ver mejor.

Antes de media hora estaban de vuelta, con la maravilla en el rostro.

Afirmaron que eran indígenas, en número de quinientos o algo más, y que marchaban a pie, en procesión, pero sin cruz ni imagen de santo al frente, quizá sin rezos.

Parrilla preguntó si los guiaba o acompañaba algún fraile.

—No, señor capitán —contestó el principal, y los otros dos vigías dijeron que no con la cabeza.

Es posible que sólo en tal punto reparasen en el desacierto de imaginar una caravana religiosa.

Llegaron vestidos de gris con el crepúsculo.

Parrilla había alineado sus hombres en dos filas pares, quizá calculando construir un doble muro, y esto, claro está, en una batalla de veras pasaría a ser mera fantasía.

Yo y Porto fuimos mandados a la zaga, con custodia, junto a los caballos de recambio.

Mi puesto era deprimente e inhábil para la observación.

Vi acercarse aquello.

Desplegado, podía envolvernos herméticamente.

Antes de superar cierta distancia estrictamente prudente, que de manera alguna autorizaba la carga de los jinetes, cesó el avance.

Por la tierra neutral, se adelantaron unos ocho o diez niños.

Se me ocurrió que llevaban ese aire de decisión y esa confianza en sí mismos y en sus poderes que hacen más inmunes a los diplomáticos.

Pusieron una rodilla en tierra ante el caballo de Parrilla.

Noté que se corría junto a él uno de los baquianos.

Parlamentaban. El capitán del rey y los pequeños indígenas.

Yo no podía saber qué se decían.

Una voz, una sola, se pasaron uno a otro los soldados; pero vino a morir en el tramo en claro entre ellos y nosotros.

Ciegos. Todos los adultos eran ciegos. Los niños, no.

44

Tuvimos campamento en reunión.

Nos aproximó a ellos, más que el acuerdo establecido en parlamento, su hospitalidad, una hospitalidad generosa.

Traían caza de venado de aquel mismo día, y chicha de algarroba. Entregaron todo a nuestra voracidad.

Después, pude estar un rato más con las manos libres, sentado ante un fogón. El hartazgo de Parrilla lo consentía.

Yo pretendía discernir dos campamentos, el nuestro, el que hacían todas las noches los soldados, y otro externo, poblado por esa gente que, sin forzarse, aparecía entremezclada con nosotros y con todo lo que trascendía de nosotros.

Prefería verlos sin compasión.

Eran las víctimas de la ferocidad de una tribu mataguaya. Los habían cegado con cuchillos encendidos al rojo.

Su descendencia, en todo el tiempo pasado desde el atropello, que pude calcular en doce años, no se había interrumpido. Los hijos no nacían ciegos.

Un soldado me apretó la rodilla.

Llamada de atención, tal vez de peligro.

Temí un golpe traicionero de atrás.

Hacia allí me impulsaba a mirar el soldado y en su rostro no advertí recelo, sino avidez, desordenados deseos.

Miré.

Un indio se había echado sobre una india.

Estaban en la zona de luz.

Creí comprender. No veían y habían eliminado de encima de ellos la mirada de los demás.

Otro indio trajo a las brasas su *igtacú-guá*, para caldear agua.

Se acucilló entre nosotros. No hablaba.

Preparó mate.

Pasó la calabaza al acaso, para quien quisiera servirse antes que él. Dijo: «Fuerte», que el mate era fuerte.

Hablaba español. Fue mitayo antes de ser ciego.

Narró otra vez la invasión de los mataguayos. Todos la conocíamos ya.

Le pregunté adónde se encaminaban.

No me contestó. Dirigió a mi voz una sonrisa comprensiva que me decía que yo era muy ingenuo.

Por no mostrar que me cortaba, le pregunté entonces dónde estaban sus ranchos o sus toldos.

Me dijo algo de lo que yo antes había intuido y más, que por mí mismo posiblemente no hubiera alcanzado a entender.

Cuando la tribu se acostumbró a servirse con prescindencia de los ojos, fue más feliz. Cada cual podía estar solo consigo mismo. No existían la vergüenza, la censura y la inculpación; no fueron necesarios los castigos. Recurrían los unos a los otros para acto de necesidad colectiva, de interés común: cazar un venado, hacer techo a un rancho. El hombre buscaba a la mujer y la mujer buscaba al hombre para el amor. Para aislarse más, algunos se golpearon los oídos hasta romperse los huesecillos.

Pero cuando los hijos tuvieron cierta edad, los ciegos comprendieron que los hijos podían ver. Entonces fueron penetrados por el desasosiego. No conseguían estar en sí mismos. Abandonaron los ranchos y se echaron a los bosques, a las praderas, a las montañas... Algo los perseguía o los empujaba. Era la mirada de los niños, que iba con ellos, y por eso no conseguían detenerse en ningún sitio. Sólo unos pocos, aun plegados a la vida nómada, no se sentían alcanzados todavía.

45

Dormía.

Más allá de las paredes del sueño, tuve un deslumbramiento.

Abrí los ojos. Imposible mirar.

Un momento, había tenido junto al rostro una tea encendida.

Ya no estaba su calor en mi carne.

Hice por ver, prevenido.

Dos, tres teas se corrían entre los cuerpos dormidos.
Una verificación.
Sigilo.
Quise alzarme. No pude.
Mis pies estaban apresados por una cuerda.
Sin embargo, al tumbarme para pasar la noche, sólo tenía ligadas las manos.

El alba menor se insinuó en la existencia de los ciegos, como un aviso de que otra vez se pondrían en evidencia.

Se desgranaron del campamento y solamente nosotros quedamos en el suelo, dormidos todos excepto yo, supuse.

No.

Tres se levantaron y en cóncave, despaciosos, acudieron a cada uno de los que yacían.

Bajaban una tea apuntándole al rostro; le hablaban; después, inclinados sobre él, hacían algo, como si tajearan.

Entonces, aquel que había sido visitado se incorporaba, se frotaba y hacía contorsiones que pronto interpreté: se desentumecía porque, como yo, estuvo atado.

Vinieron a encontrarme, los tres.

Uno dijo que yo debía acompañar al capitán.

Otro, que no, porque podría matar tantos indios como cualquiera de ellos, en caso de ser atacados.

El tercero aportó una peregrina opinión: que gracias a mí habían llegado hasta ese lugar.

La voz del segundo era la de Vicuña Porto.

Él, me parece, cortó la soga de mis pies.

Pude alzarme.

Todos tenían sueltos los pies y manos; yo, con libertad de caminar, permanecía maniatado.

Los soldados comían carne asada, fría, de venado. Me detuve cerca, a mirarlos.

Uno, tal vez mi compañero de fogón de la noche anterior, me desató y me dio de comer.

Nadie objetó su acción.

Comían en silencio, como reservando sus pensamientos por temor de discutirlos. Algo quedaba por hacer.

Vicuña Porto abandonó la calabaza sin vaciarla. Los demás cesaron de masticar y apartaron los restos de carne.

Mi benefactor, mirándome a la cara, me dijo que ya era bastante. Quizá pretendía que yo le dijera que me amarrase de nuevo. No podía pedirle eso. Lo hizo, entonces, sin que mediara solicitud de mi parte. Rezongaba, él.

Vicuña Porto se retiró y los soldados lo siguieron. Yo seguí a Vicuña Porto y a los soldados.

Tenían prisionero a Parrilla y era un feroz prisionero.

Estaba volcado en el suelo, ligado con muchas cuerdas.

La que fue su gente lo rodeó, contemplándolo, y yo con ellos, pero posiblemente él no me distinguía. Insultaba a todos de un modo general.

Se apartaron. Supe que era un consejo en el cual yo no sería admitido.

Quedé ahí, delante del capitán.

Él me dijo: «También tú dijiste que sí», y pensé que los otros soldados, aquellos que no eran los tres, habían dicho que sí a algo, pero yo no, porque nada me preguntaron.

Iba a explicárselo a Parrilla, y se me ocurrió que ya era innecesario, porque Parrilla, muy en seguida, dejaría de estar con nosotros.

Me pareció que, en ese momento, en toda la corteza de la tierra no alentaban más que dos hombres: el capitán, encordado a mis pies, y yo, maniatado, observándolo como si no fuera él, como si no fueran posibles los sentimientos, como si no fueran posibles las posibilidades.

Uno lo asía de los pelos, otro de diferentes partes del cuerpo.

Creí que habían pactado triturarlo. Pero no.

Sólo, quizás, el último maltrato. Lo llevaron de ese modo, soliviado, hasta la ribera.

Postergado veinte pasos, iba yo. Solo.

Lo arrojaron al río.

Pensé que, si sabía nadar bajo la superficie, podría salvarse.

Después recordé que no le habían cortado las cuerdas.

46

Mi protector me devolvió el dominio de las manos.

Cabalgamos como por recuperar algún sitio que hubiésemos perdido el día anterior.

Pero no era el bosque de *y-cipó*. No, tampoco, el naranjal agrio. Debía de estar más adentro.

La empresa no llevaba aspecto de suscitar alegría o fuertes esperanzas. No

hablaban de ella.

Para mí representaba una fuga, una fuga incierta.

Creo que entonces, junto con esa incertidumbre del objetivo, comenzó a poseerme la certeza de que, en cualquier lugar, mis probabilidades serían las mismas.

Me pregunté, no por qué vivía, sino por qué había vivido. Supuse que por la espera y quise saber si aún esperaba algo. Me pareció que sí.

Siempre se espera más.

Sin embargo, esto lo discernía mi entendimiento; pero, con prescindencia de él, estaba entregado a una bruta inercia, como si mi cuota estuviese por agotarse, como si el mundo fuera a quedar despoblado porque yo no iba a estar más en él.

47

En el fogón vespertino, hablaron de los cocos.

Me admitían ya como testigo. Quizás me consideraban un indígena ciego, quizás un secuaz inferior y sencillamente anulable.

Hicieron cerco el fuego. Yo estaba salido de la rueda, algo atrás. Cuando se quitaron el hambre primera, me alcanzaron una ración.

Cocos.

Mi ilustración era peligrosa.

Ellos estaban hechizados por un relato de los ciegos. Los ciegos habían escuchado la explosión, que los niños, sus hijos, por no ser ciegos, no podían distinguir con igual perfección. Por el estampido se guiaron hasta la sierra. Creían que era una batalla de españoles y lusitanos y que podrían aprovecharse de los víveres abandonados. Eran piedras, unas piedras redondas, que al reventar hacían ruido. Los niños decían que florecían en cristales preciosos, esas gemas que los blancos codician.

Yo podía desencantarlos, diciéndoles que no darían sino con espantos y minerales transparentes, exentos en absoluto de valor, como lo supieron otros aventureros y sacrificados en tiempo tan lejano como un siglo antes.

Podía borrar, del cielo que perseguían, aquel relámpago de pedrería.

Entonces quedaría eliminada la causa de gratitud que importó para que me dejasen con vida. Tendría que inclinar la cabeza, sin argumentos, aquel piadoso que hizo valer la utilidad de haberlos llevado yo tan arriba, que era como decir tan cerca de los tesoros.

La muerte, entonces. Mi muerte, elegida por mí.

Pensé que no puede gozarse de la muerte, pero sí ir a la muerte, como un acto querido, un acto de la voluntad, de *mi voluntad*. No esperarla, ya. Acosarla, intimarla.

Pedí que me escucharan.

Obtuve un lugar en la rueda, que me ofrecieron, como si presintiesen que yo realizaría un aporte capaz de darme con ellos condiciones de paridad.

Dije, pues, cómo los cocos representaban la ilusión.

No me opusieron incredulidad ni desconfianza.

Supe que había dicho sí a mis verdugos.

Pero hice por ellos lo que nadie quiso hacer por mí: *decir*, a sus esperanzas, no.

48

Otra voz, sin embargo, atendía la reunión y aún no, al parecer, la de la venganza y la fiereza.

Un soldado decía lo que antes no procuró decir porque tenían por delante designio menos riesgoso y, presumiblemente, de mayor provecho.

Describió con minucia el viaje de los portugueses a Matto Grosso y Cuyabá y dijo, como si lo conociera por observación personal, de la fatiga y el desamparo que traían en el regreso esos hombres junto con su prodigiosa carga de minerales ricos.

Proponía salirles al paso en los ríos Cuchuy o Tacuary.

De nuevo los diamantes encendían sus luces en los ojos de aquellos astrosos sublevados.

Se me antojaba verlas también prendidas de sus barbas.

Tal vez Vicuña Porto descubrió confirmadas en mi semblante las perspectivas y me convidó a decirlo.

Se fiaba de él y se fiaron los demás de mi pobre ciencia geográfica, que en efecto se ponía del lado de la iniciativa.

Era posible.

Una empresa mayor. Más apartada del poder de las armas españolas.

Se dejaba ver que todos aguardaban la aceptación de Porto para soltar su entusiasmo.

Porto no se pronunció aún.

Buscó un frasco de aguardiente, que tal vez fue del capitán; lo puso contra el resplandor de la lumbre y vi que restaba no más de la cantidad de dos tragos.

Bebió uno, demorándolo en la boca, por aprovecharlo mejor.

Con la palma limpió el pico. Me tendió el último trago.

Vacilé. Aceptarlo, me dije, es continuar.

Continuar era ser uno de los hombres de la aventura y el crimen. Continuar era, también, vivir.

Tomé el frasco con las dos manos y lo llevé a la boca como si lo mordiera.

Al tenderme para el reposo, guardé ese vidrio pegado a mis carnes.

Lo amparaba como si me protegiera. Lo aferraba como si fuera mi salvoconducto.

Era... como la promesa de un hijo, o igual que un amado despojo.

49

Un madrugador trajo un avestruz.

Cuando lo habría, le pedí un poco de sangre. Me hizo seña de que acercara un cacharro y en él dejó caer el chorro de una vena.

Apenas cubierto el fondo, le dije:

—Es suficiente.

Me miró con mediano asombro.

Arranqué una pluma del ave y me encaminé al bajío, junto al curso grande del agua.

Con el cuchillo tallé punta a la pluma.

Saqué de mis ropas un papelito que se había ennegrecido en los bordes. Lo alisé sobre la pierna y escribí: «Marta, no he naufragado».

La última palabra, quizá, quedó escrita con rasgos confusos. La sangre del avestruz se había coagulado y ya no me servía.

Puse el papel en el frasco. Lo tapé y lo arrojé al río.

Después de la zambullida se alejó, boyando.

Algo exterior, humano, una presencia influía en el ambiente a través de mí.

Llevé la mirada a la barranca.

Un soldado me observaba, impávido, como si fuera un testigo antiguo incapaz de sorprenderse.

Pensé que aquel mensaje no estaba destinado a Marta ni a persona alguna exterior. Lo había escrito para mí.

50

Los dieciséis se pronunciaron por mi muerte, a cara descubierta, mirándome a los ojos.

Pero el voto, único, de Vicuña Porto era más poderoso. Dijo que la delación tiene pena capital y la traición merece igual castigo, mas nadie puede ser ajusticiado dos veces. Dijo entonces que se muere antes de morir, padeciendo una muerte doble, por la mutilación anuladora.

Pensé que no, que él se equivocaba, porque aún sin brazos, sin ojos, podría comer raíces arrancadas con los dientes, podría rodar como un bulto hacia el río. Si me dejaban la vida, conservaría la facultad de escoger la vida o la muerte.

También Porto lo sabía. Su discurso, astuto, envolvía y disimulaba la misericordia

que se proponía ejercer.

Antes del primer tajo, me sopló al oído: «Hunde los muñones en la ceniza del fogón. Si no te desangras, si te encuentra un indio, sobrevivirás».

Alguien me dijo:

—¿Quieres vivir?

Alguien me preguntaba si deseaba vivir.

Era, entonces, que mi sangre no se fue toda. Era, también, que había llegado el indio.

Podía, pues, no morir. No morir aún.

Me desgarró la ropa.

Después sentí la prisión del torniquete en los brazos y supe que mis manos sin dedos ya no manarían sangre.

Tal vez dormité, tal vez no.

Volvía de la nada.

Quise reconstruir el mundo.

Despegué los párpados tan pausadamente como si elaborara el alba.

Él me contemplaba.

No era un indio. Era el niño rubio. Sucio, estragadas las ropas, todavía no mayor de doce años.

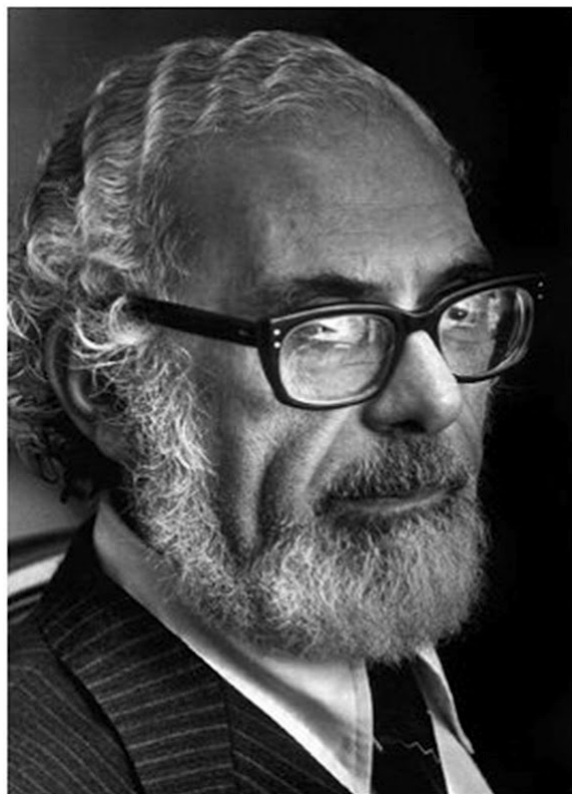
Comprendí que era yo, el de antes, que no había nacido de nuevo, cuando pude hablar con mi propia voz, recuperada, y le dije a través de una sonrisa de padre:

—No has crecido...

A su vez, con irreductible tristeza, él me dijo:

—Tú tampoco.

FIN



Antonio Di Benedetto nació en Mendoza el 2 de noviembre de 1922. Luego de cursar algunos años de abogacía, se dedicó al periodismo. El gobierno de Francia lo becó para realizar estudios superiores en esa especialidad. Como periodista fue subdirector del diario *Los Andes*, y corresponsal del diario *La Prensa*.

En 1953 publicó su primer libro, *Mundo animal*, con el que inició su brillante carrera de escritor cuya cima fue la novela *Zama*, acaso una de las más grandes novelas de la literatura argentina.

Antonio Di Benedetto recibió numerosos premios y distinciones por su labor: el gobierno italiano lo condecoró como caballero de la Orden de mérito en 1969; en 1971 la medalla de oro de Alliance Française; en 1973 fue designado miembro fundador del Club de los XIII, y un año después recibió la Beca Guggenheim.

Di Benedetto ocupa un destacado lugar en la narrativa contemporánea argentina. Para ello lo acreditan su personalísimo estilo, su capacidad de crear personajes vivos, su facultad inventiva, su aguda captación sensorial y su activa intencionalidad poética de remodelador del mundo.

En *Zama*, alcanzó su culminación el realismo profundo de Di Benedetto; fuerte, cruel, incisivo, supera las apariencias de las cosas y acoge en su seno los productos de la más pura fantasía creadora.

En 1976, pocas horas después del golpe militar del 24 de marzo, Di Benedetto fue secuestrado por el ejército. «Creo nunca estaré seguro que fui encarcelado por algo que publiqué. Mi sufrimiento hubiese sido menor si alguna vez me hubieran dicho qué exactamente. Pero no lo supe. Esta incertidumbre es la más horrorosa de las

torturas», diría años más tarde. Humillado, golpeado y destrozado anímicamente, fue excarcelado el 4 de septiembre de 1977 y se exilió en Estados Unidos, Francia y España. Regresó definitivamente a la Argentina en 1985. Murió víctima de un derrame cerebral el 10 de octubre de 1986 en Buenos Aires.